

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 18 - 24 octubre de 1953 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - El Epoca - Número 255

EL DEPORTE DE LAS MULTITUDES

UN SIGLO
MENOS 10
AÑOS SE
JUEGA
AL FUTBOL

Jugadores seleccionados para el equipo nacional en 1934, durante un entrenamiento. En la fotografía aparecen Quincoces, Hilario, Marrero, Quesada, Zamora, Samitier, Goiburu, Lazcano y otros.



LA
HISTORIA Y LA
VIDA DE LOS OCHO
MILLONES DE HOMBRES
QUE LE PEGAN
A LA PELOTA

LA F. I. F. A. CUENTA ACTUALMENTE
CON 73 FEDERACIONES NACIONALES



Cuando se busca el máximo entorchado. No se trata de la visión de un match entre «amateurs» a juzgar por el entusiasmo con que cargan los cinco actores de la foto. Todos ellos son profesionales en un partido de preselección contra Francia jugado en Zaragoza. Tena I y Goiburu son los actores del fenomenal «coscorrón»

UN SIGLO MENOS DIEZ AÑOS SE JUEGA AL FUTBOL

EN la prehistoria del fútbol mundial se puede llegar, si se quiere, hasta la China, hace treinta siglos, nada menos. No podemos decir otro tanto de las quinielas y de la WM, pero parece ser que un emperador amarillo celebró su cumpleaños con un «partido de fútbol» en el que las porterías eran un marco de seda de seis metros de altura con un agujero en el centro, por el que debía entrar la pelota. Más al Occidente, en las famosas olimpiadas griegas, pudo darse también algo parecido al fútbol. Después, los romanos nos legaron un juego llamado «hastatum», en el que se producía el desplazamiento de un balón. Hasta puede ser que estos romanos llevaran su divertimento a Britania y fuesen el primer antecedente de la «Foot-ball League». Parece ser que en la guerra de los Cien Años, los reyes de Francia tuvieron que prohibir muchas veces las actividades «futbolísticas», en las que una pelota se lanzaba o retenía a voluntad, en vista del inusitado ardor desplegado por los contendientes, libres todavía del rigor federativo.

Otros eruditos exhuman documentos venecianos de los siglos XV y XVI para abrumarnos con detalles sobre el «giouco di calcio» florentino. Con una discrepancia de procedimiento: los «onces» estaban integrados por veintisiete jugadores v, desde luego, no existían todavía «videntes» de 14 resultados. Los partidos se jugaban en las grandes solemnidades entre nobles personajes, que vestían lujosos trajes recamados en oro y eran acompañados a la liza por cortesanos y escoltas de alabarderos. Aunque se oculta con verdadero sigilo, los árbitros eran designados por el propio Dux, omnímodo en sus decisiones.

Pero es en las Islas Británicas donde todo esto se formaliza bastante. Cuando el primitivo juego romano llega a Britania, hacia el año 827, se va haciendo progresivamente más rudo, y en 1314 se dictan leyes para regular el tamaño del balón y sancionar a los recalitrantes en la intemperancia. Treinta y cinco años más tarde, Eduardo III declaró el juego fuera de la ley.

Las primitivas modalidades de juego fueron el «hurling at goal», en campo de cien metros de largo por quince de ancho, con dos palos hincados en tierra a modo de «portería» o meta. Otra modalidad era el «hurling over country», es decir, el juego en pleno campo, entre parroquias y pueblos distintos, con las respectivas piezas mayores o mercados como metas para los victoriosos y sus ululantes «hinchas».



Una salida a tiempo. Esto es lo que llaman los expertos «vista». Sí, señores, el portero ha merecido el homenaje de la «torcida» por su intervención



«Y ahora, ¿qué? Eso para que no te fies», grita, poseído de emoción por el tanto conseguido, un jugador del Castellón al portero confiado

Este «futbol-association» tiene un hermano gemelo, el «futbol-rugby» de Eton, más duro, si cabe, y cuyos participantes protegen sus miembros con guarniciones especiales. Este segundo fútbol permite el escamoteo del balón—en este caso oval—con las manos y el avance personal en flecha hacia las líneas contrarias, sin previa transferencia del «oval». Como notas distintivas del «association» tenemos el «dribling», el «regate» españolísimo, el «gambeteo» sudamericano, la «gambetta» italiana, etc. En el «rugby» se distinguen el «placage» violentísimo, la «melée» y la apertura de los «tres cuartos».

En 1823 se hace en Inglaterra la primera reglamentación esquemática y rudimentaria. Se previenen los once jugadores de cada «team», con todo el aditamento de «backs», «halves», «forwards» y «goalkeeper» que manejan millones y millones de aficionados de todo el mundo. Estos cuatro vocablos, convenientemente traducidos a los idiomas respectivos, y en unión de los de «corner», «penalty», «off-side» y algunos más, han sido como ban-

deras del apasionamiento partidista de la juventud en la primera mitad del presente siglo, y son pronunciadas muchas veces con innegables acentos de emoción por las gargantas estremecidas de muchísimos sesudos varones desde las graderías de preferencia de un estadio moderno.

«FREEMASON'S TAVERN»

Las tabernas londinenses tienen siempre su papel en cualquier referencia histórica de no importa qué materia o asunto que trate de desarrollarse. Y en fútbol ha existido «Freemason's Tavern», en Great Queen Street, con su mortecina luz de gas en la puerta y sus marineros barbudos de Clyde. En una de sus largas mesas, un plumizo atardecer de octubre de 1863, se codifican por primera vez las leyes del juego para los aficionados, para los «amateurs», es decir, para aquellos que todavía no hacen una profesión del juego del balón redondo. La efemérides señala la creación de la «Foot-ball Association» inglesa, es decir del fútbol inglés como deporte o juego organizado y cuyos reglamen-

tos van a regir el más popular de los juegos, que se extenderá de un modo endémico a casi todos los países de la tierra, sin reconocer fronteras ni diferencias de raza y color.

Setenta y cinco años más tarde, el 26 de octubre de 1938, al cumplirse el 75 aniversario de la Federación Inglesa, los maestros pudieron seguir ufánandose de su superioridad al concertar un encuentro con los once mejores futbolistas del Continente. La experiencia fué satisfactoria, pero a continuación fueron muchas cosas las que evidenciaron hasta qué punto los discípulos asimilaban las enseñanzas. Ahora, en octubre de 1953, van a ser noventa años de fútbol inglés los cotejados ante «el resto de Europa» para comprobar si el «espléndido aislamiento» ha pasado, efectivamente, a la categoría de viejo mito y de frase hecha.

PROFESIONALISMO, GRANDES TRASPASOS Y MILLONES DE ESPECTADORES

El auge del fútbol fué progresivo. Los jugadores «amateurs» eran premiados por sus clubs con empleos o pequeñas dádivas. No existen inicialmente contratos ni hay traspasos sensacionales. Pero pronto la masa de aficionados va en aumento y los ingresos en taquillas van siendo más cuantiosos cada vez. En 1882, los primeros síntomas de profesionalismo se empiezan a dibujar en el panorama futbolístico de las Islas. Los clubs comienzan a interesarse por los «ases», por los jugadores vedetes, para reforzar los equipos y ofrecer un espectáculo de calidad, a la vez que se amontonan los trofeos. Se empieza a retribuir con primas a los jugadores y se acaba por asignarles sueldos y estipendios de cuantías diversas. Es decir, nace el profesionalismo, después de la etapa de «amateurs-marrón», que terminó en España en los años 1926-27, un año después de la Olimpiada de Amsterdam. Pero Inglaterra legaliza el profesionalismo mucho antes, el día 20 de julio de 1885, y se constituyen los grandes clubs, que llegan a ser sociedades anónimas por acciones de responsabilidad limitada.

El día 17 de abril de 1888, William Mac Gregor, de Birmingham, por carta circular de 2 de marzo reúne en Mánchester a doce representantes de los principales Clubs ingleses que constituyen la liga profesional (Foot-bal League) y entre ellos se juega el primer Campeonato. En 1891 se extienden los primeros documentos entre los Clubs y los jugadores y estos cuentan con garantías suficientes para dedicar el vigor de la juventud al viril deporte. Desde entonces quedan bajo regulación los cambios de Clubs y las transferencias de jugadores. Pero el futbolista profesional tiene siempre su puesto de trabajo en la fábrica, en la oficina o en su pequeño comercio y sabe que ninguna arbitrariedad podrá ser cometida por su club. En efecto, el artículo V de la Liga específica que el 5 de mayo de cada año, el club que consienta la



El fútbol fué siempre un deporte de masas. Indiscutiblemente, no hay más que observar esta fotografía, en la que el delirio llega al máximo, y en ese día, 9 de mayo de 1934, Mariano celebraba el triunfo regalando todas las existencias de su bar

partida de un jugador o que la provoque, deberá informar por anticipado a la Liga. El jugador pasa a una lista de transferibles. Las transacciones pueden llevarse a cabo entre los Clubs, bajo el control directo de la Liga. El jugador, después de cinco años de presencia y de buenos servicios a una sociedad, tiene derecho a un beneficio, consistente en la taquilla íntegra de un partido jugado con esta intención. Si antes de este periodo de cinco años el jugador es objeto de transferencia, pierde el beneficio, pero es indemnizado con un porcentaje sobre su traspaso. En cuanto al salario semanal se fija de común acuerdo entre los clubs y la Liga con un máximo y un mínimo.

En el fútbol inglés se registran traspasos sensacionales por su cuantía y por la calidad del jugador traspasado. Podemos citar, entre otros, el que se llevó a cabo en 1905, cuando Middlesbrough pagó a Sunderland mil libras por el fichaje de A. Common. Esta cifra resulta ridícula

comparada con las que se barajan en la actualidad. En 1948, L. Schakleton fué cedido por Newcastle United a Sunderland por 20.050 libras

En 1947, Notts County pagó 20.000 libras a Chelsea por el famoso Tommy Lawton. Es curioso el «itinerario» financiero del formidable Hugh Gallacher, delantero centro internacional escocés, a través de sus años de jugador y de forma física. En 1925, Newcastle United pagó por él 6.500 libras a Airdrieonians; en 1930 pasó a Chelsea por 10.000 libras que señalan el apogeo de su carrera deportiva; en 1934, a Derby County por 3.000; en 1936 a Notts County por 2.000; en 1937, a Grimsby Town, por 1.000 y, por fin, terminó en 1939 en Gateshead, por sólo 500 libras.

Los dos jugadores más caros de Inglaterra costaron la bonita cifra de 50.500 libras y fueron Johny Morris y Eddie Guigley. Morris fué transferido de Mánchester United a Derby County y Preston Forth End hubo de desembolsar a Sheffield la suma



Este era el «Barsa» de la época histórica del fútbol nacional, cuando jugaban Samitier, Alcántara, Piera, Saneja, Carulla, Torralva y otros más.



Otro equipo histórico de aquella época. Los «leones» de San Mamés eran el «terror» del Campeonato. Un conjunto que dió renombre a la ciudad del Nervión

de 26.500 por la cesión del famoso «insider» Gugley.

El número de clubs federados en Inglaterra asciende a 30.000, con más de cuatrocientos clubs profesionales que intervienen en los torneos de Copa y Liga. Hay siete mil jugadores profesionales y ochocientos mil no profesionales. El acontecimiento deportivo futbolístico más importante de Inglaterra, junto al Derby de Epsom y las regatas de Oxford-Cambridge, es la famosa final de la Copa en el estadiam Wembley ante 150.000 espectadores. Inglaterra ha tenido siempre un eterno rival futbolístico en las propias Islas, Escocia, y entre los dos países continúa a través del tiempo un terrible duelo que se inició el día 30 de noviembre de 1872 en Glasgow con un resultado final de empate a un tanto.

NACE LA F. I. F. A.

El día 24 de mayo de 1904 se da otro paso decisivo en la historia del fútbol, al crearse la Federación Internacional de Fútbol Asociación, por iniciativa de Robert Guerin, de la Federación francesa de fútbol y de C. A. W. Hirschman, secretario de la misma organización holandesa. Los estatutos de la organización se refieren al fomento del juego del fútbol, a las reglas del mismo por medio de la International Board, supremo tribunal futbolístico, y además, tratan del agrupamiento de las Federaciones nacionales respectivas que, en la actualidad, corresponden a 73 naciones y a un total de más de ocho millones de jugadores.

EL «ESPLENDIDO AISLAMIENTO» DEL FÚTBOL BRITÁNICO

Los «maestros» británicos, los famosos «pross» del fútbol inglés, consideraron durante mucho tiempo que su juego era tan superior al del «resto del mundo» que no necesitan ningún contacto ultrainsular hasta hace bien poco tiempo. Solamente equipos individuales o, en el mejor de los casos, selecciones B del país habían saltado el Canal para exhibir un juego depurado, rígido, exento de toda improvisación, casi matemático, vencedor casi siempre. Las fáciles victorias impedían imaginar a los maestros que sus enseñanzas se asimilarían pronto y eficazmente. Hasta 1934 existen en el palmarés continental británico victorias sobre Austria, Francia, Italia, Alemania, Hungría y Checoslovaquia.

Corresponde a España, en 1929, la «experiencia» del Stadium Me-

tropolitano madrileño, en el que los invictos «pross» rubios y hercúleos casi, cargados de laureles después de sendas victorias en París y Bruselas, piensan dar fin a su viaje de recreo con una exhibición en la capital de España y «marcar los tantos que sean necesarios». Pero los once «isidros» que aquella calurosísima tarde del 15 de mayo se enfrentan con la auténtica «furia española» y ven abierto ante ellos el primer interrogante de duda para el juego insular. La selección de España, capitaneada por Ricardo Zamora, les vence tras una lucha enconada, típica de la «furia», que quedó de modelo en el verde césped metropolitano. Los jugadores de Albión comprusban por vez primera en su larga historia que su juego, su «british game», que creían hecho en exclusiva para su niebla y para sus irreprochables gazonces, tiene una enorme posibilidad de adaptación bajo la luz deslumbradora del cielo madrileño.

En 1938 Suiza vence a Inglaterra en el Continente, y al año siguiente es Yugoslavia, en Belgrado, la que vuelve a triunfar de los «pross». En 1946 es Francia la vencedora, después de una igualada a dos tantos en la propia Inglaterra. El jugador inglés Stanley Matthews, 61 veces internacional por su país, refiere que fué una victoria en Europa, la de Turín, en 1948, la que, según él, recuperó el prestigio del fútbol inglés en Europa. Italia, en Londres, había sido vencida sólo por 3-2, y en 1936 había conseguido un empate en Milán. Matthews, refiriéndose a la expectativa con que se les esperaba en Turín, relata que los italianos recibirían cien libras si ganaban, y ellos, los ingleses, sólo veinte con cualquier resultado. Precioso dato que expresa la confianza plena de los directivos ingleses en el funcionamiento de la máquina de fútbol que fué el equipo en aquella jornada. Cuatro tantos a favor por cero en contra marcaron los jugadores de la F. A., entre los que estaban los Wright, Mortensen, Lawton, Manion, además del propio Matthews.

EL FÚTBOL OLÍMPICO Y EL CAMPEONATO DEL MUNDO

Hasta 1908 no se incluye el fútbol como deporte olímpico. En las celebradas en Londres aquel año y en Estocolmo cuatro años después son los ingleses vencedores en la especialidad, naturalmente amateur, de este fútbol olímpico. La Olimpiada de 1920, llamada de la Paz, señala la presencia

acusadísima y triunfal de España en las lides internacionales con la clásica «furia». España asombra a propios y extraños y en el gran Stadium Olímpico de Amberes se inscriben con letras de oro los nombres de leyenda de Zamora; Vallana, Arrate; Artola, Sancho, Eguiazábal; Pagaza, Pichichi, Patricio, Vázquez y Acedo, que se clasifican subcampeones del mundo. En esta Olimpiada sucumbe la clase británica ante los noruegos. La siguiente Olimpiada, en París, es el primer indicio de la clase insuperable del fútbol suramericano con la presencia de argentinos y uruguayos. Son éstos los brillantes triunfadores, título que revalidan cuatro años más tarde en Amsterdam y se hacen merecedores del elogio del célebre táctico inglés Winterbottom, quien califica a Uruguay de «primera potencia balompédica del mundo».

Quando la consagración profesional del fútbol se hace extensiva a todos los países y la asistencia a las Olimpiadas queda limitada a los equipos de «amateurs», la F. I. F. A. se encarga de organizar un Campeonato mundial, que se jugará cada cuatro años, y que recibirá el nombre de «Copa del Mundo» o Copa Jules Rimet, en honor del presidente de la organización internacional. En 1930 se celebra el primer Campeonato, que tiene lugar en Montevideo, en honor del anterior campeón olímpico. Los únicos representantes europeos son Francia, Yugoslavia y Rumania, y vuelven a ponerse de manifiesto las calidades del fútbol sudamericano.

Los uruguayos, resentidos en 1934 por las ausencias europeas en Montevideo, no comparecen en Italia, donde los italianos afirman los valores indudables del fútbol latino, y han de recurrir a «todo» para eliminar a la renacida «furia» de Amberes, que también se cubre de gloria en Florencia. En 1938 vuelven los italianos a alzarse victoriosos en París, donde no concurre España, en guerra de Liberación, ni Inglaterra, nada segura de la brillantez de su actuación en el Continente.

Por recientes, damos por conocidas las circunstancias del Campeonato celebrado en Brasil, en el que se vuelve a señalar la presencia del fútbol inglés, muy lejos de las Islas. Su papel no se cotizó muy alto, y tras de ganar a Chile, pierden ante España y Estados Unidos, novato en estas lides. El galardón de campeón

vuelve otra vez a manos de Uruguay, que derrota a Brasil en la dramática y apasionada final de Maracanã.

Ahora el fútbol británico espera con ansiedad su próximo contacto con el fútbol del Continente, por si surgiera la coyuntura favorable que pudiera suponer de nuevo una supuesta supremacía. Pero no se ha contado con el fútbol sudamericano para una verdadera supremacía mundial, ni el once elegido por la F. I. F. A. para enfrentarse con Inglaterra va a ser una verdadera selección europea, cuya formación es de enorme dificultad.

LOS SUDAMERICANOS Y EL FUTBOL-ARTE

Un conocido crítico portugués distingue con gran acierto cuatro grupos distintos por las cualidades más acusadas del fútbol que practica. Frente al grupo «fútbol ciencia» integrado por los ingleses, se han alzado los grupos del «fútbol arte», el «fútbol nervio» y el «fútbol elasticidad», con su secuela de adeptos y acérrimos defensores.

El «fútbol arte» es, desde luego, el practicado por los equipos sudamericanos con sus notas distintivas de preciosismo, gambeteo y sensación de mínimo esfuerzo. La escuela andaluza de los Brand, «Spencer», Herminio y otros practicaron un preciosismo español, lleno de gracia y alegría, pero que ha desaparecido modernamente. Fuera de España, citaremos los nombres de los artistas brasileños del balón Zizinho, Jair, Ademir, Bauer, etc.; los argentinos Pedernera, Martino, Di Stefano, Labruna; los uruguayos Chighia, Varela, Andrade, Schiaffino, verdaderos magos que resuelven muchas jugadas a base de habilidad y de un excepcional dominio del balón.

Aunque el fútbol español se halle catalogado en el grupo de «fútbol nervio» como latino, es justo reconocer las múltiples enseñanzas que debe al «fútbol arte» de los sudamericanos. Los contactos de nuestro fútbol con el sudamericano vienen de muy atrás, con la visita mutua de conjuntos españoles y sudamericanos y con la presencia de los uruguayos olímpicos de Amsterdam. Pero el choque decisivo se realiza, a nuestro juicio en 1947 cuando llega a España el San Lorenzo de Almagro de Buenos Aires, que desarticula una vieja concepción de nuestro fútbol a base de nervio, furia, y carencia o mínimo empleo de tácticas y de métodos.

Finalmente, se pone a Uruguay como el modelo de la realización elástica, situado entre lo puramente recreativo y afligido de argentinos y brasileños y la rigidez de «cátedra» de lo británico. Es posible que este patrón uruguayo convenga a nuestra idiosincrasia y encontremos en el mismo un buen modelo a seguir. Lo cual explica el hecho de que los uruguayos sólo hayan podido empatar con España en el último encuentro de Brasil.

LOS VETERANOS, EN ESPAÑA

Reparar las historias del veterano Atlético bilbaíno, del Real



En el fútbol hay de todo. Por «un quitame allá esas pajas», las bofetadas suenan en la cancha de un campo argentino

Madrid o del Barcelona, es resumir triunfalmente cincuenta años de fútbol español. Corresponde también a lo anecdótico en la efemérides futbolística la fecha del 8 de marzo de 1890 en que se juega en Sevilla un encuentro de fútbol entre la colonia inglesa de la capital andaluza y el «Huelva Recreation Club» integrado por jugadores ingleses y onubenses. El diario onubense «La Provincia» del 12 de marzo del mismo año habla de un partido de «foot-ball» y dice que «se trata de un juego de pelota muy distraído y a la vez higiénico por el mucho ejercicio que requiere. La particularidad de este juego es que, en vez de botar la pelota con las manos o con las paletas, se bota con los pies y, en casos apurados, con los hombros o con la cabeza.»

El fútbol de 1953 es algo más complejo que todo esto. El medio siglo corrido de nuestros insignes Clubs veteranos ha venido a ratificar que, en efecto, se trata de un juego de pelota «muy distraído» que necesita una vastísima organización administrativa, que arrastra todas

las semanas a varios millones de españoles, que requiere recintos de proporciones gigantescas que ningún cartel taurino sería capaz de llenar y que ha llegado a ocasionar más de un accidente fatal por el excesivo arrebatado emocional de los que lo presencian.

No es esto todo. El español va al fútbol apasionadamente y el espectáculo futbolístico ha absorbido a muchos otros. Como argumento en una posible rivalidad taurinodeportiva, que no tiene razón de existir, diríamos que al viejo aficionado de calidad a los toros, el fútbol no le hace perder su afición, pero los españoles más jóvenes no van a los toros. Se inscriben en una Sociedad deportiva, llenan los estadios, conocen las incidencias vitales de los ases de la época y hasta llegan a cargos directivos en las respectivas Sociedades. Este es el fenómeno social. De los tiempos en que «se llevaban las porterías al hombro» se ha pasado, en un salto de gigante, a la época actual, con grandes rotativos dedicados al fútbol, páginas enteras en los más renombrados diarios, emisiones radiofónicas a través de los océanos, recepciones triunfales a los equipos vencedores y fabulosas transferencias de jugadores que afectan a las organizaciones de varios países y representan muy cuantiosas inversiones.

¿Cuáles son los derroteros del fútbol en el mundo? El profesionalismo a rajatabla, las grandes multitudes seguidoras han desplazado lo deportivo para dar paso al espectáculo futbolístico, de pingües beneficios económicos. Las grandes Sociedades ampliarán los graderíos de sus estadios e invertirán cantidades enormes para conseguir los servicios de las figuras más destacadas. Con este planteamiento existe, a nuestro juicio, el riesgo de que los conjuntos de virtuosos del balón, como aquellos malabaristas negros del Harlem, se acostumbren a la exhibición pura y el espectáculo en sí gana lo que pierda en noble emulación deportiva y hervidero de pasión multitudinaria. Y entonces, aquel fútbol españolísimo de Amberes y de Florencia habrá muerto para siempre.

R. CASTRO MORENO



«Eh, cuidado! No se enfade usted por tan poca cosa.» Pero el iracundo Mr. Arthur Johnson lanza la pelota contra un árbitro

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON JUAN LOPEZ LOPEZ

VUELVO a escribirle, señor don Juan López López, aunque antes de interesarme por su salud, a renglón seguido de decir que yo quedo bien (a Dios gracias), debería preguntar a usted quién es usted, para que los falsos Juan López López, los pseudo Juan López López, cuya susceptibilidad es tan hipersensible como un detector eléctrico o una pudibunda clarisa, no se sientan aludidos e irritadamente molestos, cual en aquella carta en que acusaba a usted y sólo a usted, señor don Juan López López, de su neutralismo. Hubo confusión entonces entre los jóvenes memores de treinta años al sonar que las culpas de usted, encontrándose dentro de esa edad, se contagiaban a sus demás coetáneos, aun cuando perteneciesen a la Milicia Universitaria o a los campos de trabajo del S. E. U. La juventud no es ningún delito, sino más bien una preferencia para cuantos fundamos el Sindicalismo Nacional; pero la juventud neutralista es un crimen de lesa patria, amén de ser una estupidez histórica.

Aclarado que su nombre, a pesar de su vulgaridad, no es un símbolo, sino una filiación completa e individualizada, le voy a reprochar sin ironía y, mucho menos, sin iramundia ese deslíz (impropio en usted, tan docto en saberes antiguos y modernos, tan archisabidor, que no es la misma cosa que saber) al dejarse llevar por el refranero, por el cine y por los juegos de palabras de los franceses. Los juegos de palabras son peores que los juegos de manos, y los juegos de manos son juegos de villanos, según nos asegura el adagio, esta vez acierta, pero que se equivocó al susurrarle el refrán de que a la tercera va la vencida, cuando lo más cierto es el otro distico de la paremiología referente a la tercera hija de Elena, que era más pésima que las dos anteriores. Sin duda, debido al influjo del cinema, usted pretende ser el tercer hombre y ha traducido del francés este galimatías de la «tercera fuerza», que fué el «slogan» inventado por los socialdemócratas y los cristianodemócratas, con los radicales, frente al comunismo y al general De Gaulle. Ahora bien, aunque el general De Gaulle no ha conquistado el Poder, tuvo el poder verbal inmediato para replicarles que la «tercera fuerza» era la tercera debilidad; tesis que me parece comparte sus compadres y amigos de París, aunque nunca han pertenecido al galismo, sino al colaboracionismo; a diferencia de usted, que erró hasta en esa postura híbrida de no ser carne ni pescado.

Sin embargo, usted desea importarnos esa «tercera fuerza», o sea «tercera debilidad», de igual manera que durante nuestra Cruzada hubo alguna gente desleal en contacto con el extranjero que quiso poner en circulación aquello de la tercera España, o sea el primer antecedente (ni con unos, ni con otros) de su neutralismo. España es sólo una, grande y libre, según lo requiere el mandato de nuestros muertos y la voluntad nuestra; pero hay débiles mentales que se han empeñado en sacar a flote la concepción maniquea, dualista y antagónica, de las dos Españas, como hay malvados que de cuando en cuando ya no les basta con las dos Españas, del bien y del mal, de la reacción y del progreso, de los carcas y de los masones, e izan una tercera España hasta metafísicamente imposible, una tercera España inverosímil en España, que tampoco aguanta la antinomia de las dos Españas al modo de un par de banderillas. Acaso sea factible una tercera Francia en Francia, donde son frecuentes y aun institucionales los «menages a trois» en el terreno de las costumbres; pero en el terreno centralista y unitario de su Historia, no lo creo.

Si la tercera España es una entelequia, la «tercera fuerza» de usted no es siquiera un pasatiempo, es algo más baladí, más menudo e insignificante, o nada. Da lástima el emplear una palabra tan bonita como nada para expresar lo que no es...

Cada cual está en su sitio en la España de Franco; que no es una España dinásticamente patrimonial, sino la España eterna, siendo el primero que está en su lugar, atento a sus deberes, Francisco Franco. Y merced a este orden la España de la unificación, la España del 18 de Julio y del 1 de Abril, resistió al comunismo internacional, tangible en sus Brigadas; a los tanques de Adolfo Hitler, que se pararon en Hendaya; a la excomunion de Potsdam, a las sanciones de la O. N. U., al hambre heredada, a la sequía, al banditaje, a los agentes secretos, a los manifiestos clandestinos, al miedo de los pusilánimes, a la soledad. Tantas victorias conseguidas por el Caudillo al frente de los españoles (quienes en estas tres décadas de paz aumentaron su población, industrializaron su agricultura, independizaron en gran parte su industria) no son sólo un milagro, sino el producto de una fuerza material y moral, física y espiritual, natural y sobrenatural, que nos ha mantenido cósmicamente unidos en la próspera y en la adversa fortuna, enlazados y solidarios como nunca en la vida de España. Esta fuerza primerísima puede afirmarse que la estrenábamos o la rescatábamos al cabo de muchos siglos, puesto que los españoles hemos malvivido centurias y centurias en medio de nuestros odios, de nuestros orgullos, de nuestras montañas, de nuestras envidias, que eran nuestras debilidades, algo así como las feudalidades francesas. Desde la iniciación del Movimiento, cuando ha sido monester que los feangistas arrien el saludo ibérico, han bajado la mano, pero no la doctrina ni la bandera; como también el católico militante o el veterano requetés se han sacrificado en un instante dado para que triunfe al final de gran estrategia. Esta es la fuerza moral del sacrificio que desconoce la «tercera fuerza», la fuerza militar de los ex combatientes de Franco, que jamás han dejado de ser combatientes; la fuerza de las familias españolas, que disfrutan en la medida de nuestras fuerzas humanas de la Patria, el pan y la justicia. La fuerza ignorada por usted (sin hogar privado, sin alistamiento nacional, sin sacrificio político), el tercer hombre, que se presenta ahora con las manos lavadas, como Poncio Pilatos ante Cristo y ante los judíos.

EDUCACION PARA

DE LAS PIEDRAS, PAN

EN la actualidad casi avergüenza usar la palabra diálogo. Constituye el tópico característico de nuestro momento y, como todos los tópicos, es usado con exceso. Debemos convertir el monólogo del mando, dicen unos y otros, en diálogo con la sociedad. Es cierto que existen muchas personas que quieren hoy mostrarse sobre la palabra diálogo como sobre un fácil autobús que ha de llevarles al logro de este o de aquel objetivo personal; pero también hay otros que hablan del diálogo generosamente, con desinterés, como una oxigenación necesaria para determinados sectores de la sociedad española. Nosotros también creemos en una política dialogada. Los malos ejemplos que han convertido muchos diálogos periodísti-

COLABORACION FRENTE A MONOPOLIOS

SIN un recíproco conocimiento y una mutua comprensión de los problemas sociales y económicos no es posible una cooperación auténtica y eficaz entre los pueblos. Europa, que a lo largo de varios siglos ha presenciado y padecido el fracaso de múltiples intentos unificadores, apoyados casi exclusivamente en consideraciones e intereses, ante todo, político, constituye un ejemplo aleccionador de la ineficacia y la impotencia de los proyectos de colaboración internacional que no están respaldados por un estudio objetivo de las verdaderas analogías y las diferencias existentes entre las distintas naciones. Entre sus hombres y sus suelos, entre sus demografías y sus geografías nacionales. Esto explica el prestigio creciente de los organismos internacionales de carácter técnico—económicos, sociales, culturales, etc.—, cuya labor, aunque menos espectacular, desde luego, que la acción de los organismos internacionales de carácter político, puede resultar decisiva para conseguir la unión del mundo occidental en un bloque sólido que garantice la pervivencia de nuestra civilización. Porque en estos organismos internacionales de tipo técnico la posición política individual de cada país no suele contar como elemento de discordia ni de falsa interpretación. Mucho menos hoy, cuando sobre los antiguos sentimientos egoístas, inspiradores de los nacionalismos cerrados, salta una corriente de colaboración internacional animada tanto por la existencia de un peligro común como por la convicción, que todos profesan, acerca de la interdependencia de sus problemas.

Uno de estos organismos, la Confederación Europea de Agricultura, que agrupa en su seno a dieciocho naciones, entre las que se cuenta España, acaba de celebrar su V Asamblea General en Sevilla. La importancia de estas reuniones, convocadas por la C. E. A., se revela en toda su magnitud cuando se considera que la agricultura, más que una simple actividad económica, es un modo de vida, una forma de civilización común que en cualquier país ha precedido siempre al desarrollo industrial. Se estudian en ellas, por lo tanto, problemas que rebasan el marco estricto de las simples consideraciones económicas, que abarcan la totalidad de la vida campesina: desde las medidas más convenientes para incrementar la renta de la tierra hasta los medios más idóneos para extender y aplicar los beneficios de la seguridad social a los hombres que trabajan en el campo.

La presencia de España en las reuniones de la C. E. A., después de los quince años de política del Nuevo Estado, reviste un especial in-

terés, porque en estos tres lustros ha iniciado y está consumando con éxito las primeras etapas de una reforma agraria sin precedentes. Para ello ha tenido que abordar problemas que gravitan sobre todos los campos de Europa, y cuya solución importa a todas las naciones miembros de la C. E. A. Problemas técnicos, como la creación de nuevos regadíos; económicos, como el establecimiento de precios remuneradores para los productos del campo; sociales, como la aplicación a los campesinos de los Seguros de este nombre.

Nuestra experiencia agrícola, al ser contrastada objetivamente con las experiencias de los otros países asistentes, ha ofrecido al mundo, una vez más, la prueba del verdadero sentido de justicia y la auténtica valoración cristiana del hombre que inspiran la política española. Y, al mismo tiempo, ha revelado el índice exacto del progreso de nuestra legislación agraria, que en muchos aspectos—en la participación activa de los campesinos en las tareas de la vida política y administrativa, por medio de sus entidades de agrupación sindical, y en la organización del régimen cooperativo, por ejemplo—aventaja a las legislaciones extranjeras.

En el seno de las asociaciones técnicas internacionales, en las que ninguna razón de poder o fuerza establece supremacías y desigualdades entre los miembros, obtendrá todavía la política del Estado español muchas victorias. Tantas como cuantas realizaciones suyas vayan siendo estudiadas por otras naciones, sin atender a prejuicios históricos o a falsas interpretaciones políticas, que por el bien común de todos, todos deben superar.

«Los españoles—ha dicho con acierto el Ministro de Agricultura en el discurso con que ha clausurado las sesiones de la V Asamblea de la C. E. A.—estamos, como siempre, en una línea inalterable de buena voluntad. Proclamamos y deseamos la colaboración entre todos los pueblos que estén dispuestos a practicarla fraternalmente, sin egoísmos, sin afanes monopolísticos en lo material ni en lo espiritual.»

En esta línea de buena voluntad España contribuye en la C. E. A. a una acción de elevación del nivel de vida agrario, con la que podrá desterrarse definitivamente de los campos de Europa el fantasma del comunismo y será posible mantener en ellos los principios fundamentales de la civilización cristiana si a todos los miembros les anima el mismo espíritu de decidida y leal colaboración.

EL ESPAÑOL

EL DIALOGO

cos en monólogos, y los monólogos en panfletos personales injuriosos y agresivos, no nos han hecho perder la fe en el colquio, en la discusión, en el acuerdo surgido de un amplio y honrado cambio de impresiones. Si no fuese posible el diálogo lo habríamos incluso de simular. El diálogo es señal de vida política. Impedir y prohibir las manifestaciones discrepantes sería igual como intentar curar a un enfermo prohibiéndole el suspiro y el llanto. La pública discrepancia en determinados hechos de tipo social y político puede señalar constantemente dónde reside la incomodidad y la insatisfacción de ese o aquel grupo de españoles.

Ahora bien, es fundamental saber cómo y en qué ha de operar

el diálogo. Los intelectuales de España han de proyectar el diálogo hacia el futuro y harán bien en no desenterrar temas, en vistas a ese futuro, que en su tiempo y cuándo constituían un auténtico problema, nadie supo resolver del todo. Ante determinadas actitudes de personas consideradas que escriben en los periódicos, uno tiene la impresión que aquella idea antigua en la que se afirma que nadie conoce sus propias debilidades, tiene como contrapartida la de que nadie o muy pocos conocen y calibran sus verdaderas fuerzas. Todos creemos poder más de lo que podemos. Y muchas veces incluso carecemos de fuerza para resistir al aplauso. Todos los que escribimos en los periódicos somos especialmente vulnerables al elogio. Confundimos con frecuencia el aplauso con el acierto y aun con la solución de los pro-

blemas que planteamos en nuestros artículos.

Para valorar el sentido de las felicitaciones y de los estímulos que llegan hasta nosotros creemos necesario tener a la vista una radiografía más o menos exacta de lo que constituye toda oposición política. Esa oposición presentará siempre lo que Karl Mannheim denomina «un programa irizado». Es un programa táctico que promete algo a todos los sectores y a todos los grupos descontentos. Como instrumentos de ese «programa» reciben aplausos tácticos las personas más ajenas a los sectores y a los grupos descontentos. Como se comprenderá, los «programas irizados» sostienen su capacidad de incorporación y basan su fuerza federante en la superficialidad y en la ignorancia de la multitud inconforme y en la polarización de las actitudes minoritarias nega-

tivas. Pues bien, el aplauso de los que pertenecen inconscientemente a un grupo político de programa irisado puede aniquilar la independencia de juicio de tantos aficionados a la política como escribimos en los periódicos.

Nos parece sorprendente que existan los que pretenden resolver problemas antiguos a base de una simple campaña de artículos. Más que una labor constructora, esa operación es la de agitar viejos posos y llevar a la superficie cuestiones apagadas. Por ello frente a la agitación verbal levantamos nuestro «slogan» de «política de mano ocupada». Así, por ejemplo, no se puede hablar de Cataluña, aunque el que lo haga sea de Cáceres, de Lugo o de Madrid, como una realidad distinta y a veces opuesta al resto de España. Quienes amen a Cataluña no basta con que escriban artículos, sino que han de considerar si los catalanes estamos con la mano ocupada suficientemente en la actual empresa política española.

Al éxito por la acción, es la idea que predomina en los manuales de energétismo americano. A la solución de todos nuestros pequeños antagonismos por el trabajo conjunto en una idéntica empresa espiritual y política, podría ser una consigna superadora de los diálogos convertidos en monólogo sobre cuestiones ajenas a la realidad.

En política, como en todos los órdenes de la vida, aquello que no cuesta trabajo es probable que ofrezca escasa consistencia. No hay en la vida pública hechos gratuitos. Todo cuanto anhelamos ha de requerir nuestro esfuerzo y trabajo si este nuestro anhelo va hacia cosas importantes y permanentes. Esa ley no ofrece excepciones. Por ello quien intentara resolver con pequeñas definiciones y artículos cuestiones que únicamente pueden ser resueltas por el tiempo se nos aparecería como una figura tararinesca, aunque, desde luego, pueda estar su corazón lleno de nobles sentimientos y de limpias intenciones.

Somos partidarios del diálogo

como dimensión de una política de mano ocupada. El diálogo desconectado de un anhelo de actuación inmediata, de un propósito de realizar obras concretas, será o sería un simple instrumento para la conquista del halago y del aplauso. Cuando un escritor político anhela el aplauso está incapacitado para buscar soluciones permanentes. El aplauso hace exagerar nuestros puntos de vista, así como nos obliga—vii sumisión—a convertir en enemigos a los amigos de siempre. A buscar discrepancias y temas de lucha para mantenernos constantemente en el primer plano de la actualidad.

Afortunadamente, la honestidad del periodismo español va permitiendo cada vez más puntos de vista personales expuestos con corrección y sinceridad y respeto a la personalidad de los demás. Bien venido sea en este sentido el diálogo. Pero los propósitos dialogales nos parecerían deformadores si nos convirtiesen en profesionales de la discrepancia.

Claudio COLOMER MARQUES
(Premio Nacional de Periodismo)

MAÑANA SERA
OTRO DIA

SUEÑO DEL CIRUJANO

ES el caso que, como a cirujano que soy, la Nación vino a consultarme. Estaba delgada, a decir verdad, pero sin palidez, ni cianosis, ni ictericia, ni congestión, ni ninguno de esos colores y matices que ponen al médico sobre la pista de una enfermedad determinada. Por lo suelto del traje, pensé si estaría encinta; también podría ser que vistiese a lo moderno y deportivo; no afirmo una cosa ni otra. Hube de alabarle el gusto de venir descubierta, porque ningún cubrecabezas, ni la democrática gorra, ni el burgués bombín, ni la boina proletaria, ni la chistera capitalista, ni el gorro frigio, ni la corona de diamantes, son prendas útiles, ni estéticas, ni, mucho menos, higiénicas. En fin, se coló en mi consulta con ese andar medio irónico, medio escéptico, propio de los que acuden al médico sin grave y apremiante necesidad. Sentóse en lo alto de la vitrina, cruzó las piernas realmente agradables de mirar y, encendiendo un «bisonte» con un rayo X de los de mi aparato, sonrió:

—Vengo porque, al parecer, es preciso que me opere usted.

Exclamé con voluptuosidad:

—Encantado, señora. Le voy a hacer una operación que la voy a dejar nueva. ¿De qué hay que operar a usted?

Mis dedos expertos y nerviosos pulsaban mientras tanto los timbres que indican: «¡Quirófano, preparado!»; «Pónganse guapos los ayudantes guapos, que la cliente tiene dinero»; «Enfermeras, vestirse los mandiles de Balenciaga», y «Administrador, redacte una nota de honorarios por todo lo alto, que la cosa no es para menos». Hecho lo cual, volvíme a la Nación para preguntarle:

—¿Qué va a ser?

La Nación respondió:

—Aquí le he traído unos cuantos recortes de periódicos extranjeros por los que me he enterado de que no tengo vida ni para media hora. Lea.

No leí, naturalmente. Habría sido criminal pasarme dos horas leyendo los documentos demostrativos de que la paciente se moría antes de media hora. En vez de leer, pregunté:

—Por favor, dígame lo que va a ser, señora. Dígame lo que le pasa, porque cada minuto que transcurre puede ser fatal. Corra, hija, corra.

Replicaba la Nación:

—En esos recortes tiene usted lo que opinan personas graves y doctas. Por mi parte, le confieso que noto cierta fatiga cuando subo hasta el

piso dieciocho en día de restricción, sin ascensor. Que tengo hambre a poco de comer, cuando he comido poco, y en cambio me encuentro así como inflada cuando como con exceso. Que si me harto de callos, igual que si me harto de sesos—que todo son alimentos simbólicos—, la digestión me resulta un poco pesada. Viajar en tranvía me gusta, porque me sale más económico; viajar en taxi me gusta, porque me sale más cómodo.

—Señora, todo eso es normal; dígame lo anormal, que no hay tiempo que perder.

—Pues eso dicen. Que no hay tiempo que perder. Que me muero si como callos, que me muero si siguen las restricciones, que me muero si como sesos, que me muero si ando en tranvía y que me muero si uso el taxi; me dicen que esto no puede seguir así.

Oprimí el timbre secreto que tengo debajo de la mesa y que quiere decir: «¡Ojo! La enferma es idiota: cuadruplican la nota de honorarios.» Y en seguida me encaré otra vez con la paciente, que se había sacado de la manga tres aviones de reacción, dos Seguros de Enfermedad, media docena de Inis, un concordatejo y un Orden Público que no se los saltaba un gitano, y con ellos jugaba al moscardón.

—Nada, nada, señora—dije, porque un cirujano que se precie debe empezar por un «nada, nada» tranquilizador—. Nada, nada, señora, la operaré ahora mismito.

«¿De qué?»—me preguntaba yo por dentro, como debe hacer un buen cirujano antes de echarse al quirófano—. «¿De qué?»

Pero no pude contestarme, porque la paciente, que se había subido a la lámpara y se columpiaba en ella sin respeto ninguno, se apeó de un salto y, pellizcándose las mejillas, exclamaba:

—¡Tío toooonto! ¿Te piensas que me dejo operar por enfermedades imaginarias? Imbecilito mío de toda mi consideración: cuando sepas la enfermedad que de veras tengo, si es que la tengo, y no cuando te preguntes cuál es la enfermedad que a ti te conviene que yo tenga, entonces vendré si Dios quiere, a que me operes tú, o a que me opere Perico el de los Palotes, o a que me opere la Divina Providencia.

Y me dió la Nación un tirón de las narices tan bien dado, que me desperté. Lo de imbecilito mío me había llegado, por su ternura, al corazón.

Luis PONCE DE LEON

ESPAÑA, "PORTAAVIONES"

94 CAMPOS DE AVIACION ABIERTOS AL TRAFICO AEREO

Barajas ocupa una superficie total de ocho millones de metros cuadrados, equivalente a la mitad del casco urbano de Madrid

La privilegiada situación geográfica de nuestra Patria



Principales aeropuertos del mundo en servicio comparados con el de Barajas (Madrid)

SITUADA en la extremidad oeste del supercontinente eurofrasiático y separada de América por pocos miles de kilómetros, mucho se ha hablado y nunca se dirá bastante sobre la privilegiada situación geográfica de nuestra Patria, que, al igual que Irlanda, constituye un estribo indispensable para los aerotransportes que, salvando el Atlántico, enlazan Europa y América.

Es muy cierto que, atravesada nuestra Península de Este a Oeste por el paralelo 40 grados Norte, que cruza también los Estados Unidos por la latitud de Nueva York, la situación de España con relación a América queda algo al Norte, desde el punto de vista de las comunicaciones aéreas, con Centro y Sudamérica, pero en las provincias españolas insulares de Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas, así como en nuestros territorios del Africa occidental y de Guinea, se han acondicionado

aeródromos, aeropuertos y bases de hidroaviones que soslayan tal dificultad, aunque a costa de considerables gastos, que España, con su proverbial generosidad, ha efectuado en servicio de los territorios citados y en el de la colectividad universal.

AEROPUERTOS Y AERODROMOS

Según las necesidades a que se haya de servir, teniendo en cuenta las posibilidades económicas de nuestra Patria (que ha de escalar racionalmente tales cuantiosas inversiones), y sin perder de vista su valoración internacional, los terrenos acondicionados para el aterrizaje y despegue de los aerotransportes civiles, pueden clasificarse en «aeropuertos» y «aeródromos».

Los terrenos en los que normalmente hayan de hacer escala los aerotransportes o bien (como ocurre con el de Barajas en

Madrid) sean cabecera de una importante compañía de transportes aéreos, precisan instalaciones para el servicio de los pasajeros (aduana, restaurante, hotel, oficina de información, botiquín, etcétera), disponer de las necesarias pistas de hormigón perfectamente acondicionadas (en cuanto a casi nula pendiente y drenaje que imposibilite su encharcamiento) para el estacionamiento, rodaje, aterrizaje o despegue de los aerotransportes, y, por último, es necesario dispongan también de un eficiente servicio meteorológico y de una potente emisora radiotelegráfica que, convenientemente enlazada con la «torre de mando», permita señalar a los aerotransportes listos para despegar la pista en que han de realizar la maniobra, y una vez en el aire, auxiliares con «marcaciones» radiotelegráficas para que su ruta sea la correcta.



Fotografía vertical de la situación actual de las obras del Aeropuerto Transoceánico de Barajas

En el caso de que el aerotransporte se dirija hacia el aeropuerto del que tratamos, cuando se halle de él a cualquier distancia se puede, mediante «marcaciones» radiotelegráficas, señalarle la ruta correcta, y una vez cerca y cuando esté a pocos kilómetros, mediante la cómoda modalidad de la radiotelefonía, el oficial de servicio en la torre de mando, en conversación con el piloto del aerotransporte, le indica las maniobras que debe realizar para aproar la pista de aterrizaje que se le indique, e incluso ya en tierra, indicarle el lugar donde debe estacionarse y cargar o descargar lo que le interese.

El «radio-faro» es la modalidad de la radiotelegrafía puesta al servicio de la muy justamente denominada por los españoles «protección del vuelo», y que en una longitud de onda determinada y con una frecuencia también determinada emite la señal alfabética que designa al aeropuerto en el lenguaje internacional, y tal señal, captada por el radiogoniómetro de los aerotransportes, les indica la dirección exacta de tal aeropuerto. El «radio-faro» debe figurar también entre los aditamentos que precisan un aeropuerto.

Los aerotransportes modernos van equipados con instrumentos

e indicadores que en «vuelo ciego» (entre niebla o de noche) ayudan al piloto a mantener a la aeronave en posición correcta, tanto obrando sobre el timón de dirección (desviarse a la derecha o a la izquierda), como sobre el de profundidad (subir o bajar), y tales dispositivos, complementados con indicadores visuales, permiten al piloto en vuelo «ciego» virar y navegar, así como realizar «perforaciones», o sea calar un mar de nubes que cubra a un aeródromo.

Desde la torre de mando del aeropuerto de Barajas (por ejemplo) tales accesorios de vuelo «ciego» con que van equipados los aerotransportes son completados mediante la utilísima «radiotelefonía» o «fonía», que permite la conversación entre el oficial de servicio en dicha torre y el piloto del aerotransporte, que en casos extremados practica el «ZZ» o aterrizaje ciego, aplicable en casos de niebla muy espesa y adherida a la tierra.

Desde la torre de mando pueden encenderse y apagarse las balizas luminosas que jalcan las pistas para el momento del aterrizaje nocturno; los límites del aeropuerto están iluminados por luces blancas fijas; los obstáculos inmediatos a él, con luces fijas rojas; la T que de día indica (con la manga) la dirección del viento, está igualmente iluminada, y, además, en las inmediaciones de los aeropuertos existen torres-faros que emiten señales o bien destellos a semejanza de los faros marítimos, como el que existe en el pueblo de Illescas, situado a 40 kilómetros del aeropuerto de Barajas y en la ruta a Sevilla.

Estas son, a grandes rasgos, las instalaciones y servicios que precisa un aeropuerto moderno; pero, como bien puede comprenderse, tales instalaciones son costosas de adquirir y acondicionar, su entretenimiento requiere continuos cuidados y cuantiosos gastos, y, por último, el tenerlos en servicio las veinticuatro horas del día supone un gasto muy cuantioso, dado que para su servicio se requiere un personal muy especializado.

Por esta razón los aeropuertos de primera, provistos de los servicios señalados, se procura sean en el menor número posible, pe

se a cuya limitación, nuestra Patria, entre las provincias peninsulares, las insulares, protectorados y colonias, cuenta con 19 aeropuertos de primera, con la mayor parte, si no todos, de los servicios reseñados en uso, y, además, con nada menos que 37 aeropuertos más, cuyas obras se realizan a ritmo diferente, pero que en plazo no muy largo podrán ser puestos en servicio, si bien en la actualidad cumplen su cometido de «aeródromos de socorro», en los que los aerotransportes, en caso necesario, pueden aterrizar, y cuentan con los más indispensables servicios.

PRINCIPALES AEROPUERTOS EXTRANJEROS

En el gráfico 1 puede apreciarse (por estar representados en la misma escala) la diferencia de extensión de nuestro aeropuerto transoceánico de Barajas (Madrid) y el inglés de Croydon (Londres), el italiano de Linate (Milán), el holandés de Schiphol (Amsterdam), el francés de Le Bourget (París), los alemanes de Tempelhof (Berlín), Hamburgo, Munich y Stuttgart, el suizo de Zurich, el sueco de Stokolmo, los norteamericanos de Columbus, Oakland, New York, Los Angeles y Washington y el soviético de Moscú.

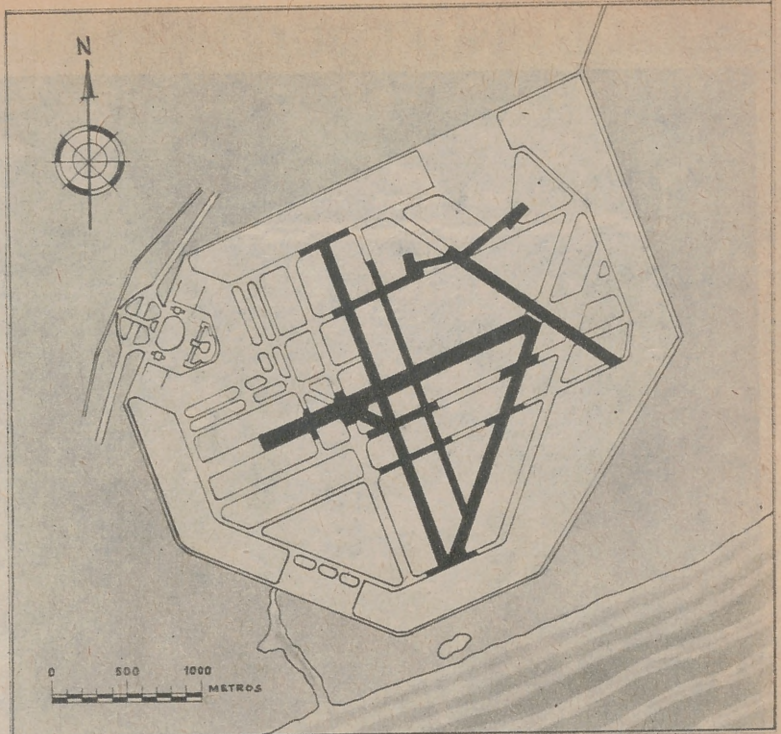
No se trata de proyectos, sino de «realidades», es decir, «aeropuertos en uso», circunstancia que concurre plenamente en nuestro aeropuerto transoceánico de Barajas (véase fotografía), obra ingente, de cuya envergadura da idea el que, por ser el terreno en el que se ha acondicionado tal aeropuerto impermeable, es decir, que se encharca cuando llueve, ha sido drenado mediante tuberías y colectores que van a desaguar en el inmediato río Jarama y que la longitud total de tales drenajes alcanza la considerable cifra de 75 kilómetros.

BARAJAS EQUIVALE A LA MITAD DEL CASCO URBANO DE MADRID

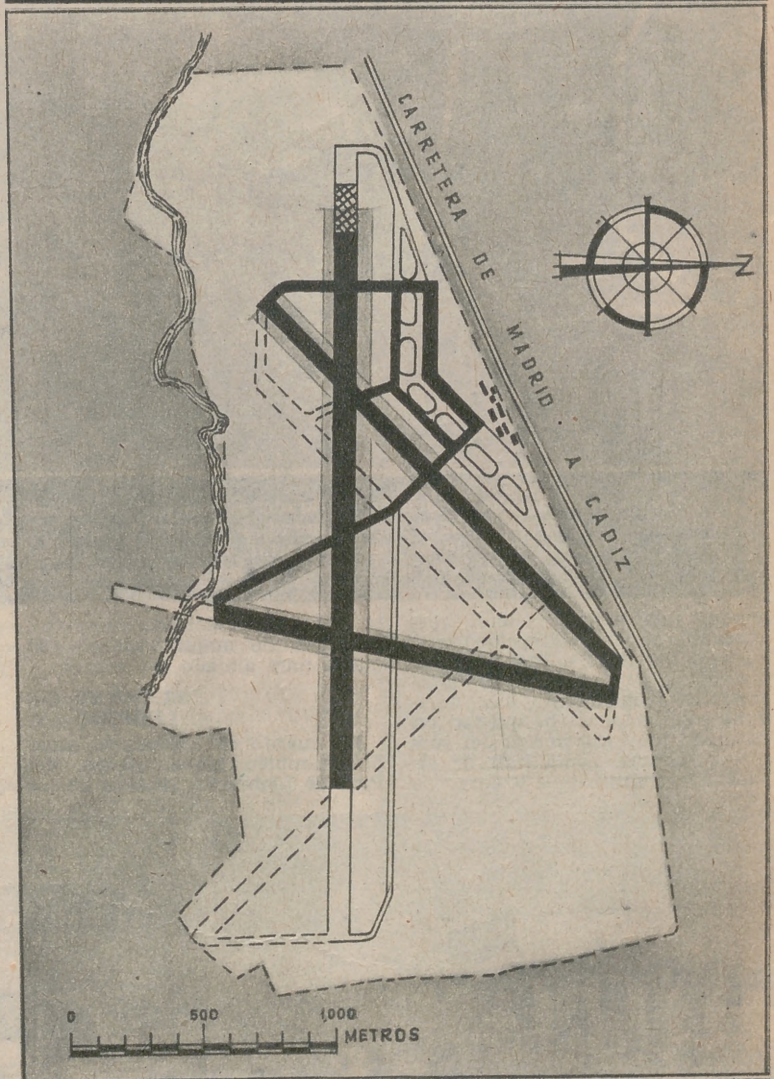
El aeropuerto madrileño, que ocupa una superficie total de unos ocho millones de metros cuadrados, equivalente a la mitad del casco urbano de Madrid, cuenta (ya en servicio) con cinco magníficas pistas de aterrizaje y despegue, enlazadas, como puede verse en la fotografía adjunta, por numerosas pistas de rodadura o maniobra que permiten al aerotransporte salirse rápidamente de la pista donde acaba de aterrizar, dejándola libre.

La pista a-a (véase fotografía), acondicionada especialmente por sus dimensiones (tres kilómetros de longitud por 100 metros de anchura) para el vuelo «ciego» o sin visibilidad exterior, tiene sus accesos desprovistos de todo obstáculo, y, además, todas las edificaciones situadas en ellos han sido balizadas (o señaladas) mediante luces rojas colocadas en su extremidad superior.

Medio metro por cada kilómetro es la pendiente máxima tolerada en estas pistas, que son prácticamente horizontales, y este magnífico aeropuerto, además de las pistas citadas, de unas instalaciones muy completas meteorológicas, radiotelegráficas y de todo orden, contará con las ade-



Aeropuerto Transoceánico de Prat de Llobregat, situado en las inmediaciones de Barcelona



Aeropuerto Transoceánico de San Pablo, situado en las inmediaciones de Sevilla



Fotografía vertical que evidencia el estado actual del Aeropuerto Transoceánico de Santa Isabel, situado en las inmediaciones de la ciudad de Santa Isabel, en la región norte de la isla española de Fernando Poo, de la que es capital. Dos flechas indican en la fotografía las extremidades de una gran pista de hormigón terminada y en servicio

cuadas edificaciones (hotel, restaurante, aduana, recepción), que aun no han sido edificados, porque al remover el terreno, alterándolo visiblemente, las antiguas edificaciones (b) quedan en un nivel muy inferior al del suelo, y, además, como han de situarse forzosamente a lo largo de

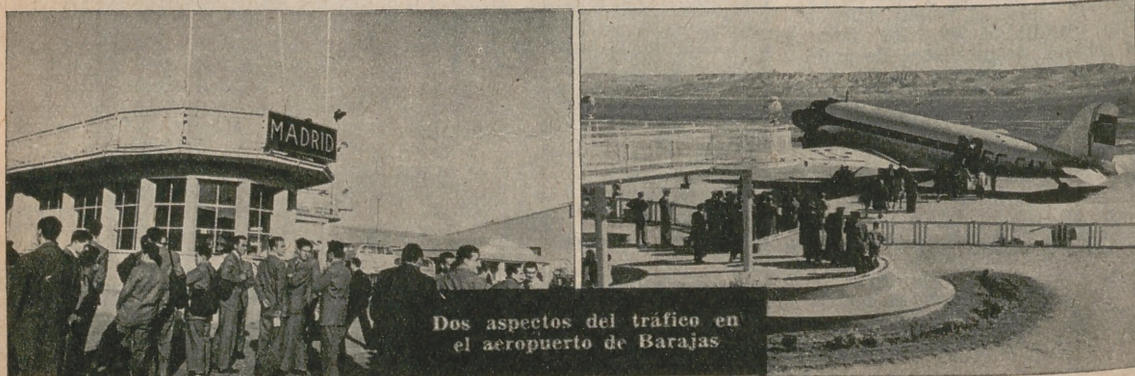
la pista de estacionamiento (c), su lugar de emplazamiento (d) queda muy alejado del actual.

EL PRAT DE LLOBREGAT

En cuanto al aeropuerto español, también transoceánico, del Prat de Llobregat, situado en las

inmediaciones de Barcelona y para el servicio de esta ciudad posee parecidas condiciones a las reseñadas para el de Barajas y se halla en servicio, aunque no terminado por completo. En la figura 2 puede verse su forma y dimensiones.

Tal aeropuerto barcelonés po-



Dos aspectos del tráfico en el aeropuerto de Barajas

see cuatro pistas de maniobra, cuyas longitudes oscilan entre los 2.000 y los 3.000 metros por unos 100 de anchura.

El gráfico 3 representa el aeropuerto, también transoceánico, de San Pablo, habilitado para el servicio de la ciudad de Sevilla, y en él puede apreciarse su grandiosidad, pareja de los de Barajas y el Prat.

La fotografía adjunta indica las dimensiones y forma del aeropuerto transoceánico de Santa Isabel, situado en la costa norte de la isla española de Fernando Póo (Golfo de Guinea), costosa obra para la que ha sido necesario desmontar una extensión considerable de impenetrable selva.

Las adjuntas fotografías y gráficos evidencian el estado actual de las obras en los cuatro grandes aeropuertos transoceánicos indicados.

DIECINUEVE AEROPUERTOS DE PRIMERA CLASE

España, sin ayuda exterior alguna, se ha acondicionado una densa red de bases aéreas integrada por 19 aeropuertos de primera clase, en su mayor parte terminados y en servicio, situados estratégicamente en la Península, Canarias, Baleares, Marruecos, África occidental, Guinea continental y Fernando Póo, además de otros 34 aeropuertos más, utilizables actualmente, y a los que en breve plazo se dotarán de pistas e instalaciones; 11 aeródromos militares guarnecidos por fuerzas aéreas y utilizables para los aerotransportes en caso necesario, y, por último, 27 aeródromos dotados de campos de aterrizaje y despegue y de los servicios más indispensables, lo que supone para una extensión territorial española de unos 830.000 kilómetros cuadrados un total de 94 campos de aviación, y ello sin contar numerosas bases de hidroaviones, provistas de sus correspondientes instalaciones, e innumerables golfos, bahías y ensenadas de nuestras costas aptas para el amaraje de los hidroaviones.

leyendo este breve trabajo pensará el lector: «Pues en caso de guerra, y a semejanza de lo hecho por los japoneses en Puerto Arturo y Pearl Harbour, nuestros enemigos no tienen más que destruir estas 94 bases (lo que es fácil con el bombardeo aéreo) y ya tenemos a España inermes.»

A esta objeción podría responderse que tales aeropuertos y aeródromos pueden, efectivamente, ser destruidos en las condiciones citadas, pero ello es poco probable si nuestro probable adversario recapacita ante la inutilidad de tan cuantioso esfuerzo, dado que unos trenes de acondicionamiento de aeródromos, debidamente dotados y convenientemente situados en los bordes de las inmensas llanuras leonesas, castellanas, aragonesas, valencianas, murcianas, extremeñas y andaluzas, habilitarían en pocas horas numerosos aeródromos imbatibles por su dispersión y de imposible localización.

Coronel F. VILLALBA RUBIO

EN LA RULETA DE LA NOVELISTICA HA CAIDO EL GORDO



EL PREMIO "PLANETA" EN LA ORBITA DE LA LITERATURA

NOCHE DE SOBRESALTOS EN UNA VOTACION POR ELIMINATORIA

Cuando don Juan Manuel Lara hizo pública su decisión de aumentar el Premio Planeta hasta cien mil pesetas se le preguntó por los motivos que le habían inducido a ello. Su respuesta fue contundente: «El Premio Planeta no es un premio cualquiera—contestó—. Con cien mil pesetas a la novela premiada se coloca a la cabeza de cuantos premios literarios se conceden en Europa. Sin embargo, no es éste el principal motivo de su creación, ni lo es la publicidad que con el mismo adquiere la editorial. El Premio Planeta se lanza en reto a cuantos se celebran, aunque no con fines de aniquilarlos, de hacerlos desaparecer. Esperamos sea un estímulo que sirva para que muchos novelistas españoles encuentren en él una ayuda económica eficaz. La Editorial Planeta abre sus puertas a los novelistas de España.»

TAMPOCO EL EDITOR LARA ES UN EDITOR CUALQUIERA

Juan Manuel Lara nació en El Pedroso (Sevilla), a las doce de la noche del último día del año 1914. Tan al límite de las doce eran, que su padre dudó entre si había nacido en 1914 ó 1915, hasta que, por razones de índole militar, se decidió por el primero.

Con el título de bachiller en el bolsillo traspasó la primera frontera regional en el año 1928. Su espíritu inquieto le llevó a Madrid, en donde ingresó en la Escuela de Ingenieros de Telecomunicación.

La guerra le llevó de nuevo a Sevilla, a la que llegó conducido por el último tren que salió de Madrid. «Salté del tren—nos dice—sorteando la pedrada que sobre el mismo caía. La guerra había comenzado.»

En Talavera de la Reina cono-



Al doctor Santiago Lorén, ginecólogo Calatayud, no se le alteró el pulso por 100.000 pesetas del premio Planeta. ¡En! rabuena, doctor!

ció al entonces coronel Yagüe, militar por el que sintió gran admiración. Pasó a la Legión, ascendió a capitán y entró en Barcelona bajo el mando del ya general Yagüe.

Terminada la guerra decidió instalarse en Barcelona. Sentía la resaca de los combates, cosa que le impedía estar quieto. Empezó montando una academia para ingenieros de telecomunicación, academia que amplió luego con las

secciones de radio, telegrafía, policía y comercio. Llegó a tener cinco academias a la vez. «Cinco Academias Laras», recuerda ahora con satisfacción.

Por aquel entonces no había pensado una sola vez en ser editor, a pesar de que, según confiesa, leía más que ahora. Hasta que un día el profesor de una de sus academias, señor Mateu, actual editor también, le habló de ello. Y le convenció.

Al poco tiempo conoció a Félix Ros, dueño de la editorial «Tarteso», al que compró el negocio en 100.000 pesetas. Pagó la cantidad con la liquidación de parte de los libros de la misma editorial que compraba. Cambió el «Tarteso» por Lara y empezó la primera etapa triunfal de su negocio. Las novelas se vendían y el negocio prosperaba rápidamente.

Sin embargo, Lara continuaba siendo un hombre inquieto, capitán de la Legión, y a los dos años vendió su negocio al editor barcelonés señor Janés por el precio de 1.450.000 pesetas.

En el contrato de venta se especificaba con toda claridad que don Juan Manuel Lara no podía dedicarse a negocios editoriales en un tiempo determinado. Estuvo barajando posibles negocios, hasta que por fin se decidió por el papel. Los libros, impresos o no, empezaban a entrarle. Montó un almacén de papel. Compró grandes cantidades y con mayor rapidez. Con mayor rapidez y peor suerte, de tal modo, que a los quince días de la compra había perdido un capital de dos millones de pesetas, con lo que se quedó sin un céntimo. El momento era difícil, casi como para regresar a Sevilla. Sin embargo, no fue así. Se tomó unas «vacaciones de dificultad» y empezó de nuevo. Empezó con extraordinaria serenidad. Hombre de gran simpatía, esta vez ha llegado a la cima. Realmente, don Juan Manuel Lara no es un editor cualquiera.

EL PREMIO DE LAS CIEN MIL PESETAS, EN EL CAFÉ CINCO PESETAS

El Cinco Pesetas es el café Gijón. Así lo llama un amigo mío, basándose en que allí es imposible tomar nada por un precio más reducido. Eches por donde eches, las cinco pesetas quedan sobre la mesa.

El «Premio Planetas» apareció en el Gijón como un meteoro, que primero hace mucho ruido y después va dejando cola. ¿Has dicho cien mil pesetas por una novela? ¿Y estás seguro de que la novela será llevada al cine? Pero la realidad es que aunque la imaginación está cuajada de temas novelísticos, a la hora de la verdad la máquina de escribir no escribe más que cartas a

aspirantes a novelistas de provincias, en las que se les pinta ya la gloria como una fruta en conserva. De todo el novelario del Gijón, novelas de todos los ambientes y tipos—realistas, románticas, humorísticas, subrealistas, tremendistas, pastoriles—, había candidatos hipotéticos. «Tengo yo una novela...», «Estoy escribiendo yo una novela», «Acabo de terminar una novela», «Creo que si me da tiempo a terminar mi novela...».

El lenguaje del Café Cinco Pesetas es un lenguaje contundente, vibrante, rimbombante, apabullante. Cada genio cuece al «express» sus ideas y las suelta.

—¿Qué pretenderá Lara con eso?

—¿Con qué?

—Con dar cien mil pesetas.

—Pues, darlas.

—Aquí, amigos, hay gato escondido.

Cien mil pesetas, contadas una a una, dan para muchas tardes de cháchara.

—¿Y es cierto que se presenta Juan Antonio Zunzunegui?

—¿Estás seguro de que se ha presentado Ana María Matute?

—No había dudas. Se había presentado los dos, un hombre y una mujer. Un hombre ya maduro, con canas y una pila monumental de novelas. Zunzunegui tenía otros premios y quería uno más. Quería la gloria y las pesetas. Ana María es una recién casada, simpática, buena, escritora de la planta de los pies; a la melena, pero con mala suerte en esto de los premios. Dos veces ya el «Nadal» ha dejado a Ana María casi con la miel en los labios.

—¿Y cómo se llama la novela de Zunzunegui?

—Se llama «La vida como es».

—¿Y la de Ana María?

—«Las luciérnagas».

En este mundo todo se sabe. Se sabía ya—y se lo contaban al oído unos a otros—que en la novela de Juan Antonio había mucho chivateo de la Policía, es decir, la novela estaba recogida de nutridos y variados expedientes del hampa barcelonesa. Eran nada menos que setecientas páginas folio. La de Ana María era una novela ya presentada al «Nadal», pero sometida a corrección y a nuevo giro.

Y así empezó una batalla sorda, callada, disimulada y sonriente. Juan Antonio y Ana María de tarde en tarde hablaban de novelas y citaban el «Planeta». Zunzunegui decía que «La vida como es» era lo mejor que él había escrito, y Ana María expresaba una confianza más bien discreta. Era éste un duelo prudente que por días se iba haciendo más enconado y agrio. Pero

se guardaban las formas. En el Café Cinco Pesetas siempre se guardan las formas.

Por lo que sea, la balanza sentimental y estética se inclinó por Ana María. En paridad de condiciones, todos votaban por la joven esposa. No en vano Ana María Mature alcanzó no hace mucho el Premio Café Gijón con su «Fiesta en el Noroeste». Ante una marejada de rumores, Juan Antonio optó por retirarse.

Y Juan Antonio quedó fuera de lid. Ana María quedó única contrincante del Café Cinco Pesetas. Y posible ganadora. Todo el mundo hizo cuentas con las cien mil pesetas del ala.

Así fuimos llegando al final, días de una tensión enorme, porque estas cien mil parecían una herencia en la que cada uno íbamos a tener un pellizco. La llegada de Lara a Madrid descuajaringó un poco todos los planes. Se veía bien claro que cada jurado tenía sus preferencias o quizá una gran confusión en la cabeza. La cosa se complicó más cuando don Melchor se retiró del Jurado. Y surgieron, además, nuevos candidatos. Comenzó a hablarse de un tal Loren, de Zaragoza; de una muchacha de Mallorca, casada y con tres niños; del guión de Ortiz Muñoz, del «Fratricida», de María de Sey, nombre que nadie decidía. Todo era confusión, cábala y sondeos.

El Café Cinco Pesetas hervía de hipótesis. Juan Antonio se dedicó a animar a Fernández Nicolás.

—¿Usted cree que a éste le premiarán?

—Yo creo que no.

—¿Por qué?

—Porque tiene cara de morir de susto si lo premian.

También «Sala de espera pasó a la idem, pero con pocas probabilidades. El conflicto seguía planteado sobre Ana María, Ortiz Muñoz, la muchacha casada de Mallorca y Loren. Pero corrían bulos. Bulos a docenas. Bulos que se susurraban al oído con voz de juramento y promesas con reserva. «¿Te apuestas algo?», se repetía por doquier.

Realmente el clima de un premio enseña a conocer a la gente más que un partido de fútbol o una botella de champaña. Se habla mucho de la ruindad, de la mala intención, de la envidia, del recelo, de la falsedad de la gente de letras y del arte. Y algo hay de esto. Somos muy poco sinceros. Muy pocas veces se reconoce escuetamente un valor.

El día del premio el Café Cinco Pesetas estaba agitado. Se apostaba como en la carrera de caballos, casi siempre basándose en suposiciones imaginarias. Hasta que llegó el fallo, que fue en cierto modo una desilusión. El ganador no era conocido ni afecto de ninguna pena. ¿Valía la pena dos meses de efervescencia, de elogios, de reticencias y de pronósticos, para que ahora, de golpe, viniera un tocólogo de Calatayud a llevarse las cien mil del ala?

Y no había solución. Estaba fallado. Y a ojos vistas. Sin trampa.

ASEGURESE USTED

EL ESPAÑOL

TODAS LAS SEMANAS
SOLICITANDO UNA SUSCRIPCION

CENA CON PREMIO

Las invitaciones repartidas para la cena, prólogo del fallo del premio «Planeta» que se celebró en el Círculo de Bellas Artes, anunciaba el comienzo de la misma para las diez de la noche.

A las diez menos cuarto había llegado ya Juan Manuel Lara, editor, al que acompañaba su esposa y Romero de Tejada, fiscal, miembro del Jurado.

Lara rebosaba satisfacción. Todo «salía» perfectamente. El vاپuleo que significó la organización del Premio quedaba compensado por el éxito del mismo. Trescientas tres novelas presentadas. Un año de trabajo y cien mil pesetas que avanzaban con rapidez hacia un novelista español.

En la calle llovía copiosamente. La cena se retrasaría. El tercer miembro del Jurado, Wenceslao Fernández Flórez, llegó pocos minutos después que el editor sevillano. Traje negro a la luz eléctrica su perfil parecía una máscara de cera.

A la media hora los salones de la planta baja del Círculo de Bellas Artes presentaban un aspecto de extraordinaria animación. Las mesas permitían en el amplio salón una visualidad perfecta.

El centro del local bullía de comentarios. Manos conocidas se apretaban con fuerza. Los miembros del Jurado tenían aspecto de interrogación. Allí estaban Juan Gich, director del «Correo Literario»; José Luis Navasqués, director de los estudios cinematográficos Chamartín, miembro del Jurado que, junto con el señor Lara, forma la cabeza de este primer premio nacional. Pedro de Lorenzo y Manuel Pombo Angulo, «hombres con voto», estaban también.

Las letras españolas tenían brillante representación. José María Gironella, Carmen Lafret y Bue-ro Vallejo, trilogía de escritores premiados, charlaban con gran cordialidad.

La cena transcurrió con animación. Suponíamos, al ver los preparativos de Radio Madrid y Radio Intercontinental, que los aspirantes al Premio recostaban sus cabezas en el aparato receptor.

Sonaban ya nombres. Se barajaban posibilidades. Ana María Matute, Antonio Ortiz Muñoz, María Dolores Cortey, Santiago Lorén... El Jurado continuaba siendo una interrogación. Preguntado Lara por la novela que creía podía ser ganadora, contestó: «Jamás había visto un Jurado que guardara semejante silencio. Todos callan, como si fueran jugadores de póker.»

Efectivamente, la votación transcurrió en medio de la mayor seriedad. Gich, antes de su primer voto, pidió que sirvieran



Un aspecto de la mesa que falló el premio, en la que aparece el escritor Fernández Flórez, descansando las gafas

café. «El café es indispensable. No se puede votar sin café.» César González Ruano, que actuaba como Jurado sin voto, apoyó la propuesta: «No se olviden del coñac», añadió.

Todo marchó con gran exactitud. Periodistas y fotógrafos estaban a la vista de la mesa de votación. Pedro de Lorenzo, Romero de Tejada, Pombo Angulo, y Juan Gich entregaban sus papeletas con gran rapidez. Fernández Flórez, con mayor lentitud. Tres nombres avanzaban con firmeza, votación tras votación, hacia la final: Santiago Lorén, Ortiz Muñoz y María Dolores Cortey.

María Dolores Cortey quedó eliminada. En la sala se armó un gran revuelo. Ortiz Muñoz y Lorén esperaban en empate. Gran diferencia de opiniones. Se desconocía la valía de Santiago Lorén. Radio Madrid ofrecía el micrófono a derecha e izquierda. Personas conocidas daban su opinión. El momento era importante y de gran tensión. Se procedió a la última votación y saltó al aire el nombre de la novela

premiada: «Una casa con goteras», de Santiago Lorén.

Resuelta la duda, los comentarios arreciaron. Se pedían datos del novelista de Calatayud. «Creo que es médico.» «Se presentó el año pasado al premio «Ciudad de Barcelona». «Su novela «Cuerpos, almas y todo eso» no está mal.»

Lara corrió al teléfono. A los pocos minutos hablaba con Lorén. Este sabía ya la noticia; estaba pendiente de la radio, rodeado la mesa de familia, que celebraban el santo de una Pilar. «Si, si, mañana estaré en Madrid», le dijo al editor. Los periodistas guardaban turno para hablar con él.

En la sala de votación los jurados repetían una y otra vez el argumento de la novela, hablando ya en afirmación.

La hora era avanzada y las deserciones fueron dejando el salón vacío. Los últimos en abandonar el local fueron el editor Lara, Romero de Tejada y Alvaro de Leiglesia, director de «La Codorniz».

Fuera seguía lloviendo. Las cien mil pesetas se fueron a Calatayud, en donde un nuevo novelista, Santiago Lorén, se había convertido en centro de popularidad.



Carmen Lafret, premio Nadal, cambia impresiones con el editor Lara. Ella también pasó un día por el Tribunal de las eliminatorias

CUATRO PERIODISTAS EN BUSCA DEL AUTOR

DEBEMOS de tener una pinta inconfundible de periodistas a la caza. Porque el despampanante portero color de chocolate del hotel Crillón, nada más abrirnos la portezuela del taxi, nos dice:

—Si buscan ustedes al señor de las cien mil pesetas, en el hall lo tienen.

En efecto, allí está Lorén, don Santiago, el autor de «Una casa con goteras». Un buen valor inmobiliario a pesar de las goteras; un cheque con cinco ceros y la fama.

Loren tiene un aire corriente. Casi «standard». Tiene un bigote como otro cualquiera. Es más bien bajo, pero no demasiado. Y más bien joven, pero no mucho. Viste correctamente, pero sin nada singular. Por su aspecto puede ser ingeniero agrónomo, o veterinario, o registrador de la Propiedad, o, en fin, especialista en ginecología. Que esto es, profesionalmente, Santiago Loren.

No es fácil sitiar a nuestro hombre. Lara, el editor, le trae y le lleva. Le da instrucciones en voz baja con cierto aire de conspiración. Telefonéan frecuentemente: los periódicos, la radio... No todos los días se ganan cien mil pesetas con una novela, caramba.

Por fin se queda solo un momento y organizamos el cerco. Loren lleva bastante bien su suerte. Eso no deja de tener mérito. Porque no es grano de anís lo que a este hombre le ha sucedido en pocas horas. Ha seguido, desde su clínica de Calatayud, y a través de la radio, las sucesivas votaciones hasta la victoria final. Dos horas después de conocer el triunfo, a las cuatro de la madrugada, ha cogido un tren y se ha venido a Madrid. Y aquí está, acabado de llegar, convertido en el hombre del día, asediado por los cuatro costados. Y este ambiente no es precisamente el suyo, el de Calatayud. Loren es, sin duda, un hombre aplomado, seguro de sí mismo, que sabe andar por cualquier parte.

CASTILLO. — ¿Le impresionó mucho el triunfo?

LOREN. — Lo corriente. Al llegar a la última votación me tomé el pulso. Ochenta pulsaciones; lo normal. Uno tiene cierta experiencia en sujetar los nervios. Más difícil es conservar la serenidad cuando la vida de una paciente depende de lo que hagamos.

GIRONELLA. — ¿Cuál fue la primera palabra que dijo en el momento de conocer el fallo?

LOREN. — Solté un taco.

COVALEDA. — ¿Qué es usted más, médico o escritor?

LOREN. — Yo no soy un escritor-médico, como es el caso de Pombo Angulo, por ejemplo, sino un médico-escritor. Estoy enamorado de mi profesión.

SORIA. — ¿Pensó su novela para el cine?

LOREN. — No. Ni sabía siquiera



Los muchachos de EL ESPAÑOL rodean al afortunado autor en la puerta del hotel a su llegada a Madrid

que el premio suponía su traslado al cine.

GIRONELLA. — De volver a escribir su novela, ¿lo haría lo mismo?

LOREN. — Exactamente igual.

SORIA. — ¿Por qué no prefirió presentarse al Nadal?

LOREN. — Conocía al editor Lara. Además, en el Nadal no suelen acoger con gusto las novelas de humor. Y «La casa con goteras» es de este género.

CASTILLO. — ¿Y no cree que la vena humorística es un subterfugio para huir de la realidad?

LOREN. — No; creo que la alegría es lo más sano y más sincero. Yo soy un optimista. La literatura no debe reflejar la angustia y la crisis de una época. La vida ya es, por sí sola, bastante amarga.

SORIA. — Volviendo al premio, ¿le parece adecuada esta fórmula de votación tipo Goncourt?

LOREN. — En este caso se ha hecho plenamente justicia. Cada miembro del Jurado tiene en firme su candidato. Las fluctuaciones de las votaciones son de pura apariencia. Y no estará de más hacer constar que no conocía a ningún miembro del Jurado.

COVALEDA. — ¿Lo mejor de su novela?

LOREN. — El tipo de Sebastián Viladegut. Es un personaje al que no he agotado totalmente. Aun así podría sacar más partido de él.

GIRONELLA. — ¿Cuál es su técnica de novelar?

LOREN. — Uso la técnica «personajista». Para mí, lo primero es el personaje. Debe vivir su propia vida, con absoluta sinceridad. La técnica «argumentista» crea primero la trama y, de acuerdo con ella, traza los personajes. Esto, forzosamente, se ha de traducir en falsedad.

SORIA. — ¿Se cuida mucho del estilo?

LOREN. — Me trae sin cuidado. Yo no corrijo nada.

(Hasta ahora todo ha ido bien. Loren ha respondido rápida y contundentemente, sin evasiones ni hipócritas modestias. Cuando llega el momento de pronunciarse sobre las personas, sin embargo, se bate en retirada.)

COVALEDA. — ¿Qué escritores jóvenes prefiere?

LOREN. — Hombre, esto no vale; yo no quiero personalizar...

CASTILLO. — ¿Qué le parece Cela?

LOREN. — Es formidable en su entronque con la picaresca, en sus novelas de este tipo. En las otras no me gusta.

SORIA. — ¿Y Carmen Laforet?

LOREN. — Fue la suya la primera novela tremendista, y de ahí su éxito. Tiene buenas condiciones de novelista y podrá hacer cosas interesantes.

SORIA. — ¿Podrá hacer...? ¿Es que no ha hecho hasta ahora?

LOREN. — Por Dios, no sean ustedes malos...

GIRONELLA. — Y entre los «veteranos» ¿a quién prefiere?

LOREN. — A Baroja y Fernández Flórez. Del primero me gustan su sentido de la acción y su objetividad. Del segundo, la ternura de su humorismo. Para mí, el humorismo es un arte en sí mismo y por sí mismo.

Empezábamos a hablar de su otra novela «Cuerpos, almas y todo eso», que publicó el año pasado la editorial Janés, cuando nos interrumpió Lara. Loren había de salir en seguida para Radio Nacional. El «moreno» de la puerta buscó en seguida un taxi. Acompañamos a Loren hasta él. Llovía un poco. El día, poniéndose a tono, estaba con «goteras», como la afortunada «casa» de Loren. De pronto, las «goteras» aumentaron de espesor y tuvimos que volver a acogernos a la comodidad del hall. Allí estaba, además, la cordialidad de Lara. Nos contó algunos detalles biográficos de Loren. Este nació en Belchite pero vivió casi toda su vida en Zaragoza. Está en Calatayud desde hace poco. Es casado y tiene cuatro hijos.

Lara fue más amable todavía. Nos mostró los originales de las novelas que llegaron a las votaciones finales. Entre ellos, el de «Una casa con goteras»: 499 páginas, tamaño folio. Por lo que dicen los enterados, una gran novela de un gran novelista. Empieza así: «El honrado fontanero se llamaba Claudio... Y termina, como premonitoriamente: «No creo que fuera muy difícil. Ni mucho menos.»

Y lo consiguió.

ADVERTENCIA PARA JOVENES Y "MEMENTO" PARA VIEJOS

"ANTONIO MAURA"

EL LIBRO DE GARCIA VENERO ESTA ESCRITO CON PASION Y SIN SAÑA

"LO MISMO QUE JOVELLANOS, EL TRIBUNO MALLORQUIN MURIO a MANOS DE UN REY", DICE EL AUTOR

HAY intención profunda, y quizá por eso poco escandalosa, en el «Antonio Maura» que Maximiliano García Venero acaba de publicar. Aquella pasión que un día dividió a los españoles en torno a la antinomia «Maura, sí; Maura, no», es narrada por el escritor montañés con puntualidad y sin reservas. Nubes sonrosadas y negras cortinas de humo, eufemismos y cucas tapaderas han mal ocultado los hechos ocurridos hace cincuenta años. Ahora, a medio siglo de distancia, conviene mostrar las cosas como fueron. Porque cada superviviente, individual o colectivo, continúa arrimando el ascua a la sardina de su conveniencia. García Venero se ha enfrentado honradamente con el problema. En su libro se escriben los antecedentes y la consumación de la tragedia política que anuló a un hombre valioso. También se detallan costumbres, maneras y métodos que hacen pensar que cualquier tiempo pasado no fué mejor.

Es posible que don Maximiliano haya escogido adrede el escenario de la entrevista: la vieja cervecería Alvarez, en la plaza de Santa Ana, donde se reunieron intelectuales y políticos, escritores y charlatanes, correveidiles y marrulleros de otros tiempos. Allí se lanzaron rumores y se habló, bien y mal, de don Antonio Maura, del Rey, de la República... Porque la cervecería Alvarez forma parte de la vieja geografía, hoy en trance de extinción, que

englobaba las tertulias madrileñas de antes de la guerra. Una época tan lejana para nosotros como la muerte de Prim o las pintorescas caciquerías del conde de Romanones.

Es mediodía. Jalón inicia el diálogo.

MAURA, UN POLITICO FRUSTRADO

JALÓN.—¿Por qué ha escrito un libro sobre Maura?

GARCIA VENERO.—Por propia iniciativa, aprovechando la ocasión de su centenario.

C. DUBERT.—Usted ha publi-



«A través de mis libros intento enviar a las nuevas generaciones el mensaje de la verdad y autenticidad de aquella época»



«La juventud de hoy hubiera optado por soluciones drásticas. Pero cada período histórico hay que juzgarlo dentro de su tiempo»

cado muchos trabajos sobre la historia contemporánea de España, «La historia del ferrocarril», la «Vida de Cambó», ahora el libro sobre Maura. ¿Qué le atrae, o le interesa, de aquellos hombres y aquella época?

GARCIA VENERO.—Creo que conviene rehacer los textos dedicados a aquella etapa y a sus hombres representativos. Todos mis libros obedecen a un plan sistemático. Intento, en ellos, enviar a las nuevas generaciones el mensaje de la verdad, de la auténtica y estricta verdad, sobre muchos acontecimientos políticos, y muchas figuras, deformadas por historiadores parciales o miopes. A mí, por ejemplo, Cambó me resulta profundamente antipático. Pero creo que la visión que ofrezco de él en mi libro es justa.

COSTA TORRO.—¿Está usted seguro de que no se trasluce ese sentimiento de antipatía en el libro?

GARCIA VENERO.—De lo que estoy seguro es de su objetividad. Y de la honradez de los juicios en él expuestos.

JALON.—¿Cree que existió proporción entre el valor político personal de Maura y lo que consiguió realizar como gobernante?

GARCIA VENERO.—Hasta cierto punto, sí. Quizá desde el punto de mira de nuestro tiempo, no.

JALON.—En algún modo, entonces, ¿se podría hablar del fracaso de Maura?

GARCIA VENERO.—Mejor que de su fracaso, de su frustración. Existe un paralelismo, que señalo al principio del libro, entre Jovellanos y Maura. Ambos son grandes estadistas frustrados por su Rey. Este es uno de los aspectos adocrinadores de mi obra.

C. DUBERT.—Pero Maura tenía mayoría en las Cortes...

GARCIA VENERO.—Y el Rey podía retirarle su confianza y se la retiró. Ya años antes había proclamado don Antonio: «Me han dimitido». Ser «dimitido» entonces era fácil.

COSTA TORRO.—¿Podría considerarse este hecho y otros similares como violaciones de la Constitución entonces vigente?

GARCIA VENERO.—Aunque con más discreción que en épocas anteriores durante la Restauración siguieron influyendo las camarillas de Palacio. Maura, más de una vez se lo indicó claramente al Rey. En cuanto a la anticonstitucionalidad de muchas medidas no hay que olvidar que Cánovas creó una Constitución con muchos cabos sueltos. Dentro de su marco cabían muchas maniobras poco defendibles a los ojos de los hombres de hoy.

C. DUBERT.—Pero en aquella época había garantías jurídicas...

GARCIA VENERO.—Las garantías jurídicas no existían en la medida que ustedes creen. Sería muy interesante describir cómo vivía un socialista—o un liberal, en las etapas en que gobernaban los conservadores—hace sesenta años, en un pueblo cualquiera de España. Los que estaban en el Poder tenían en sus manos desde la justicia hasta la recaudación de impuestos. A los adversarios políticos les tocaba perder todos los pleitos.

COSTA TORRO.—¿No cree que la ignorancia de los problemas sociales fué uno de los más graves defectos de aquel régimen político?

GARCIA VENERO.—Así es. Se carecía de sensibilidad frente a esas cosas. El obrero tenía que defenderse por sí mismo. Los mauristas, cuando quisieron ser sociales, cayeron en la ridícula postura que José Antonio criticaba bastantes años después: creer que todo se reducía a regalar jerseys de punto. Si algún día escribo la historia del sindicalismo español quedarán bastante claras estas cosas.

LA MISION DE LA INFANTA ISABEL

C. DUBERT.—Pero la Infanta Isabel se acercaba al pueblo...

GARCIA VENERO.—La Infanta Isabel era muy inteligente. Tenía una misión asignada y la cumplió con fidelidad. A ella le molestaban los toreros y las modistillas. Sabía, sin embargo, que lo que hacía era necesario. Aun está por escribir la verdadera biografía de la Infanta.

JALON.—¿Es cierto que los propios conservadores se unieron en mayoría al «Maura, no»?

GARCIA VENERO.—Sí. Cometeron, en general, la más negra deslealtad. Se deshicieron de su cabeza. Y lo pagaron caro.

COSTA TORRO.—¿No pudo ser la exoneración de Maura una fuente de republicanismo?

GARCIA VENERO.—No sé, no sé... Lo que sí puedo decirle es que mi padre, de maurista se tornó antidinástico. Y bien conocida es la reacción de las juventudes del partido. Los bustos y los retratos del Rey pagaron su cólera.

C. DUBERT.—¿No le produce una sensación penosa aquella política condicionada a tanto episodio puramente personal y adjetivo?

GARCIA VENERO.—La juventud de hoy hubiera optado por soluciones drásticas. Pero cada período histórico hay que juzgarlo enmarcado en su tiempo y en su ambiente. Entonces las cosas eran así. Había que juzgar a la oposición, al parlamentarismo. De todas formas, el parlamentarismo mantuvo cierta paz política.

UNA VUELTA POR CATALUNA

C. DUBERT.—En su biografía predominan los temas catalanes. ¿Nació usted en el Principado?

GARCIA VENERO.—Yo soy montañés de estirpe antigua. Pero, sobre todo, soy español y me preocupan los grandes temas nacionales.

COSTA TORRO.—¿Cree usted en lo que se llamó «el hecho diferencial»?

GARCIA VENERO.—No existe. Lo único que pudiera justificar tal denominación, la lengua, no basta. El catalán es una hermosa habla ibérica, como el gallego o el vasco. Un motivo más de orgullo para todos los españoles.

JALON.—¿Benefició a los separatistas la división del Parlamento en tiempos de Maura?

GARCIA VENERO.—No creo que Maura hubiera descendido jamás a pactar con ellos por obtener una mayoría parlamentaria.

Sus palabras son bien concluyentes. Para él, ante todo estaba la unidad. La minoría citada, por otra parte, era exigua.

COSTA TORRO.—Volviendo sobre Cambó. ¿En qué situación se encuentra su legado?

GARCIA VENERO.—Ha ocurrido lo que yo profeticé. La esposa tiene derecho a sus ganancias, y los Tribunales argentinos retienen los cuadros con este pretexto. Si el Ayuntamiento de Barcelona abona la cantidad necesaria, podrá recuperarlos.

C. DUBERT.—¿Cree que el tratamiento de Cambó fué hábil?

GARCIA VENERO.—Se asesoró de numerosos abogados. El documento fué elaborado con calma y meditación. Lo paradójico es que de tanta consulta y tanta meditación salió un ciempiés.

YA VOY PARA VIEJO

C. DUBERT.—¿Desde cuándo es usted periodista?

GARCIA VENERO.—Ya voy para viejo. Mi primera entrevista la publiqué en 1924 en «La Atalaya», de Santander. Acababan de suprimir la Escuela de Náutica, y yo monté una campaña por todo lo alto contra tal medida. Movilicé las fuerzas vivas, conseguí promesas de auxilios económicos, redacté unas memorias y me fui a ver al Rey, que veraneaba en la Magdalena. Luego me autorizó a que publicara el texto de la entrevista. Así empecé.

COSTA TORRO.—¿Usted tuvo parte en la fundación de «Solidaridad Nacional»?

GARCIA VENERO.—La fundé y la refundé. En el treinta y seis salieron los primeros números. Cuando se liberó Barcelona tuve la alegría de sacar a la luz otra vez aquel diario.

JALON.—Sí, como dijo antes, va para viejo, ¿no tendrá una opinión muy brillante de la juventud actual?

GARCIA VENERO.—Pues se equivoca. La juventud de ahora estudia más y sabe más que la de antes. Quizá sea demasiado respetuosa. Para mí esto es su mayor defecto.

C. DUBERT.—¿Qué parte de su último libro le complace más?

GARCIA VENERO.—Quizá la dedicada a estudiar el «trust» de los periódicos. Vale la pena conocer aquello. Puede que allí estén las raíces del antimarxismo de muchos, entre ellos de Ortega y Gasset.

COSTA TORRO.—¿Cree usted que podrían volver los modos políticos de la época de Maura?

GARCIA VENERO.—Tendrían que morir todos ustedes, y sería preciso, además, resucitar a los hombres de entonces. Y ni aun así volvería a pasar lo mismo. Los tiempos cambian. La gente ahora sólo quiere unas mínimas normas de convivencia y un respeto profundo de las realidades sociales. Lo demás es literatura. O, simplemente, nostalgia de la juventud perdida.

Garcia Venero se despide. Hay una sonrisa socarrona en sus labios. Sonrisa iniciada cuando pronunció la palabra «nostalgia».

Lea usted
EL ESPAÑOL

RUMBO NORTE HACIA LOS BANCOS DEL GRAN SOL

A LA PESCA DEL
CHICHARRO COMO
APRENDIZ
DE BONITERO



FOZ ES UN PUEBLO DEL CANTABRICO CON TRADICION MARINERA

De nuestro enviado especial
IGNACIO RIVED

EL pueblo es uno de tantos en la costa gallega que mira al Cantábrico: una minúscula agrupación de casitas blancas en torno a una ría que, entre praderas verdes que avanzan hasta el borde mismo de las rocas, aboca al golfo del Masma o «la Masma», como vulgarmente llama la gente de mar a esta parte de Cantábrico comprendida entre las puntas de Burela y Tapia.

Viniendo por la carretera de Lugo se ve el caserío allá abajo, en lo hondo del valle, que súbitamente se ensancha en riberas arenosas y doradas, abiertas como una fauce sobre el azul. Fauce; de aquí, en latín, le viene su nombre, convertido luego en Foz por el uso y el desgaste, como si el mar que muere las rocas le hubiese ido limando también las letras, poco a poco.

Tuerce la carretera bruscamente un recodo y ya estamos entre las casitas blancas, con tejado de pizarra gris. La iglesia, de estilo románico, sobresale entre todas ellas con el dedo silencioso de su campanario. Más allá queda el Pósito de Pescadores, las fábricas de salazón de pescado y el barrio marineró con su gran explanada central, como una plaza mayor sin soportales ni estatua, donde se tienden a secar las redes sobre la hierba. Con sus tabernas también, que en muchos casos son, al mismo tiempo, droguería y tienda de comestibles.

Pasado el murallón de la farola—un pequeño faro intermitente que protege la entrada de la ría—está la playa, extensa y baja, salpicada con los acentos de color del traje de baño de los veraneantes. Siguiendo por las peñas que la bordean se llega hasta los acantilados abruptos, tajantes, llenos de grutas y recovecos, contra los que en días de temporal rompe el mar a zarpazos blancos, como un dios primitivo y furioso que quisiese tomar venganza de la tierra. Un dios al que los ártabros, primitivos pobladores de la región, rendían culto y sacrificios sobre esta piedra oscura y tenebrosa, situada en la boca misma de la ría, frente a los acantilados, y a la que, en re-



Arriba: una vista de la «ribera» de Foz, donde fondea la flota de pesca. Abajo: el capitán de la pareja cambia impresiones con el patrón para disponer las faenas en aguas del Gran Sol

cuerdo de los bárbaros usos druidicos, le ha quedado por nombre el de «Pena do Altar».

El modesto pueblecito de Foz, desapercibido actualmente dentro de su vida pescadora y marinera, es posiblemente uno de los más antiguos de la Península. Después de los ártabros tuvieron aquí sus factorías los romanos, y buena prueba de ello son las escorias de fundición que se encuentran hacinadas en las laderas del Marzán y los vestigios de antiguas fortalezas que aun es posible ver sobre la costa, y que fueron levantadas seguramente para protegerse contra las incursiones y los desembarcos de las gentes del Norte. Es decir, de los vikingos.

EL OBISPO Y LOS PIRATAS

A propósito de ellos corre por aquí una curiosa leyenda atribuida al obispo Santo Gonzalo, que allá por el siglo VI, según parece, los piratas normandos, que todo lo aniquilaban, presentáronse un día frente a la boca de Foz con una poderosa escuadra. La noticia cundió rápidamente, sembrando el terror entre los pacíficos habitantes, quie-

nes, sin fuerza material para oponerse a la invasión, acudieron al obispo Gonzalo en demanda de consejo y auxilio. El obispo, cuya fama de santidad era bien conocida, convocó inmediatamente al clero y a los habitantes de las parroquias inmediatas, y ya que por la fuerza era imposible resistir al enemigo, decidió hacer una rogativa invocando la ayuda divina. El mismo, con una gran cruz a cuestas y seguido de todos los vecinos, ascendió por la ladera del monte cantando la letanía. Un criado, a modo de lazarillo, tenía que conducirlo de la mano, pues el obispo, muy viejo ya, estaba ciego. Al llegar a un punto desde el que se divisaba el mar preguntó a los que le rodeaban si eran muchos los barcos enemigos. «Tantos que no pueden contarse», le respondieron. Entonces él cayó de rodillas y mientras rezaba comenzó a alzar una y otra vez el crucifijo; de cada vez que lo hacía, varios navíos enemigos quedaban sepultados bajo las aguas, con gran admiración de todos. Así, lentamente, continuó su vía crucis ladera arriba, repitiendo la ceremonia de trecho en trecho, hasta que le dijeron que ya sólo quedaban a flote dos o tres de los barcos normandos. «Que vayan entonces libres para que puedan regresar a su tierra y contar de este suceso...», dijo el obispo. Y después de hacer nuevamente oración inició, seguido del júbilo de todos, el regreso al pueblo.

En el lugar del milagro se alza hoy una ermita. Es un claro tranquilo y recoleto entre los pinos, por encima de cuyas copas se alcanza a ver el mar lejano que un día surcaron los piratas vikingos y que hoy surcan las barquillas pesqueras a la busca, menos bélica, pero no menos peligrosa, del chicharro y del bonito.

Sobre el azul plomo del Cantábrico, que en días grises como éste casi se funde con el cielo en el horizonte, aparecen como pequeños puntitos, apenas unas motas negras, oscilantes en medio de la inmensidad.

Sobre una de ellas estaré yo mañana.

SIMBAD CON ACENTO GALLEGO

Entretanto me voy a dar un baño en la playa. Mansa, tranquila al parecer. Con esa euforia que da el agua fresca a los músculos cansados voy nadando, feliz, sin más preocupación que cortar el agua, el pensamiento quién sabe dónde... cuando oigo un pitido y una voz a mis espaldas:

—¡Eh! ¿Y luego? ¿Es que quiere usted ahogarse?

Me pongo boca arriba y miro en la dirección de donde viene la voz. La playa, apenas si queda a doscientos metros detrás de mí. A la izquierda, la «Pena do Altar» alza su masa imponente. Como no sean los dioses celtas los que se diviertan en tirar a los nadadores de los pies, no veo el peligro por ninguna parte. Pero el hombre de la barquita, que viene remando a mi derecha, pita de nuevo y repite, con un acento lleno de cadencias de la tierra:

—¡Vuelva usted para «terra»! Este sitio no es para bromas...

Es un hombrecín de pelo blanco y barbilla puntiaguda, poblada también por el blancor de una barba rala que quizá conoce la navaja de afeitador cuando su dueño no tiene buenamente otra cosa que hacer. Membrudo y curtido, todo en él tiene un aire de «consistencia», a pesar de los años, que deben ser bastantes si se juzga por las arrugas que le surcan el rostro. La imagen perfecta del viejo marinero, tal y como solíamos representárnoslo de niño en las novelas de aventuras. A gritos desde su barquilla me dice que estoy casi encima de la barra y que es un lugar muy peligroso por la corriente. En efecto, voy notando que no puedo avanzar, que las olas comienzan a arrastrarme por donde ellas quieren... y acabo subiéndome a la barca, no tanto por el cansancio como por charlar un poco con este Simbad de playa.

Es así como entro en conocimiento del viejo Castiñeira, que, junto con la «Pena do Altar» y la ermita del Obispo Santo, constituye una de las instituciones más notables del pueblecito.

El viejo Castiñeira no sólo tiene aspecto de viejo lobo de mar, sino que lo es; ahora, jubilado ya por la edad, está de guarda de playa y de los bañistas, pero antes, en sus años mozos y maduros, ha surcado los siete mares y corrido tantas aventuras que casi no cabrían en los setenta y tantos años que confiesa:

—Entrábamnos una vez por el Bósforo... Aquélla sí que fué buena, puede creerme—y él solo se ríe



La embarcación, a toda máquina, ha cruzado la pequeña bahía, el faro del pueblo ha quedado atrás. ¡Hasta pronto!



Las dos embarcaciones gemelas navegan juntas. A babor aparece nuestro enviado especial con una hermosa barba que se «dejó» para el viaje

antes de contar la anécdota, mientras, soltando el remo de la derecha, me alarga su petaca negra para que haga un pitillo—. Debía ser por el año doce e iba yo de tripulante en un barco noruego... Si le digo cómo nos entendíamos no lo sé, porque yo nunca aprendí aquella lengua tan rara..., pero, en fin, el caso es que cada uno hacía su faena y a mí me querían todos mucho —los relatos del gran Castiñeira nunca siguen el hilo principal sin enredarse en mil divagaciones—. Bueno, pues es el caso que llegamos a Constantinopla y atracamos al muelle junto a otra embarcación. Esta gente son musulmanes y era la hora en que su cura, o lo que sea, se sube a la torre de su mezquita y empieza a hacer jaculatorias mirando hacia Oriente... Todos entonces dejan lo que están haciendo y empiezan a agacharse y a levantarse con las manos extendidas hasta casi dar con la frente en el suelo... El contramaestre y yo habíamos saltado a tierra, y el contramaestre, que era un italiano muy zumbón, se arrodilló también y se puso a imitarlos con grandes gestos, al tiempo que decía frases en camelo siguiendo el soniquete de ellos, que casi parece que cantan cuando rezan... Bueno, le digo que era partirse de risa. Pero a los musulmanes aquellos no parecía hacerles ninguna gracia la cosa, y comenzaron a mirarnos de soslayo con muy malos ojos. Vimos que uno de ellos venía hacia nosotros con un cuchillo... Le digo que si no corremos hacia el barco nos dejan allí despazzurados. Pero ¡qué risa ver al contramaestre haciendo garabatos en el aire con las manos extendidas! ¡Arriba!... ¡Abajo!... Y todos aquellos turcos amezándonos desde el muelle...

Le hace tanta gracia su propio recuerdo, que el buen Castiñeira se retuerce de risa sobre los remos, como si todavía estuviese en Constantinopla. Después de esta aventura vienen otras y otras... Su verborrea, una vez puesta en marcha, es inagotable.

«SALDREMOS CON LA MAREAD»

Pero ya estamos frente a la ribera de Pescadores, con las lanchas alineadas sobre la arena de

la marea baja, un poco de costado, como si ellas durmiesen también su siesta de la marea baja, en espera de que empiece a entrar el mar en la ría y con él los hombres a prepararse para salir a la pesca.

El gran Castiñeira, sin dejar de hablar, me acompaña hasta una de las tabernas donde se reúnen los patrones a «tomar un blanco» (que siempre acaba convirtiéndose en media docena, a ronda por barba). Enterados de mi propósito de embarcar con ellos, surge la pregunta clave:

—Non, venir ya puede venir si quiere. Pero... ¿no se mareará en la barca?

—Hombre, yo creo que no. Ya he navegado otras veces.

—Y luego la comida, que non es buena para quien non está acostumbrado.

Le convengo de que uno, a fuerza de frentes y cuarteles, se acostumbró ya hace tiempo a toda clase de comida. Tomamos otro blanco, porque el gallego, y más el pescador, es un hombre que decide siempre las cosas con muchos rodeos. Sigue una pausa y un blanco más. Al fin:

—De todas formas será mejor que vaya primero al chicharro. Una noche para probar. Se sale con la marea de la tarde y se vuelve a la mañana siguiente. Sólo para ver cómo le prueba...

—Bien, conforme. Haré mi aprendizaje con el chicharro.

Blanquecino de todo un invierno ciudadano, no es cuestión de jugar a lobo de mar con estas gentes, que al poner tantos reparos sólo tratan, en realidad, de facilitarme las cosas. Sellamos el acuerdo con un último blanco. No, perdón; el «penúltimo». Que, según la gente de mar, no debe decirse nunca que es el último. Y me voy hacia mi alojamiento para dormir una buena siesta y preparar las cosas.

—Bueno, ya sabe: a las siete, o cosa así, estése en la ribera. ¿Tiene alguna ropa de abrigo?... Pues tráigasela. Comodidades a bordo non las hay muchas, pero todo lo que se pueda está a su disposición.

SALEN LAS BARCAS

Las siete de la tarde en la ribera es la hora de máximo movimiento. La marea ha comenzado a subir a prima tarde y ya las barcas están a flote y a punto de hacerse a la mar.

Hombres, mujeres y chiquillos se apiñan junto a las estacas que retienen las amarras. Concluida la siesta, rematada en calma la cena (la gente de mar cena muy temprano), van llegando por grupos los pescadores.

—¿Listo, don Ignacio?

—Listo.

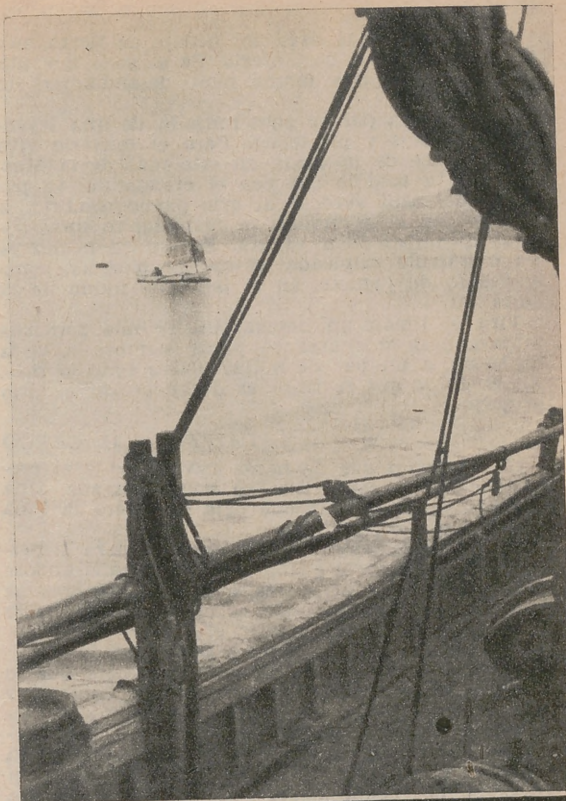
—Pues a bordo.

Un viejo marinero me ha prestado las botas de agua de su hijo, que está allá por Ferrol, haciendo el servicio en la Comandancia. Con ellas me meto por el agua baja y salto a la cubierta de mi barca. Ya estamos todos a bordo. Grita el patrón desde el puente:

—¡Desatraca! ¡Máquina!

Dos marineros recogen los cabos al tiempo que empieza a palpar el motor. Algunas lanchas han salido ya, antes que nosotros, y nos preceden canal adelante. Allá van la «Remigia», la «Santa María», el «Chamarro»... Es tan estrecho el paso que es necesario tener las manos ligeras sobre la rueda y conocer ya de una manera casi instintiva cuándo hay que «caer» a babor y cuándo a estribor para no varar en las márgenes. Pero estos hombres podrían salir de la ría con los ojos cerrados.

Allá van, una tras otra, las pequeñas embarcaciones, de apenas ocho o diez metros de eslora, equipadas con motores de aceite pesado. No obstante llevan también palos para las velas, en el caso de que una avería en las máquinas les obligue a navegar al trapo. Y es curioso cómo, a pesar de los avances de la técnica, que han acabado casi con la navegación a vela, ésta sigue siendo un símbolo sagrado, un totem para el pescador. La urbanidad—en el sentido que nosotros solemos entenderla—no es cosa que cuente mucho para la gente de mar; aparte de esto, las olas lo baldean todo; escupid donde queráis a bordo, pero guardáos mucho de hacerlo sobre una vela. Representa una ofensa tan grave como—por poner un ejemplo—si lo hicieseis sobre la enseña nacional. Os mirarán todos estos hombres rudos—cuos reniegos harían ruborizarse a los peor hablados—como si hubieseis cometido una profanación. Y, en el fondo, lo que a primera vista parecen



A lo largo de la costa la pareja se cruzó con infinidad de barcas a vela dedicadas a la pesca de palangre

fetichismos sin sentido, tienen su justificación, su explicación, al menos, profunda y cierta: cuando en medio de un temporal todo falla, cuando la invención de la máquina no responde, es en último término la vela la única que puede salvar al hombre de mar y conducirlo a puerto. De aquí su respeto y su devoción casi fanática por ella.

TODAVIA MAS PIRATAS

De esto y de otras muchas cosas desconocidas para el hombre de tierra adentro voy enterándome mientras embocamos la barra, que marca la salida al mar abierto. Atrás ha quedado ya el promontorio de la farola y la barca salta como un caballo encabritado al pasar sobre las rompientes. Es un balanceo de proa a popa y de babor a estribor que deja en mantillas a la más loca montaña rusa.

—¿No se marea?

—Hombre, no. Mientras no saltemos más que esto...

Quizá el estómago, recién cenado, se inquieta un poco durante unos instantes. Pero es una inquietud pasajera, sin consecuencias.

—Mire, don Ignacio, ¿ve usted aquella gruta que se abre en los acantilados, a la derecha de la «Pena do Alatar»?



He aquí el «Quintanero», pareja del «Reiriz», un barco muy marinero, con una tripulación curtida por todos los vientos del cuadrante

—Sí, la veo...

—Pues dicen que llega por debajo de tierra hasta salir cerca del cementerio. Es el paso que utilizaban los piratas moros para desembarcar sin ser vistos...

Cada piedra parece aquí rodeada de una leyenda de asaltos y piraterías. Pero el misterio vivo está delante de nosotros, en este mar de la Masma, que, a medida que cae el crepúsculo, va pasando del azul verdoso al gris plomo sombrío. A lo lejos, en el horizonte, se deshilachan unas vejigas de nubes color violeta. Foz se ha hecho ya un minúsculo salpicado de casitas blancas, como si fuesen de juguete, en el telón de fondo de la costa.

Vira el timón un descuartelar y nos ponemos al largo; el chicharro se pesca siempre a vista de tierra, a un par de millas o tres todo lo más. Ahora de lo que se trata es de encontrar el sitio propicio.

LA PESCA AL CERCO

Llevamos un par de horas navegando y el crepúsculo se ha convertido en noche cerrada. Una noche calma y serena que deja cabrillera la luna sobre la llanura líquida.

Comienzan a bordo los preparativos para la pesca. Para el motor y queda la barca balanceándose sobre las olas. Entre tres o cuatro hombres se arria el bote auxiliar, que es el que ha de hacer de explorador de la pesca.

—¡Arrea, arrea!... ¡Más!... Con cuidado.

Ya está el bote en el agua. El marinero que lo conduce enciende los dos «Petromax» de proa y con los ojos fijos en la superficie comienza su meticulosa faena, la más delicada de todas, remando en torno de la barca madre, aunque sin alejarse nunca demasiado. El pescado acude al cabrilleo del agua, atraído por el reflejo de las lámparas, y hay que estar atento para, tan pronto como se le divise, dar la voz.

Entretanto los hombres que quedan a bordo han sacado sus «poteras»—unos anzuelos múltiples engrapados a un pivote de madera, con un plomo dentro para que tome fondo—y se dedican a pescar el calamar. «Para el desayuno», me dicen. En realidad es un modo como otro cualquiera de matar el tiempo de la espera. A mí también me ponen una «potera» en la mano y, reclinado junto a la amura, comienzo a largar brazas de hilo.

—Seis, siete..., ocho. ¡Ya está bien! ¡Sujételo ahí!

El calamar se pesca sin cebo, pero hay que darle a la potera un suave movimiento intermitente de tirón, arriba y abajo, para saber cuándo ha enganchado alguno. Es un buen ejercicio de muñeca. Así van pasando los minutos y los cuartos de hora. A algunos centenares de metros se divisan también, a contraluz de la luna, las sombras opacas de otras embarcaciones. Los «Petromax» de los botes parecen grandes luciérnagas marinas danzando sobre las olas; no es que haya «mucha mar», como dicen ellos, pero aun así la oscilación de babor a estribor es bastante fuerte;

tan pronto está la borda a ras de agua como casi dos metros por encima de ella. Un balanceo mucho más difícil de resistir, para el que tenga el estómago flojo, que el vaivén del barco en marcha. Este es acompañado y regular. En cambio, con la barca parada está uno como dentro de una cuna que a grandes manotazos balancease un gigante.

De pronto se oye—ahuecada por el silencio de la noche y los golpes de mar contra la amura—la voz de aviso del marinero que va en el bote:

—¡«Peixe» a estribor!...

La calma anterior de la cubierta se transforma instantáneamente en un verdadero zafaranchito de voces y carreras. Está todo tan oscuro a bordo—solamente el farol-vigía extiende un poco de claridad difusa desde lo alto de la garita del timón—, que hay que tener ojos de gato para moverse por la cubierta resbaladiza. Pero los marineros aun tienen, yo creo, mejor vista y más agilidad que los propios gatos.

Va cayendo la red en el agua y, siempre con ayuda del bote auxiliar, que remolca uno de sus cabos, comienza la maniobra de ir cerrando «el cerco». Luego, cuando las mallas están ya repletas de pescado, se iza a bordo. Pero esta operación, que aquí sólo son tres palabras, requiere de mucha habilidad y de muchos callos en las manos, porque a veces son más de dos mil kilos los que vienen en ella.

La cubierta entera cabrillea y palpita bajo el latir de tantos coletazos menudos. La maniobra se repite una, dos, tres veces durante la noche... Según como «pinte» la pesca. Luego, con las primeras luces del alba, se recogen las «arte»—así es como llama la gente de mar al aparejo—y se pone proa a «casa».

—Echese un rato a descansar en el rancho, don Ignacio, que ahora ya no hay nada que hacer...

Acepto con mucho gusto y pronto me quedo dormido como un tronco sobre el catre del motorista. Ha debido transcurrir poco más de una hora cuando me despierta una voz desde la boca del tambucho:

—¡Que estamos llegando!

Brinco a cubierta con los ojos todavía medio cerrados a tiempo de ver quedarse atrás la punta de la farola. La mañana está fresca y el cielo no ha perdido aún ese tinte lechoso que le da la neblina del amanecer.

Todas las mujeres están ya en la Ribera para recoger la «chona» de sus hombres—«chona» es la porción de pescado—, mayor o menor según la suerte del día, que, independientemente del «quifión», o sea su parte proporcional de beneficios en la pesca, recibe el tripulante para su comida en tierra. Si él quiere también puede «rularlo» por su cuenta y cobrar en dinero, pero a él le es entregado en fresco.

Atracamos rápidamente para descargar el pescado y llevarlo a «la rula», es decir, a la subasta, donde, una vez pesado en gran báscula, será vendido al mejor postor para su distribución en el mercado.

—¿Qué? ¿Buena pesca?—le grita al mío el patrón de la barca que está atracando a nuestro lado.

—No ha sido mala—al gallego, y más al pescador, le cuesta siempre mucho trabajo usar de la afirmación rotunda.

—Y don Ignacio, ¿qué tal?

—¡Uy, marinero viejo!

—¿Non se mareó?

—¿Marearse? Fumaba como una chimenea y hasta durmió como si tal cosa junto al tanque del gasoil.

Rien los dos hombres. Por lo visto la invitación de que «bajase a descansar al rancho de popa» fué la última prueba antes de darme la alternativa a bordo.

—Pues el que non se marea ahí, non se marea ya en parte alguna...

—Marino viejo, como yo le digo. Ahora sí que puede ir bien tranquilo al bonito, que non le pasa nada.

Y así queda acordado. Saldré en una de las boniteras que se hacen a la mar mañana por la noche.



Nuestro enviado Rived pasó primero la difícil prueba a motor parado en la pesca del chicharro; luego, sin devolver nada absolutamente, se embarcaba en una pareja, cuarteando la Rosa, rumbo al Norte, con un ojo en la vara del aparejo y el otro en el rancho.

Hace tres días que salimos de tierra. Rumbo: N. cuarta al N. E. Hacia fuera, hacia el mar abierto, porque el bonito se pesca a muchas horas de tierra. Catorce hombres sobre una barca de apenas doce metros de eslora y un motor de ciento veinticinco caballos. Pero con ella se va hasta donde haya que ir.

—Hasta Terranova iríamos si llegase el consumo—me dice el patron. (Consumo se llama a la provisión de petróleo.)

Y allá vamos, Cantábrico arriba, las dos barquitas, como dos puntos diminutos en medio de la inmensidad azul. Las dos barquitas, porque las boniteras de altura, aunque pesquen independientemente, acostumbra a ir por parejas. Es muy grande la mar para aventurarse solo por ella. Compartidos, todos los riesgos parecen menores... «Quintanero» es el nombre, que resalta ostentosamente sobre la cabina de nuestra pareja; un nombre bien conocido en todo el golfo de Vizcaya. Y sobre la gorra—jacarandosamente ladeada de nuestro patrón—se lee el nombre del nuestro: el «Reiriz».

Las dos tripulaciones son amigas, con esa amistad noble, ruda y sin cumplidos de la gente de mar. Los dos patrones también, a fuerza de capear juntos los buenos y los malos tragos; en la mar comparten las dificultades y la muerte, y en tierra, la cerveza, que es la bebida de lujo del pescador.

Son las once de la mañana y un sol limpio y dorado comienza a calentar la cubierta a pesar del viento nordeste que riza la superficie líquida a nuestro alrededor. La mayoría de los hombres dormitan sobre la cubierta, aprovechando el primer calor del día, con los extremos de las «liñas» —de los cordeles—entre las manos en espera del tirón que indique que ha mordido un pez. El bonito se pesca, al arrastre, con el barco siempre marchando, por medio de largos cordeles que penden de las varas sujetas a los costados del barco y que vistas de lejos dan a la embarcación la apariencia de un extraño insecto danzando sobre las olas con las antenas desplegadas. De cada vara penden varios cordeles, pasando por unas anillas que permiten largar o recoger cuerda desde cubierta, según las necesidades de la maniobra. Por la popa cuelgan otros cordeles o «liñas» que juegan por el mismo procedimiento. Nuestra barca lleva, además de las varas principales, otras dos varas pequeñas a proa, a las que llaman, y no sé por qué extraña razón, «chivos». Dieciséis liñas en total. Más largas las laterales y más cortas las de la popa, de modo que los anzuelos, de doble gancho, corren entre las aguas formando una especie de semicírculo. Como carnada—en esta clase de pesca y en esta época del año—se utiliza la hoja del maíz, seca y decolorada en lejía hasta dejarla casi blanca. Dicha hoja, deshecha en fibras muy finas—«peinada», como dicen los marineros, con una rasquilla—y adornada con unos cintajos de colores, semeja un pececillo brillante y llamativo al deslizarse entre las aguas. A su señuelo acude el bonito, que es capaz de desarrollar tanta velocidad como la barca, muerde si la suerte es propicia... y entonces comienza la verdadera lucha por subirlo a bordo.

Pero éste es un rato tranquilo, ya que desde las primeras horas de la mañana no hemos encontrado pesca. Por eso la gente se ha ido quedando adormilada sobre las tablas de cubierta. Solamente dos o tres de ellos, sentados contra el tambucho de popa, se entretienen en preparar las carnadas de repuesto, para sustituir aquellas que se estropeen o se pierdan.

Allí está Rilo, con su cara de hombre prehistórico y sus manos de una habilidad extraordinaria, a pesar de su apariencia de zarpas encallecidas, forciendo alrededor del cuello del anzuelo el hilo con que se sujeta la «folia» (la hoja de maíz). Ni una sola vuelta se le escapa, ni una sola rugosidad apunta sobre la perfección del trenzado.



El pescador vigila junto a las varas esperando el tirón indicador de que el bonito ha picado



Sentados sobre la cubierta estos tripulantes preparan los aparejos que han de engañar al bonito

El pescador, no obstante su aparente torpeza de movimientos, es, por lo general, un hombre de prodigiosa habilidad manual; un hombre que lo mismo cose un botón que prepara una carnada perfecta..., que corta de un solo golpe de hacha los dos centímetros exactos que sobran a una tabla para ajustar en su cajonera. Pero esta de preparar el cebo es, sin duda alguna, entre las múltiples operaciones de a bordo, una de las más delicadas. A mí mismo, con mis «manos tan finas», como ellos dicen, me resulta un problema casi insoluble esto de sujetar el alambre por un lado sin que se oville, y al mismo tiempo cortar la hoja e ir sujetando cada una de sus tiras con vuelta precisa y firme al cuello estrecho y resbaladizo del anzuelo. Una vuelta de hilo, dos... y un nudo; otra vuelta, dos y un nudo.

Desde que le observo, Rilo ha concluido ya varias carnadas, que va colocando luego cuidadosamente en el borde del tambucho.

A proa, otros dos hombres de pie van observando la superficie líquida, que casi hace daño en los ojos bajo la reverberación del sol. Sin embargo, a ellos no parece molestarles demasiado. Viendo sus expresiones se da uno cuenta de un hecho curioso: la gente de la ciudad mira generalmente muy cerca, como si sus pupilas no pudiesen alcanzar más lejos de la punta de su cigarrillo... o de «la paja en el ojo del vecino». La gente de mar parece, en cambio, que tuviese siempre los ojos enfocados al infinito.

Por eso su mirada es más abierta y más noble. Como ellos.

(Continuará.)

LOS CAZADORES DE ASTROS

EL OJO TRAS EL COMETA

UN PUÑADO DE JOVENES BACHILLERES FUNDA UN OBSERVATORIO EN EL PASEO DE GRACIA DE BARCELONA

ENTRE las órbitas de Marte y Júpiter existen millares de pequeños planetas que son conocidos con el nombre de «asteroides», la mayoría de los cuales son astros tan pequeños como una ciudad.

Por su tamaño sólo pueden ser observados a simple vista en muy contadas ocasiones, sin embargo, su huella luminosa es identificada fácilmente en los clisés del cielo.

El astrónomo español José Comas Solá descubrió 13 nuevos asteroides, a uno de los cuales bautizó con el nombre de Barcelona. Su volumen, aproximadamente de unos diez kilómetros de diámetro, es muy parecido al que ocuparía en el cielo la Ciudad Condal, y está inscrito con el número 945 en el catálogo general de Cincinnati. Su importancia astronómica es escasa, ya que según los astrónomos pueden existir

de 30 a 100.000 asteroides, de los más diversos tamaños. Barcelona, cuna de astrónomos, tiene ya su «sucursal planetaria».

ASTER: UN PUÑADO DE JOVENES ASTRONOMOS

La Agrupación Astronómica Aster, de Barcelona, es una entidad fundada por un grupo de estudiantes de Bachillerato. La corta edad de la casi totalidad de los componentes de esta Agrupación sorprende vivamente al visitante. Es difícil, inicialmente, tomarlos en serio. Sin embargo, cuando se observan los resultados obtenidos por esta Agrupación, uno piensa si el secreto de sus éxitos no radicarán en su juventud. A los cinco años de su fundación, Aster es la entidad amateur más importante de España, tanto por su censo numérico —ochocientos socios— como

por la intensa labor que han desarrollado.

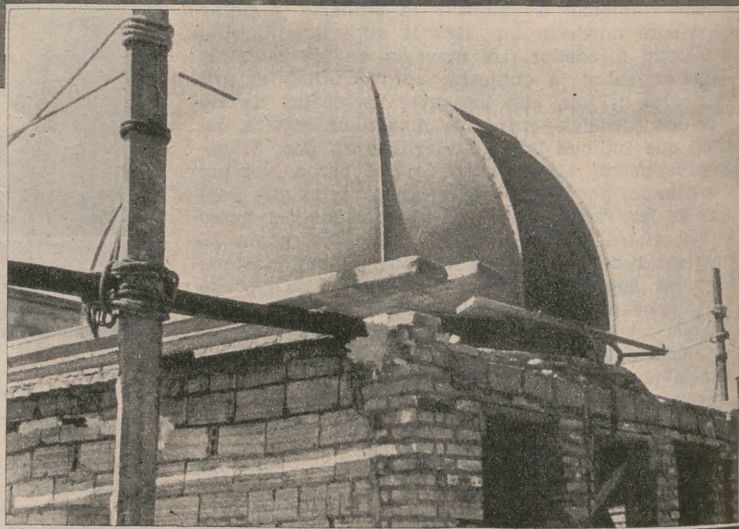
Al hablar de Aster es preciso hablar también de Ernesto Guille, su presidente. Muchacho rubio, optimista, que habla con desbordante entusiasmo de cuanto se relaciona con la astronomía. Le encuentro trabajando en lo alto de la cúpula del nuevo observatorio que se construye en la Ciudad Condal. Cúpula que, recién instalada, brilla intensamente bajo los rayos de un sol canicular. Materialmente colgado del exterior de la obra, Ernesto Guille presenta un aspecto extraño. Tengo la sensación de que estoy hablando con un marciano.

—¿Cuándo nació Aster?

—En marzo de 1948.

—¿Qué idea os impulsó a crear la entidad?

—En principio, la divulgación astronómica. El objetivo se ha conseguido. Entre observaciones,



Estado actual de las obras del nuevo observatorio ciudadano Aster

conferencias, Exposiciones, películas y visitas colectivas, han desfilado por este observatorio más de 15.000 personas.

—¿Qué aspectos ofrecéis a vuestros visitantes?

—Generalmente paisajes de la luna y la visión de los anillos de Saturno.

—¿Qué le gusta más al ciudadano medio?

—Verás. Por su proximidad a la luna le causa gran impresión, aunque tal vez los anillos de Saturno sean más espectaculares.

—¿Qué otras actividades habéis desarrollado?

—Hemos organizado dos Exposiciones de astronomía que, en su modalidad, son las primeras que se han celebrado en España.

—¿Qué observatorios participaron?

—Los mejores de España y del extranjero, incluido Monte Palomar. Estas Exposiciones tienen gran importancia. Aparte ser excelente medio de difusión siempre «despiertan» alguna que otra vocación astronómica. Tanto es así que en la última el reverendo padre Puig se ofreció para, en su inauguración, dar una conferencia para ensalzar la labor de los aficionados en la astronomía.

—¿Habéis obtenido resultados positivos?

—Todas las Comisiones de la Sociedad Aster trabajan con verdadera interés y gran espíritu de emulación. Los resultados obtenidos no son malos y son estudiados con mucho interés por la Central Internacional de Zurich.

UN OBSERVATORIO EN PLENO PASEO DE GRACIA

La afición de los barceloneses por la astronomía alcanza proporciones insospechadas. Esta afición ha llevado a los barceloneses a construir en pleno paseo de Gracia un observatorio, que será la sede de la Sociedad Astronómica Aster. De este modo cuantos lo deseen, sin desplazarse del centro de la ciudad, podrán satisfacer la curiosidad de contemplar el universo.

La situación de este Observatorio no puede ser más estratégica y acertada. A sus pies, el señorial paseo de Gracia, con todas sus comodidades, centro de la vida barcelonesa. Sobre sus cabezas, siempre inéditos horizontes.

La cúpula del Observatorio se alza seis metros sobre el resto de la obra, el piso de la cual es de planchas de madera. El telescopio se hallará emplazado sobre un macizo soporte de piedra, a fin de evitar en lo posible el temblor originado por la circulación callejera. Desde el nivel del suelo de madera, la cúpula mide cuatro metros de altura y tiene un ancho de tres veinticinco, con una abertura suficiente para permitir una gran libertad de acción al nuevo telescopio, dotado de un moderno acoplamiento fotográfico.

El citado telescopio tiene una abertura de 110 milímetros y puede ampliar las imágenes hasta 300 diámetros. Con este aparato será posible ver y fotografiar desde los círculos lunares hasta los canales marcianos, pasando por las nebulosas, estrellas,



Visita del doctor D'Azambuja y señora a la Agrupación Astronómica Aster

etcétera. Esta nueva instalación puede tener en la astronomía española una importancia excepcional.

LA VIDA EN MARTE

Le preguntamos a Guille sobre la vida en Marte. Sobre la posibilidad de que allá existan seres vivos.

—Si exceptuamos la imaginación de Wells—nos contesta—, nos quedamos con unos cuantos líquenes y musgos. Nada vivo procede de Marte ni de ningún astro vecino.

—¿Bastará para vuestros experimentos la nueva instalación?

—De momento, sí. Tenemos, sin embargo, en cartera la adquisición de un magnífico «Secretan» de 16 centímetros, que más adelante ocupará su lugar. Su potencia igualará a la del Observatorio del Ebro.

—¿Qué veríamos con él?

—Su aumento teórico es de 500 diámetros. Con él veríamos en la luna detalles de 25 metros.

—¿Se podrá salvar algún día la distancia que nos separa de la misma?

—La Comisión Astronómica podrá informarte largamente sobre el particular. Por cierto que próximamente se presentará en Barcelona la película «Con destino a la luna», ya estrenada en Madrid, documentación perfecta en la que verás las posibilidades de que el viaje se lleve a cabo. En la Exposición que celebraremos en breve en el Observatorio, cuya inauguración está prevista para este mes de octubre, podrás ver algún diseño de astronave que te impresionará.

LA ASTRONOMIA. OBRA DE AFICIONADOS

Fernando Casado, presidente de la Comisión estelar Aster, contesta a una pregunta importante:

—¿En qué consiste la labor del astrónomo aficionado?

—El astrónomo *amateur* tiene más posibilidades de las que en principio se le conceden. La astronomía española, de hecho, es

obra de ilustres aficionados. Lo mismo podríamos decir de la extranjera. Lord Rosse, Herschel, Lassell, todos ellos fueron y son simples aficionados.

—¿Qué hicieron estos señores?

—Lord Rosse, Herschel y Lassell construyeron los mejores telescopios del siglo XIX. Lowell y Tombaugh, que no te cité antes, efectuaron apasionantes observaciones de Marte.

—¿Quedan aún cosas por descubrir?

—Con un poco de suerte, te lo demostraremos. Mejor dicho, lo demostraré de momento prefiero hablarte de estrellas variables.

—¿Estrellas variables! ¿Y eso qué es?...

—Son soles cuya luz sube y baja con intermitencias periódicas. Esa intensidad luminosa variable ayuda para comprender la evolución estelar. Después de eso vienen los descubrimientos. Schwabe, de Dachau, en el siglo pasado, descubrió la periodicidad del sol después de observar sistemáticamente durante años su superficie manchada. Gracias a ese *amateur* hoy sabemos que, una vez pasados siete años de máxima actividad, nuestro sol atraviesa por un mínimo de cuatro años. Ya ves, en este sentido el sol es una estrella periódica. ¡Ni el propio Schwabe se hubiera atrevido a asegurarlo!

Realmente el esfuerzo de estos muchachos es admirable. Consagran su juventud al estudio. Hablando con muchachos como Guille y Casado se tiene fe en el futuro de nuestra ciencia. Ellos, por el momento, han dado a Barcelona un Observatorio y un planeta. Además nos dan a todos una lección de voluntad.

Mario LLEGET COLOMER

Aspecto del cometa «1948-L» según dibujo de Ernesto Guille



CARTA DE WASHINGTON SOBRE LAS ESCUELAS PARROQUIALES

PROFUNDA RELIGIOSIDAD DEL PUEBLO NORTEAMERICANO

Manuel CASARES

3513 Northampton St. N. W.
Washington D. C.

Religiosa María de la Concepción de
San Juan de la Cruz Navarro.
Residencia de la Sagrada Familia de
Urgel.
Benito Gutiérrez, 4, primero.
Madrid.

QUERIDISIMA Conchita: No puedes imaginarte la alegría y la emoción que tanto a Hortensia como a mí nos ha producido recibir una carta tuya. Sabíamos de forma indirecta que estás bien y que eres muy feliz; pero desde que tomaste los hábitos, y ya va para años, ésta es la primera vez que nos escribes y, créeme, pido a Dios que tu superiora se cure por completo con la medicina especial que me pides; pero al mismo tiempo, que le toque un médico que siga recetándosela intermitentemente, para que a nosotros nos toque el placer de recibir más cartas tuyas pidiéndonos que la enviemos.

No hace falta que te diga que, con mil amores, la medicina, al nombre y dirección que me indicas, sale por avión con este mismo correo.

Por las referencias indirectas que tienes de mis crónicas te llena de gozo deducir que esta familia mantiene íntegro el alto espíritu de rectitud cristiana que a todos nos legó nuestro padre, «a pesar—dices—de los peligros de esas grandes capitales».

Porque es de justicia y porque para ti y para tu comunidad será un placer saberlo, quiero decirte que ha sido precisamente en este país, sin tantos peligros como los que tú puedas suponer, donde nuestro catolicismo, si en algún momento necesitó vitaminas reconstituyentes, las recibió y las asimiló sin límites.

A mi juicio hay un error muy extendido acerca de Norteamérica. Los norteamericanos son el genio número uno de la humanidad en publicidad y propaganda. La hacen maravillosamente. Con ella venden automóviles, tubos de labios y rosetas de maíz en los cines. Pero lo que no han hecho nunca, y hasta es posible que no sepan hacer, es la propaganda de ellos mismos proyectada al exterior.

El villano de la comedia es Hollywood. El mundo entero conoce a Norteamérica a través del cine y a pie juntillas cree que lo que ve en la pantalla es la vida normal y diaria de un pueblo, sin pararse a pensar que lo que el cine presenta, salvo raras excepciones, es lo anormal y estrambótico, ya que lo diario o corriente, por su propia naturalidad, carece de interés.

Un concepto en el que nunca se insistirá bastante es el de la profunda religiosidad del pueblo norteamericano.

Este sentido religioso de la vida se debe a la misma formación étnica del país. Norteamérica es una mezcla de pueblos y de razas con predominio de las europeas. Han formado ya una raza genuinamente norteamericana y el cruce no ha podido ser más feliz. Pero en sus orígenes tuvo mucho de huida de las persecuciones religiosas europeas. Los primeros asentados en el Estado de Maryland eran católicos ingleses que huían de la intolerancia religiosa protestante y que vinieron aquí más que en espíritu de aventura material en un ansia incontenible de libertad religiosa. Las instituciones católicas que crearon son hoy monumentos sólo comparables a los que dejaron los españoles

Para templar la fe
no hay mejor
prueba que la
persecución

LA ENSEÑANZA
CATOLICA



Más de quince mil niños de Chicago disfrutaron vacaciones de verano en campamentos organizados por la Asociación Católica que dirige el obispo monseñor Bernard J. Sheil

en Florida y California. Lo mismo podría decirse de los católicos alemanes, cuyos descendientes pueblan hoy el Estado de Wisconsin.

Para templar la fe no hay mejor prueba que la persecución. Nosotros, por un privilegio de Dios, nacemos católicos. Nuestros padres nos bautizan y luego nos confirman. Nuestro catolicismo lo damos por descontado, y por ello, en muchos casos, desgraciadamente, algunos sólo lo conservan como un mueble viejo heredado, sin saber apreciar su gran valor al contraste o al ataque de asechanzas exteriores. Si por nuestra actividad o profesión o medio o ambiente nos desenganchamos, como muy a menudo ocurre, de instituciones o actividades religiosas, solemos quedar reducidos a meros católicos de nombre, más bien menos que más practicantes. Aquí hay que serlo cien por cien y con



Las alumnas de la Universidad Católica femenina de Stephens, en el Estado norteamericano de Missouri, dedican los domingos a la enseñanza de los niños que acuden a la catequesis

una participación activa en la vida religiosa del país.

Yo me he tenido siempre por un católico practicante. Pero debo confesarte que durante muchos años en España mi actividad religiosa externa quedó limitada a oír una misa los domingos y días de fiesta y a hacer cada año el cumplimiento pasual. Con unas monedas en el cestillo o el cepillo quedaba cumplida mi obligación de diezmos y primicias. A esto ahora lo llamo el catolicismo del mínimo esfuerzo o catolicismo de la comodidad. Porque en realidad con ello yo no era más que un mero espectador y no un actuante en la actividad religiosa del país.

Mis relaciones personales con la parroquia no pasaban de las accidentales y burocráticas de acordar la hora del bautizo de un hijo o gestionar un certificado de casamiento. Aquí, sin voluntad deliberada de hacerlo, me he tenido que convertir en un miembro activo de la parroquia a que pertenezco. No hay forma de evadir la actividad de comunidad parroquial. Se es católico o no se es nada. Y si se es católico, se ha de ser con actuación plena.

La razón, para comenzar, es que la parroquia embarga todos los intereses espirituales e incluso materiales de la familia. Comencemos, por ejemplo, con las escuelas de enseñanza primaria. El Estado, aparentemente, es laico, aunque su de-

seo en realidad es no serlo. Siendo el catolicismo una minoría, aunque muy considerable, las escuelas públicas no pueden tener matiz religioso. Y si alguno, por ese deseo norteamericano de no prescindir de Dios en sus actos, no precisamente el católico. Esto llevó de la mano a la creación de las escuelas parroquiales, donde los hijos de los católicos pudieran recibir enseñanza religiosa. En un Estado laico la escuela confesional es una necesidad.

El Estado establece una escuela primaria por cada porcentaje determinado de población escolar. La jerarquía eclesiástica, por su parte, establece una parroquia donde hay un núcleo de católicos que la precisa, y una dependencia de la parroquia es la escuela.

Las escuelas públicas, sobre todo en los Estados o ciudades bien administrados, son espléndidamente ricas. Las escuelas públicas de Washington, por ejemplo, son, en cuanto a instalación y material de verdadero lujo. Las escuelas parroquiales, en cambio, siempre un poco más modestas, tienen una riqueza con la que no pueden competir las públicas. Es el profesorado. En las públicas el profesorado está reclutado entre graduados de Universidad y son pocos los que se avienen, con una carrera universitaria, al puesto humilde de maestro de escuela en un país donde su carrera les abre fácilmente paso a posiciones más destacadas. En las parroquiales el profesorado está compuesto exclusivamente por monjas, también graduadas de Universidad, pero con un espíritu de resignación y pobreza cristianas a que no puede llegar un padre de familia convertido en maestro. Las monjas de una escuela parroquial viven en comunidad y tú bien sabes lo que esto significa en cuanto a economía, virtud, sacrificio, entusiasmo, desvelo, etc. Su convento lo tienen anejo a la escuela, lo cual quiere decir que viven con, de, en, por, sin sobre, tras la escuela, con una dedicación que sería imposible encontrar en el grupo más virtuoso de profesores de escuela, dedicados cuanto quieras a la enseñanza, pero siempre humanos y siempre pendientes de escalafón, sueldo, ascenso, traslado y los mil y un problemas de la vida familiar.

Una catequista en un centro católico de Washington explica pasajes bíblicos a los niños utilizando estampas y fotografías





Un comedor parroquial de caridad atendido por las muchachas de la Universidad de Stephens



Las muchachas de Stephens durante una de las meditaciones colectivas que realizan periódicamente

Aun a riesgo de hacer muy larga esta carta te voy a contar en síntesis la historia de nuestra parroquia, Basílica del Sagrado Sacramento, en Chevy Chase, Washington. Hace unos treinta años, el que era entonces arzobispo de Baltimore, archidiócesis que incluía a Washington, entendió que en la barriada de Chevy Chase, una sección residencial montada a caballo en la divisoria de Washington y Maryland, se había ido formando un grupo de católicos que requería atención. Por ello llamó a un párroco, entonces joven, de una parroquia que distaba más de tres kilómetros de la barriada, para que, sin dejar sus obligaciones de párroco, fuera a atender a ese nuevo núcleo de población católica.

Monseñor William Smyth—así se llamaba el párroco—actuó con toda diligencia, y puesto de acuerdo con los católicos del barrio, construyó una pequeña capillita, en la cual les prometió decir misa todos los domingos y asistirles una hora

por las tardes. Como podrás suponer fueron las familias católicas las que aportaron con sus colectas el dinero necesario para comprar el terreno y levantar el templo. También le proporcionaron una tartana con un caballo para que pudiera trasladarse rápidamente de la parroquia a la capilla.

Su visión desde un principio fué tan completa como exacta. Se trasladó a Baltimore para informar al arzobispo que la pequeña basílica de Chevy Chase estaba llamada a convertirse en una de las parroquias más importantes de Washington y le rogaba que le desligara de sus obligaciones parroquiales para entregarse por entero a lo que con el tiempo habría de ser parroquia del Sagrado Sacramento. El arzobispo se mostró reacio. Norteamérica tiene escasez de sacerdotes y tenía temor de dejar acéfala una parroquia que en manos de monseñor Smyth había logrado un gran desarrollo. No obstante, accedió, al fin, ante sus ruegos y así monseñor Smyth se entregó por completo a la obra de su vida.

Con una audacia que sólo es posible en la audaz Norteamérica el joven párroco compró a crédito los terrenos y las casas que circundaban la capilla. «Sólo Dios sabe—dijo entonces—cómo se podrá pagar, pero estoy seguro de que nunca me regateará su ayuda.» La ayuda de Dios, a través de los miembros de su parroquia, no pudo ser más generosa. Y monseñor Smyth, a los setenta y un años de edad, entregó su alma a Dios con el placer de ver hace dos años su obra totalmente terminada.

A su obra la podríamos llamar, no una parroquia, sino una ciudad parroquial. La componen cuatro grandes edificios de piedra. El del centro es la Basílica, una obra bellísima de arquitectura rodeada de jardines. A la izquierda está la casa rectoral, donde vive el párroco y los tres sacerdotes que le ayudan. A la derecha, un campo de recreo. Y a continuación, el convento donde viven en comunidad 50 hermanas del Sagrado Corazón encargadas de la escuela. La escuela es otro gran edificio de piedra, donde ya difícilmente tienen cabida los 1.000 niños y niñas que son hoy la población escolar de la parroquia.

No creas que sólo la parroquia se sintió de luto cuando monseñor Smyth falleció ahora hace dos años. Washington sintió la pérdida al extremo, de publicar editoriales de elogio y condolencia todos los periódicos, y entre ellos, de forma destacada, uno tan ajeno a nuestra religión católica como «The Washington Post», que aquí sería, para que tengas punto de referencia, el periódico de Portela Va:adares o de Casares Quiroga.

Hoy la parroquia del Sagrado Sacramento está integrada por unas 5.000 familias y es tal su interés por los asuntos parroquiales, que a estas fechas las hipotecas que pesaban sobre terrenos, edificios y obras están casi por completo rescatadas. De administración es una de las más ricas, como lo prueba el hecho de que en el Día de las Misiones la recaudación en la colecta alcanzó a 11.000 dólares, cerca de 2.000 más de lo recaudado en la gran catedral de San Mateo, enclavada en el centro de la ciudad.

Si no fuera porque existe un contacto constante entre la parroquia y los feligreses, contacto que toma mil formas, incluyendo cartas, periódicos, circulares y visitas, la escuela sería un enlace forzoso entre la parroquia y la familia. En esto no hay discusión. Todas las familias católicas envían sus hijos a la escuela parroquial, porque es la mejor de todas. Tienen la garantía de que se educan en la religión católica. Y tienen la garantía de que se educan. La prueba de ello es que muchas familias no católicas también envían sus hijos a la escuela parroquial y no lo hacen más que por un problema ya agudo de capacidad. Este problema de capacidad es tal, que cuando nos mudamos de un barrio a otro de Washington en 1947, no pudimos trasladar a María Teresa y a Paquito de la escuela de San Martín a la del Sagrado Sacramento hasta dos años después. Por favor especial conservaron su plaza en San Martín, pero tuvimos que esperar dos años para que tuvieran plaza en la nueva parroquia. Esto supuso para mí llevarlos cada mañana a la escuela



Este matrimonio que aparece sentado en la fotografía ha dado cinco hijos a la Iglesia. Son los Hoffer, de Kentucky. Todos muestran en sus rostros la satisfacción de su vida

en el coche y recogerlos por la tarde. Y la distancia entre uno y otro barrios son ocho millas.

Las monjas establecen contacto con los padres de cada uno de sus alumnos. Como mínimo, en cada curso la monja profesora celebra cuatro conferencias con ellos para indicarlos su progreso, sus virtudes o sus deficiencias. Los padres están invitados a todos los actos de algún relieve en la escuela. Todo esto es una convivencia casi diaria con la parroquia. El párroco y los tres coadjutores conocen por su nombre a casi todos los feligreses y conocen sus problemas y preocupaciones. Así la parroquia es un punto de consuelo espiritual y no pocas veces, material. Esta relación no la pierde el niño al hacerse hombre. La escuela primaria es un poco más de lo que nosotros llamamos primera enseñanza. Comienza a los seis años de edad y está dividida en ocho cursos. Los tres o cuatro últimos corresponden a la primera mitad de nuestra enseñanza secundaria. El niño sale a los catorce de la escuela primaria para ingresar en la escuela superior, que es el equivalente a nuestro bachillerato. En la escuela superior está sólo cuatro años. A los dieciocho de edad puede ingresar en la Universidad.

El Estado hace la enseñanza primaria obligatoria. Los padres que no se preocupan de dar enseñanza primaria a sus hijos pueden ser perseguidos. Pero la enseñanza secundaria y la superior son electivas. El Estado se preocupa de proveer también escuelas para la enseñanza secundaria, pero la enseñanza superior es privada. De esta forma los católicos tienen sus propias escuelas en los tres grados; la parroquial, para la primaria; la militarizada, en muchas ocasiones, para la secundaria, y la Universidad Católica. Así desde sus primeras letras hasta el título de doctor el niño norteamericano puede hacer su carrera sin dejar de estar un solo momento en una institución católica.

Lo mismo que en la enseñanza primaria el problema agudísimo en los momentos actuales es el de la capacidad. Desde hace muchos años la enseñanza confesional está desbordándose por las costuras. Cada día se construyen más escuelas y más Universidades católicas. Todavía no bastan, porque además de los católicos, acude a ellas una población que no es católica.

El por qué de esto puede ser precisamente una reacción popular a lo que tú supones erróneamente «los peligros de estas grandes capitales». Aunque el Estado es laico en su forma, como te decía al principio, el sentido religioso de la vida es grande en este pueblo. De ahí por qué sin que la escuela pública reconozca ninguna religión particular, desde tiempos tradicionales se instituyó el principio de que todas las clases comenzarían con un Padrenuestro, como tributo a Dios.



El reverendo Peter Garf, rector de la iglesia rural de San Donato, enseñando el manejo de una sierra mecánica a un pequeño feligrés

Por su parte, los maestros se preocupaban de la educación religiosa de los niños sin hincaplé en ninguna religión específica.

Esto dió lugar a un proceso célebre promovido por una librepensadora. El proceso llegó hasta el Tribunal Supremo. En él esa pobre mujer reclamaba el derecho de que a sus hijos no se les hablara para nada de religión en la escuela. El Tribunal Supremo, con la Constitución en la mano, hubo de darle la razón a la demandante. Pero con ello el golpe dado a la escuela pública ha sido considerable. Muchos padres no católicos se apresuraron a llevar a sus hijos a las escuelas católicas, en las que encontraron respeto y tolerancia para su propia religión; pero además, y muy importante, la verdadera garantía de que su formación educativa la presidiría Dios como única fuente y sostén de moral.

Perdóname que haya sido tan extenso, pero este es un tema que me toca directamente al corazón ahora que nuestros hijos se van haciendo mayores, y, como es natural, con gran facilidad se me va la máquina.

Paquito va ahora al Colegio de Saint John, una escuela militar que dirigen los Hermanos de las Escuelas Cristianas, y Luisito está en el segundo grado de la escuela parroquial del Sagrado Sacramento. Manolo, que ya es un hombre, dejó los estudios al terminar el bachillerato en la escuela superior Gonzaga, de los jesuitas, y María Teresa vino de la Universidad católica de Kentucky para ayudar a su madre cuando nació María Eugenia.

Presenta a tu superiora los respetos de esta familia española en Washington con nuestro deseo vehemente de que la medicina sea eficaz. No tutees en pedirme más si la necesitas. Y no hago votos por tu felicidad, porque te spongo la criatura más feliz de la tierra en tu vida de abnegación religiosa.

Manuel CASARES

Pág. 29.—EL ESPAÑOL



La oración antes de la comida ha sido sorprendida en esta simpática fotografía tomada en un orfanato

UNA INSTITUCION EJEMPLAR EN LINEA DE COMBATE

"HASTA LLEGAR A LA REFORMA DE LA EMPRESA PODEMOS TARDAR UN SIGLO"

Entrevista con el presidente de Asociación Católica Nacional de Propagandistas

PARECE que una consigna de juventud ha sido dada en la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, esa entidad creada por el padre Ayala para formar minorías selectas, y que el público no conoce con demasiada claridad. Buena parte de sus atractivos actuales tienen menos de cuarenta años. El presidente, don Francisco Guijarro Arrizabalaga, nada más que treinta y cinco. Conversar con él, tratar de descubrir su personalidad, resulta difícil. Y no por falta de hospitalidad, sino porque está entregado de lleno a su misión. Hacerle recorrer el pequeño trecho que va de su tarea pública a su intimidad es meterse en una lucha casi sin esperanza. Hombre de estatura mediana, pelo ligeramente entrecano y corto, nariz afilada y abundante en sonrisas, está bien adiestrado en la dialéctica. Nada más se le de sus labios aquello que quiere decir. El, en persona nos recibe. Ufanamente y sin antesala. Una estancia oficinesca, con aire de archivo, sirve de escenario a la entrevista. La única ventana da a un patio acolmenado. Estamos en el gran edificio de la calle de Alfonso XI, donde han instalado su cuartel general las más activas asociaciones católicas españolas.

SALCEDO.—¿Podría usted, señor Guijarro, hablarnos de sus proyectos para el futuro como presidente de la A. C. N. de P.?

Sr. GUIJARRO.—Todavía es pronto. Acabo de tomar posesión del cargo. Hasta ahora me he limitado a ordenar ideas.

CERCADILLO.—¿Cree usted posible inicialmente una discontinuidad en la marcha de la Asociación?

Sr. GUIJARRO.—No hay peligro. La permanencia en nuestras directrices está asegurada. Llevo cuatro años en esta misma casa como secretario general, e impáñdome de su pasado y su presente. Lo único que ahora ha ocurrido es que he cambiado de mesa... y de responsabilidad. Pero el fundador, padre Ayala, vive; el primer presidente, actual obispo de Málaga, es nuestro consiliario nacional, y Fernando Martín-Sánchez continúa como consejero, al lado de otras «so-leras» de la Asociación.

CARANTOÑA.—¿Le ha causado algún perjuicio o, al menos, alguna renuncia, su nuevo puesto?

Sr. GUIJARRO.—No demasiados. El presidente de la Asociación sólo hace promesa de no posponer la Asociación, en su actividad, a ningún otro quehacer, ni afiliarse a ninguna organización política durante su manda-



«Ahora estamos en tiempos de paz social»

to. Es una garantía de independencia y dedicación a la Obra. A su conciencia queda el desprenderse de cuanto pueda impedirle cumplir estos deberes.

SALCEDO.—¿Cuál es su profesión?

Sr. GUIJARRO.—Inspector del Timbre. Entré como funcionario en el Ministerio de Hacienda a los quince años. Luego, hice la carrera de abogado. Ahora tengo mi destino en la Dirección General del Timbre.

CERCADILLO.—¿Ha sufrido muchas variaciones la A. C. N. de P. desde su fundación?

Sr. GUIJARRO.—Desde los tiempos en que la fundó el padre Ayala—1909—sigue fiel a sus constantes. Pero ha variado mucho el panorama histórico de España. ¡Ah! También ha aparecido una circunstancia nueva. Ahora conviven en la Asociación tres generaciones. Por eso, aunque mis antecesores tenían mi misma edad cuando los nombraron, mi problema es distinto. Enlazarlas, salvar las diferencias naturales que tienen que existir entre quienes han vivido, desde distintos ángulos, tantos sucesos apasionantes de la historia española, es una de mis preocupaciones.

CARANTOÑA.—¿Qué medios utilizará con ese fin?

Sr. GUIJARRO.—Uno sobre todos. Reforzar el vínculo sobrenatural entre los propagandistas. Ahora queremos reformar nuestros Estatutos introduciendo como obligatorias la comunión diaria y la meditación cotidiana. Si no asimilamos íntimamente los criterios evangélicos y pontificios, mal podremos llevarlos, unidos en caridad, a la vida pública. Y esa asimilación no es tan fácil. So-

mos habitualmente unas calamidades.

NADA PARECIDO EN EL EXTRANJERO

CERCADILLO.—¿Qué característica de la A. C. N. de P. le parece a usted más singular?

Sr. GUIJARRO.—(Medita un momento.) Quizá su originalidad. Nada hay parecido a ella en el extranjero. La unidad de dirigentes es, a veces, buscada, pero no precisamente a través del vínculo sobrenatural o de la íntima compenetración del pensamiento pontificio como la buscamos nosotros. Muchos visitantes de otras naciones toman nota sorprendidos al ver la eficaz labor realizada sobre la sociedad española durante poco más de cuarenta años. Únicamente en Italia podría señalarse alguna entidad algo parecida.

CARANTOÑA.—¿Cuántos miembros tiene la Asociación?

Sr. GUIJARRO.—Pocos. No pasan de 700 en toda España. De ellos, unos 100 pueden llamarse jóvenes. Algo sorprendente: apenas se producen bajas, salvo por fallecimiento. El cariño a la Asociación predomina sobre todo.

SALCEDO.—¿Y en qué diócesis son más abundantes?

Sr. GUIJARRO.—En Madrid, sin duda. Aquí vienen procedentes de toda España.

CERCADILLO.—¿Qué tareas atraen más su atención actualmente?

Sr. GUIJARRO.—Ahora estamos en tiempos de paz social. Y nuestras obras tienden a crear instituciones que establezcan la sociedad en sus bases. Atendemos a la orientación católica doctrinal, sobre todo a través de la Prensa, centros culturales, lecturas, etc.; creamos constructoras benéficas para que el catolicismo esté presente en uno de los más graves problemas populares de la actualidad: el de la vivienda; también centros de estudios universitarios en las capitales que carecen de Facultades; nos preocupa la restauración moral de la vida profesional... Todo dentro de una gran unidad. Los casi 40 centros existentes llevan una vida muy parecida. La obra de más envergadura es el Colegio Mayor de San Pablo.

CARANTOÑA.—¿Y en el aspecto social?

Sr. GUIJARRO.—Nuestros Círculos de Estudios buscan constantemente soluciones a numerosos problemas. Hace tiempo que, por ejemplo, estamos trabajando alrededor de la reforma de la Empresa.

SALCEDO.—¿Desde qué punto de vista?

CONTRA EL COMUNISMO NUESTRO "SLOGAN":

**"OBREROS, TECNICOS
Y PATRONOS DE LA
MISMA EMPRESA,
ASOCIAOS"**

Declara don Francisco Guijarro, Presidente de A. C. N. de Propagandistas

Sr. GUIJARRO. — Fernando Martín-Sánchez ha opuesto más de una vez al «Proletarios del mundo, uníos» otro "slogan" que define nuestra manera de ver: «Obreros, técnicos y patronos de la misma Empresa, asociaos».

CERCADILLO. — ¿Han adelantado mucho en su labor?

Sr. GUIJARRO. — Estas cosas son lentas. Antes de lograr fórmulas concretas de aplicación práctica y, sobre todo, su efectiva realización, bien puede pasar un siglo. La Asociación tiene una norma: apresurarse despacio. A veces los acontecimientos van más de prisa. Es inevitable. Pero el fruto siempre existe.

CARANTONA. — ¿Cómo se ingresa en la Asociación?

Sr. GUIJARRO. — No hace falta más que querer. Las obligaciones que se adquieren son puramente espirituales: recibir la comunión los primeros viernes de mes, realizar ejercicios espirituales una vez al año, acudir a los retiros y vigiliatrimestrales...

SALCEDO. — ¿No hay obligaciones de otra clase?

Sr. GUIJARRO. — En general, no. Ni siquiera es obligatoria la asistencia a los Círculos de Estudios. Aunque examinando su historia, muchos quedarían sorprendidos viendo cuánto les debe España.

POCOS OBREROS Y MAS INTELECTUALES

CERCADILLO. — ¿Podría usted indicarnos, aunque fuera someramente, la distribución de los propagandistas según las clases sociales?

Sr. GUIJARRO. — Predominan los universitarios y personas que ejercen profesiones liberales.

CARANTONA. — ¿Y obreros, abundan en la Asociación?

Sr. GUIJARRO. — Los hubo y tendrán que volver. Estalló la guerra cuando se estaba organizando su participación. En principio, se consideró más urgente la labor de los intelectuales. Eran épocas de polémica y lucha doctrinal.

SALCEDO. — ¿Qué motivos pueden entorpecer la aproximación de los obreros a la Asociación?

Sr. GUIJARRO. — Uno, fundamentalmente. Que al obrero sólo se le puede formar por medio del propio obrero. Por eso se fundó hace años el Instituto Social

Obrero. Se fueron seleccionando en cursillos provinciales obreros destacados y luego, en Madrid, se completó su formación. Todo esto antes de la guerra, claro. Varios fueron dirigentes de Sindicatos que agruparon más de 200.000 asociados.

CARANTONA. — ¿Y después de la guerra?

Sr. GUIJARRO. — No se ha visto con tanta urgencia el problema. En frase de Martín-Sánchez, todo el mundo ha oído hablar ahora bien de Dios. Pero no podemos perder de vista la aspiración de que haya obreros entre los propagandistas. Ya estamos ensayando Círculos Mixtos de obreros y jóvenes universitarios.

CERCADILLO. — ¿Tiene la Asociación carácter político?

Sr. GUIJARRO. — En absoluto. Nuestra actividad colectiva se desarrolla totalmente al margen y por encima de la política. Institucionalmente queremos contribuir al bien común siempre, llevando los criterios del Derecho Público católico. Esto es lo fundamental. Lo que implica, por principio, un acatamiento al Poder constituido. Los propagandistas, individualmente, son libres de adoptar las posturas políticas que en conciencia crean adecuadas.

CARANTONA. — ¿Hay alguna relación entre la Asociación y la Acción Católica?

Sr. GUIJARRO. — Nosotros estamos adheridos a la Acción Católica. Pero al mismo tiempo constituimos una entidad netamente diferenciada. La Asociación contribuyó de modo decisivo a la fundación y desarrollo de la Acción Católica española. Ella, a cambio, nos robó la jota.

CERCADILLO. — (Rápido y grave.) Aclare el jeroglífico, por favor.

Sr. GUIJARRO. — (Riendo.) Inicialmente nuestra Asociación se llamaba A. C. N. de J. P. La «J» significaba de Jóvenes. Cuando se fundó la Juventud de Acción Católica perdimos nosotros esa le-



tra. Pero aún los de aquella época siguen siendo jóvenes de espíritu, en gran cantidad.

EN MADRID TAMBIEN SE TRABAJA

SALCEDO. — ¿Cuántas horas trabaja usted al día?

Sr. GUIJARRO. — Muchas. Cuando llegué a Madrid traía el concepto provincial de que aquí se «vivía del cuento». Pronto experimenté lo equivocado que estaba.

CARANTONA. — ¿A que dedica sus horas libres?

Sr. GUIJARRO. — Esas no son demasiadas y llenan principalmente los domingos. Entonces hago vida de familia. Los demás días es terrible tener casi que meter en la agenda a Dios y a la mujer y a los hijos para defenderlos de quehaceres y reuniones. Falta mucha vida familiar.

SALCEDO. — ¿Es usted de San Sebastián?

Sr. GUIJARRO. — He vivido allí muchos años. Mi segundo apellido procede de Azpeitia. Pero yo nací en Valladolid y pasé mi juventud en Zaragoza y Pamplona.

CERCADILLO. — ¿Y en la A. C. N. de P. cuando ingresó?

Sr. GUIJARRO. — Aquí soy reciente. Ingresé hacia 1944, en el Centro de San Sebastián.

CARANTONA. — A pesar de su juventud en la A. C. N. de P., el señor Martín-Sánchez Juliá ha hecho de usted extraordinarios elogios.

Sr. GUIJARRO. — (Algo turbado.) Quizá quiera hacerme publicidad...

Al final de estas palabras el señor Guijarro ríe francamente. La entrevista ha terminado. El mismo nos acompaña hasta la puerta. El piso está vacío. Allí no se trabaja por las mañanas.

LA PRIVILEGIADA MUJER



Una modelo inglesa, entre diez elegidas para presentar la moda inglesa en Estocolmo, fotografiada al tomar el avión en Londres

LOS POLITICOS ANULAN AL AMA DE CASA

La vida de postguerra está creando en Londres un nuevo tipo de chica: la conocida por "business girls"

DECADENCIA DE LAS ACTRICES Y AUGE DE LAS MODELOS

LONDRES. (De Jesús Pardo, especial para EL ESPAÑOL.)—De cincuenta años a esta parte se han operado en Inglaterra cambios tremendos; no es que yo los haya visto, pero recuerdo que mi tío Marcelino pasó mucho tiempo en la isla de Su Majestad, y, a juzgar por lo que me decía, las cosas transcurrían entonces por caminos muy diversos a los de ahora.

Mi tío Marcelino, por ejemplo, tenía que ir a casas particulares cuando quería esparcir su ánimo conversando con chicas guapas, porque en la calle o en las tabernas y cafés no había manera de dar con ellas; ahora mi tío Marcelino hubiera podido trabar conversación con una docena de chicas, todas diferentes, en cada esquina de cada calle londinense, que parece que las crían de lo que abundan.

INTENSA ACTIVIDAD DE LAS MUJERES

Legalmente la mujer inglesa sigue atada al marido, pero no es más que legalmente. Las asociaciones feministas que querían suprimir incluso los residuos legales de la antigua esclavitud hacen mucha propaganda en este sentido, pero con poco éxito: por ejemplo, me contaron una vez que la presidenta de estas asociaciones telefoneó a una actriz célebre para pedirla que firmara no sé qué manifiesto protestando contra la fórmula legal que dice que la mujer es posesión del marido, poniéndola al mismo nivel que sus muebles y su gato. La actriz, desde el teléfono le gritó al marido: «Oye, ¿soy yo posesión tuya?» «No, querida»—contestó el marido desde la cocina, donde estaba lavando los platos. «Lo siento—dijo entonces la actriz a la que aguardaba al teléfono—no puedo firmar el manifiesto ese porque mi marido dice que no soy posesión suya.»

LAS VACAS FLACAS Y LAS VACAS GORDAS

La política inglesa contemporánea es de lo más variado. Tenemos, por ejemplo, a la doctora Edith Summerskill, que es miembro del Parlamento y se pasa la vida tratando de liberar a las mujeres, probable-



Un pequeño grupo de escoceses interpretando bailes típicos en las calles para anunciar su actuación en el Albert Hall

INGLESA

AN
do
ica

CES

DE ASOCIACIONES FEMINISTAS

mente porque nadie le ha dicho aun que las mujeres inglesas están liberadas desde hace veinte años largos.

Edith Summerskill es una señora ya mayor, flacucha y huesuda, que usa sombreros indescriptibles. Todos los años propone en el Parlamento una ley que ella llama «The Women Disabilities Bill» y que el Parlamento, invariablemente, rechaza. Esta ley consiste en que en casos de divorcio la mujer reciba la mitad de los muebles de la casa, la mitad de la renta del marido y además se quede con la casa matrimonial; ahora comprenderán ustedes la razón por qué el Parlamento, compuesto casi todo de claros varones casados o casaderos, rechaza esta ley una vez al año, cuando la doctora Edith se levanta a proponerla.

Otra «rara avis» del Parlamento británico es la señora Braddock, también diputada laborista; ésta, más modesta en sus ambiciones de emancipación, se pasa la vida luchando por emancipar a las mujeres gordas de la tiranía de las mujeres flacas; ella misma es tan gorda y carnosa como la Summerskill flaca y huesuda, y suele levantarse en el Parlamento para proponer leyes que fuercen a los modistos a crear modelos de amplias proporciones y medias de mayor diámetro, para que las señoras gordas puedan también ir elegantes por la calle.

Hace pocos meses se produjo un curioso incidente en el mundo femenino del Parlamento. Una nueva diputada irlandesa, recién llegada a Westminster, entró por descuido en cierta es-

tancia del piso alto y encontró a la señora Braddock y a la doctora Edith roncando en una gran cama, probablemente descansando entre dos debates. La nueva diputada, muy divertida lo contó en un artículo que, publicado en uno de los periódicos más importantes de Inglaterra, promovió un gran revuelo. La pobre señora Braddock dijo que ella jamás había roncado en la misma cama que la doctora Edith porque no la puede ver ni en pintura, y la doctora Edith protestó que ella no suele roncar en el Parlamento porque tiene cosas más importantes en que pensar.

LOS PANTALONES DE «LITTLE MO»

Hace dos años «La Pequeña Mo», como la llama cariñosamente todo el mundo, irrumpió en la escena deportiva británica llevándose no recuerdo qué campeonato de tenis. La pobre chica salió a la palestra con unos pantaloncitos de esos de jugar al tenis que eran una monada, llenos de encajes y flequillos y qué sé yo qué. Los puritanos protestaron entonces que los pantalones de tenis con encajes son inmorales; la Prensa y el público discutieron la cosa largamente y, al fin, las autoridades deportivas decidieron que si la «Pequeña Mo» quería jugar al tenis en Inglaterra tenía que ponerse pantalones sin encajes. «Esto, concluyó cierto filósofo británico—es una prueba más de que las mujeres gozan de igualdad de derechos con los hombres porque a los hombres también les está prohibido salir a jugar al tenis con pantaloncitos de encaje.»

REIVINDICACIONES NOMINALES

En Inglaterra cuando una mujer se casa cambia su nombre

Desde hace quinientos años se celebra en el pequeño pueblo de Olney (Bickingham), la prueba de las amas de casa, consistente en una carrera en la que sólo pueden participar las casadas del pueblo, llevando en la mano una sartén con la torta que acababan de cocinar

de señorita X por el de señora Z, como se llame su marido. Este es uno de los últimos baluartes de la superioridad masculina y las feministas lo quieren suprimir; así luchan por conseguir que las mujeres casadas sigan llamándose por sus nombres de solteras. La mujer de Bevan, por ejemplo, en lugar de llamarse señora de Bevan se sigue llamando señorita Jennie Lee, que es su nombre de soltera, y la doctora Edith Summerskill, más avanzada en sus ideas, no solamente conserva su apellido, sino que se lo ha impuesto a los hijos y creo que hasta al marido.

Se trata de una costumbre más que nada, porque ninguna mujer inglesa está legalmente obligada a tomar el nombre del marido al casarse, y nadie la impide conservar su apellido de soltera; al tomar el nombre del marido se limita a seguir una tradición que, entre otras, tiene la virtud de simplificar muchos trámites.

Durante el censo pasado, por ejemplo, cierto matrimonio moderno en que cada uno de los cónyuges llevaba una pernera de los pantalones por eso de la igualdad de los sexos, se vió acusado de concubinato porque la mujer firmó «Señorita X», como si aún estuviera soltera, a pesar de que estaba santamente casada con su marido.

En esto de los nombres, sin embargo, hay cosas en que las



Una bella modelo exhibe este vestido de ceremonia creado por el modisto real, Norman Hartnell

mujeres juegan con ventaja. La hija de un marqués o de un duque, recibe el título de «lady», y lo conserva incluso cuando se casa, autepuesto al apellido del marido, que, sin embargo, no recibe el título de «lord». Al revés, cuando una mujer se casa con un lord, recibe el título de lady por obra y gracia de su marido.

«PABELLONES DE RE- POSO»

Recuerdo que, no hace mucho, conversando con un amigo mío, le pregunté por qué es que los ingleses son tan aficionados a clubs cuando la mayoría de ellos tienen casas cómodas en que vivir.

—Es para descansar de las mujeres—me contesto mi amigo.

Un poco por espíritu de imitación y otro poco para descansar de los hombres, que, a veces se ponen un poco pesados con las pobres mujeres, las inglesas comenzaron a fundar clubs en que a los hombres les estaba, y les sigue estando, prohibida la entrada. Estos clubs son de todo tipo: de mujeres de negocios, clubs políticos, etc. Incluso hay un club en el barrio de Chelsea todos cuyos miembros son lesbianas; me lo contó una amiga mía la cual fué un día allí y por poco la hacen un despropósito.

Pero en esto de los clubs «sólo para hombres», las mujeres como en muchas otras cosas, salieron ganando, porque los clubs femeninos siguen cerrados a los hombres, y los masculinos, en cambio, han tenido que abrir anexos con bar y restorán en los que pueden entrar mujeres, acompañadas por miembros del club, de esta forma ganan un poco de dinero.

Hay pocos espectáculos más graciosos que asistir a la salida de una concentración de mujeres en el Albert Hall. El enorme edificio vomita cientos de señoras de todos tipos y edades, feas y guapas, gordas y flacas, bigotudas y barbilampiñas, que han estado celebrando mítines de todo tipo. Casi siempre suelen ser organizaciones religiosas, políticas, o protectoras de animales.

OXFORD FEMENINO

Recuerdo que hace varios meses estuve en Oxford invitado por un amigo, y conocí a varias chicas que estudian allí. Una de ellas me la presentaron como un fenómeno, porque leía el griego clásico sin diccionario, pero con gafas.

Estas chicas estudian en colegios especiales, en los que no hay hombres. Las clases son aparte, pero algunas conferencias de tipo general son comunes a chicos y chicas.

Los chicos de Oxford pueden ir a visitar a las chicas en sus habitaciones, pero sólo a ciertas horas del día.

Allí en Oxford conocí a una hija de lord Pakenham, que es uno de los políticos más polifacéticos de Inglaterra, porque es católico, tiene un título, y es laborista.

LOS LABORISTAS Y EL SUFRAGIO UNIVERSAL

Recuerdo que cierto político laborista dijo una vez «que los conservadores están en el Poder por culpa de las mujeres». Es curioso, sin embargo, que los laboristas no subieron al Poder hasta después de haber sido concedido a las mujeres el derecho de voto.

Ellos argumentan que la masa obrera vota en su favor y sólo una minoría de los hombres es conservadora, pero que son las mujeres e hijas de los conservadores quienes deciden la balanza del lado «tory». Esta idea a mí me parece difícil de aceptar, sobre todo si tenemos en cuenta que la masa obrera tiene también mujeres e hijas que, probablemente, votan laborista, como sus padres.

Los laboristas son incansables en esto de la igualdad de derechos entre hombres y mujeres; ellos querrian uniformizar ambos sexos. Pero se encuentran con el obstáculo de que las mujeres recibieron estos privilegios de pronto, sin que antes les hubiesen enseñado a utilizarlos, y así resulta que, políticamente al menos, son los maridos ingleses quienes utilizan los privilegios de sus esposas, y la mayoría de las inglesas votan como su marido o sus padres se lo ordenan.

La Prensa laborista lleva años luchando por independizar la mente femenina; últimamente, por ejemplo, el «Daily Herald» encargó a un articulista famoso que comenzase una campaña pidiendo que los maridos aprendan a cocinar porque no hay derecho que sea la mujer quien haga todas las comidas del día. El plan consiste en que las mujeres, viendo a sus maridos hacer la compra, coser los calcetines y hacer la

comida acaben por perderles el respeto y votar con los laboristas.

EL AMA DE CASA, GRAN PODER POLITICO

Así resulta que son los laboristas quienes han creado el mito del ama de casa como poder político número uno en Inglaterra. En el Gobierno o desde la oposición, los periódicos y los diputados laboristas lo examinan todo desde el punto de vista del ama de casa; operaciones internacionales y movimientos políticos de envergadura son cuidadosamente reducidos a la cuestión siguiente: «¿Qué dirán las amas de casa?», y todo ello con el solo fin de ganarse sus votos. Porque dondequiera que uno abra la Prensa laborista, se ven frases como ésta: «El ama de casa no aprueba la política conservadora en torno al canal de Suez porque su consecuencia será el encarecimiento de los huevos de gallina». Y por el estilo «ad infinitum».

Hasta hace poco eran las damas de Mayfair quienes tenían importancia, porque eran el poder oculto detrás de los terratenientes titulados, pero ahora es la mecanógrafa, la obrera y el ama de casa quienes reciben continuas y crecientes adulaciones de todos los partidos políticos, el que más mecanógrafas y amas de casa conveza es el que tiene más probabilidades de ganar las próximas elecciones.

Para sus fotografías de primera página los diarios londinenses dan la preferencia a las mujeres, luego a los animales, luego a los niños, y luego, si queda aun espacio, ponen la del hombre del día.

«BUSINESS GIRLS»

La vida de la postguerra está creando en Londres un tipo nuevo de chica: la «business girl», o chica que trabaja en la capital y cuyos padres viven en el campo. Estas chicas provienen de todas las clases sociales y no pasará mucho tiempo sin que acaben por convertirse en una clase social diferente de todas las demás.

Ya en el siglo XVIII Vittorio Alfieri cuenta que, en sus viajes por Inglaterra, se asombraba de ver que la aristocracia británica no desdenase el ganar dinero, y que los duques y condes escribían artículos y libros y los cobraban. El prejuicio ese de que trabajar deshonra, o al menor desdice, jamás existió en Inglaterra, y hoy en día apenas hay chica de título, por muy ricas que sean sus padres, que no trabaje. La misma princesa Alexandra de Kent dicen que va a comenzar a trabajar este invierno, y aun no tiene veinte años.

Yo conozco a la hermana del conde Kinnoul, que está muy bien de dinero, y, sin embargo, trabaja en el Foreign Office; lady Marye Rous, que viene también de familia noble y rica sería trabajar por cuenta de la casa Pond's de productos de belleza y luego se fué a Australia, así por las buenas, trabajando de cocinera en un trasatlántico. Se me dirá que por qué lo ha-

cen si no necesitan sus sueldos para vivir, pero lo cierto es que el haber trabajado de solteras les prepara mejor para ser buenas amas de casa y madres.

Más normal es el tipo de la chica cuyos padres no pueden mantenerla en Londres, y ella entonces, aburrída de vivir en el campo, se va a la ciudad por su cuenta, encuentra trabajo (aquí es facilísimo encontrar trabajo) y toma un piso a medias con otra amiga suya. Estas chicas acaban por endurecerse y su sentido de lo práctico se agudiza hasta el colmo, la mayoría pierde sus principios religiosos y se vuelven paganas; sin embargo, la moral social, que pudiéramos decir, de las chicas inglesas es única en el mundo, y la agudeza con que discuten sobre política, literatura y arte deja en mantillas a las muchachas del Continente. No se me oculta que estas afirmaciones me van a poner en la lista negra de mis lectoras, pero son la pura verdad.

A diferencia de los demás países europeos, las chicas inglesas, incluso las de familias muy respetables, salen con uno por la noche y se las puede sacar a cenar a bailar sin necesidad de organizar una pandilla.

AL PAN VINO Y AL VINO PAN

La revolución social por que ha pasado Inglaterra desde el fin de la guerra pasada ha sido causa de que hoy, en la práctica, ya no existan clases sociales, al menos en el sentido en que nosotros las concebimos. Las mujeres han invadido todo lo invadible; los autobuses tienen cobradoras (cosa inconcebible antes de la guerra) y los restaurantes populares camareras; incluso las tabernas tienen chicas que sirven detrás del mostrador.

Cuando se nivela una sociedad comenzando por abajo suele producirse una epidemia de snobismo barato que es como el sarampión, que cuanto primero se pase, mejor. Este snobismo en Inglaterra tomó la forma de llamar al pan vino y al vino pan. Así, por ejemplo, en lugar de «mecanógrafa» se dice «secretaria», o «chica de negocios», en lugar de «interina» se dice «ayudante diaria», en lugar de «criada», se dice «doméstica», en lugar de «trapería» se dice «señora recogetrapos». La palabra «mujer» sobre todo, tiende a ser suprimida y sustituida por «señora» (lady) y en esto se llega a extremos de lo más ridículos.

LA DECADENCIA DE LAS ACTRICES Y EL AUGE DE LAS MODELOS

En un artículo anterior me referí de pasada a la decadencia de las actrices en el mundo social inglés. Hace cien años no más, e incluso poco antes de la guerra estaba de moda casarse con una actriz o una chica de conjunto, y así resulta que la mitad de las condesas y duquesas viudas que viven en Inglaterra son ex actrices; desde que acabó la guerra, sin embargo, la cosa cambió, y lo fetén ahora es casarse con una modelo de casa de costura. Hace cien años la profesión teatral estaba vedada



Miss Peggy Cripps, de treinta y dos años, hija del político fallecido sir Stafford Cripps, con su esposo, Mr. Joseph E. Appiah, estudiante de leyes, de la Costa de Oro, a la salida de la iglesia de San Juan, después de la ceremonia de su matrimonio

a toda chica de buena familia, hasta el punto de que, una vez, cierta chica que luego devino actriz famosa, fué a despedirse de su madre para ir a Londres a dedicarse al teatro. Su madre se despidió de ella friamente y la dijo con sarcasmo:

—Oye, ¿van a venir a recoger-te en un carramato de esos de los gitanos?

¡Quién iba a decirle a la buena señora que, años después, las

actrices iban a ser las amas de la sociedad inglesa!, pero por eso de «sic transic gloria mundi» el centro de la moda ha pasado a manos de las modelos, y las chicas de buena sociedad que lo que quieren es casarse bien, en cuanto se ponen de largo se dedican a exhibir modelos en las buenas casas de costura de Londres.

La «reina de Escocia», como se llama por aquí a la condesa de



La condesa de Dalkeith visitando la Exposición de Horticultura en Waverley Market, Edimburgo

Dalkeith, es una ex modelo, la chica más guapa de Londres, una tal Fiona Campbell Walter, es modelo, también; la duquesa de Rutland, lo fue. Yo conocí mucho a una chica holandesa, que exhibía ropas en un salón de te del centro de Londres y un día me invitó a un guateque que daba; allí estaba lo mejor de Londres, a pesar de que hace no más que veinte años no hubieran soñado aceptar la invitación de una modelo.

Una modelo que se ponga de moda ya no tiene problema: teatro y «boite» diaria, todas las comidas gratis en los mejores restaurantes, sueldos altísimos, ropa gratis y, para coronar la cosa, un marido que ni que se lo hubieran cortado a la medida.

CHELSEA O LA VIDA ALEGRE Y CONFIADA

Los barrios de Chelsea, Soho, Bloomsbury y Bayswater son el centro de la emancipación femenina en su aspecto más cálido, casi en punto de ebullición. Sus calles abundan en curiosísimos ejemplares de chicas con pantalones muy estrechos, pelo lacio, y flequillo, que se pasan la vida de taberna en taberna y de guateque en guateque, acompañadas de chicos igual de deprimentes.

En estos barrios viven la mayoría de los artistas, pintores y escritores jóvenes londinenses, buena parte de ellos mujeres; se ganan la vida como pueden, casi todos ellos a la sombra de la B. B. C., que es algo así como la panacea universal. Esta juventud artística de Londres a mí me da la impresión de estar como desesperada; el objeto de sus vidas parece ser matar el tiempo más que otra cosa; la mayoría de ellos son paganos y, según el dinero de que dispongan, comunistas o laboristas. Cuando, finalmente, se aseguran la fama y el cocido diario, se vuelven conservadores.

En Chelsea, Bloomsbury y Soho la vida va muy de prisa; hay guateques todos los días y las figuras populares salen de una juerga para entrar en otra. Así apenas queda tiempo para ocuparse del mundo exterior.

Yo conozco una chica de este tipo, la cual se ha solucionado

el problema de la vivienda acomodándose en la panza de una barcaza que ha echado raíces en el río Támesis con permiso de su dueño. Cuando la pregunto qué piensa hacer de su vida, me dice que ni lo sabe ni la preocupa, que de momento, divertirse. Para ella divertirse debe resultar fácil, porque es muy guapa.

LA VIDA SUAVE DE MAYFAIR

El escenario femenino de Mayfair es totalmente opuesto. En una extensión poco mayor que nuestro barrio de Salamanca se gastan a diario millones y millones de pesetas. Mayfair está lleno de restaurantes, boites y salas de costura. La modelo de alta costura, la simple aventurera, tienen campo sobrado para sus actividades en Mayfair.

Mayfair, en cierto modo, es el centro del Imperio británico: australianos, neozelandeses, sudafricanos y canadienses con dinero viven en Mayfair; los jefes negros del África británica, los sultanes malayos, los rajás indios y los jeques árabes viven en Mayfair y gastan allá sus rentas. En las múltiples calles de ladrillo rojo oscuro de Mayfair hay decenas de pequeños bares sobrecargados de terciopelos y dorados, con mujeres fabulosas tomando copas en el mostrador. Lo malo es que la aristocracia británica ya no vive en Mayfair como solía. Apenas si queda algún duque suelto o algún vizconde de las docenas de ellos como solían vivir en Mayfair: la casa del marqués de Londonderry es hoy un centro de aviación; la de Disraeli, oficinas, y así todo. Pasando revista a la guía de teléfonos se encuentran aún duquesas viudas que viven en pisos de lujo, pero no mucho más. Mayfair es hoy propiedad de las colonias, donde parece que hay más dinero que en la metrópoli. Según se sale de Mayfair, a mano derecha como quien dice, está Oxford Street y su continuación de Regent Street, que son las calles de tiendas más populares de Londres; allí es donde van de compras todas las señoras gordas de Londres, igual que en Madrid por los alrededores de la plaza Mayor.

LA PIEL Y LO QUE LA CUBRE

Las modas femeninas de Londres se rigen rigurosamente por

las de París. Existen dos o tres modistos londinenses con ideas propias, y el más célebre de todos es Hartnell, el modisto de la familia real. Pero la demanda es más de lo que Hartnell puede dar de sí y deriva hacia París. Los últimos modelos de Dior promovieron aquí poco menos que una revolución, y los caricaturistas de la Prensa se hicieron eco de ella. A los pocos días de haber sido publicados estos modelos, las casas de confecciones los lanzaron a miles para beneficio de mecanógrafas y obreras.

Estas casas envían espías a las exhibiciones de París, las cuales vuelven y lo cuentan todo. Los vestidos que utiliza la reina corren la misma suerte, y en Norteamérica tanto como aquí. Me dijo una chica yanqui que el traje de noche que se puso la reina para ir a un estreno poco antes de la coronación fué transmitido a Norteamérica por radio, y a las pocas semanas ya se lo estaban poniendo millones de chicas en todo el país para salir de noche.

Es éste uno de tantos resultados de la revolución social inglesa: antes de la guerra las ropas de confección eran pobres y malas; hoy en día son estupidas y sus precios al alcance de todos los bolsillos. Lo cual les sienta pero que muy mal a las reinas de la moda, que sólo a fuerza de mucha elegancia personal y mucho taxi pueden distinguirse de las mecanógrafas con buen gusto.

A mí siempre me llamó la atención cómo es que la piel de las chicas inglesas cambia tan radicalmente de invierno a verano. La cosa sorprendería incluso a un camaleón, porque en el verano andan bronceadísimas y en el invierno lucen una piel blanca, muy blanca.

Al tipo medio de chica inglesa el bronceado no le va; solamente una piel muy blanca puede hacer juego con sus cabelleras rubias y con la atmósfera gris de Londres, pero lo del verano es fuerza mayor. Bronceándose la piel, artificial o naturalmente, pueden decir que han estado pasando el verano en el sur de Francia, aunque la verdad sea que se han quedado en casa. Todo lo más, que han ido al sur de Inglaterra. Luego, pasado el verano, se quitan el bronceado y vuelven a lucir su piel blanca, que les va mucho mejor.

La cosa tiene gracia si se recuerda que hace no más de veinte años resultaba muy vulgarote lucir la piel bronceada. Es la vida, como decía una tía mía.

Los comunistas británicos parece que se han confabulado contra los modistos ingleses, porque, según una chica ex comunista me contó hace ya tiempo, en los mítines del Partido los jefazos insisten en que las chicas vayan siempre con pantalones de pana.

—Una buena camarada—les dicen—debe ir siempre en pantalones de pana para distinguirse de las mujeres capitalistas, que vienen hier a costa del sudor del pueblo.

Todas las mañanas, a las siete, mi amiga tenta que ir a la calle a vender el «Daily Worker», hasta que un día se cansó y se dió de baja en el Partido.

ELEGIA POR UNO

por Pío Gómez Nisa

UN CIEGO EN SALA DE ESPERA :-: ANTE UNA
CANCION GALLEGA

CARRETERA :-: BAJO MI ENREDADERA

por Enrique de Bonaval

Lea estos poemas en el último número de

POESIA ESPAÑOLA

Precio del ejemplar: 10 pesetas



Estas dos mujeres de Ynysybwl, en el País de Gales, son madre e hija y desde hace muchos años ejercen la profesión de «barberas»

EL IDOLO DE LAS COLEGIALAS

El príncipe Felipe de Edimburgo es, hoy por hoy, el árbitro de la moda masculina y de las colegialas británicas. Los sastres de Savile Row (la calle sartorial de Londres) están a ver quién le pesca. Tanto es así, que una vez uno de ellos me dijo que si le traía al príncipe Felipe a su tienda me haría dos trajes de balde.

Recuerdo que, hace ya cosa de dos años, pasando por una calle un poco apartada del centro, vi una gran multitud que vitoreaba. Me acerqué y vi al príncipe que salía de un gran edificio enfrente. Justo al lado había un colegio de niñas, y jamás vi tantas cabezas tan asomadas a tantas ventanas como aquel día.

EL PROBLEMA NEGRO

Varias veces los periódicos ingleses han llamado la atención del público lo que ellos llaman pintorescamente «la marea de color café», o sea el creciente número de matrimonios entre blancas y negros, o a la inversa. El matrimonio de la hija de sir Stafford Cripps con el hijo de un jefe negro de la Costa de Oro colmó la medida y fué causa de que muchos diarios publicasen artículos indignados.

La cosa es fácil de comprender; los negros que viven en Inglaterra (y sin ir más allá, Londres tiene barrios enteros infestados de ellos, hasta el punto de que corre por acá un chiste de que si en Londres anochece tan temprano es por la de negros que

hay) viven una existencia muy poco envidiable: apenas pueden encontrar trabajo por causa de su color, les es difícil encontrar alojamiento en pensiones y hoteles, pues, aun cuando estén vacíos, no suele haber habitaciones para negros, y tienen que vivir como pueden, de la asistencia pública (dos libras a la semana) o de mala manera. Hace poco conocía a una chica china que es estupenda taquigrafa, la cual no puede encontrar empleo por el mero hecho de ser china, y un negro amigo mío que quería ser bombero se vió rechazado (a pesar de que hacen falta bomberos) sólo por ser negro.

Bueno, pues viéndose así, perseguidos socialmente, los negros acaban por crearse un complejo de inferioridad del que sólo se salvan casándose con mujeres blancas.

Dentro del problema de los negros muchos ingleses incluyen el de los americanos; para el inglés medio todo extranjero es más o menos negro. Los matrimonios angloyanquis hay veces que suceden a razón de 200 por mes y el ritmo normal es poco menos. Cierta tipo de inglesas se sienten más atraídas hacia los yanquis porque sus uniformes son más elegantes, tienen más dinero que los ingleses y, además, les ofrecen la oportunidad de ir a vivir a América.

Las tropas de ocupación en Alemania y las que luchan en Corea han ensanchado el campo de acción de los soldados ingleses en estado de merecer. Las autoridades militares británicas son muy estrictas en esto de los matrimo-



Mrs. Robert Mc Gij con el elegante modelo que lució en las carreras de caballos de Ascot este año, posa ante sus admiradoras

nios mixtos y ponen muchos obstáculos a los quintos que se enamoran fuera de casa. Así y todo, los pocos matrimonios con co-



He aquí la más genuina representación de la belleza femenina en el país de la niebla. Diez preciosas jovencitas de una casa de modas de Londres disputándose al corro el premio número uno de bella

reanas que se han producido han dado buenos resultados.

No así los matrimonios con alemanas; parte por hostilidad de los vecinos o de los padres del novio, parte por desavenencias domésticas que se complican en política; el caso es que los periódicos imprimen continuamente casos de divorcios de este tipo.

EL VENTAJISMO

Como ya apunté más arriba, la gradual emancipación de las mujeres inglesas ha ido dejando detrás pequeños reductos de superioridad frente al hombre. Por ejemplo, cuando los bienes de la mujer pasaban automáticamente a poder del marido, se legisló que una mujer pudiese comprar cosas y forzar al marido a pagarlas; hoy en día la mujer puede retener su propiedad independientemente del marido, y, sin embargo, sigue teniendo derecho a enviarle las cuentas de lo que compra, cosa que el marido, si su mujer tiene más dinero que él, no puede hacer.

Igualmente el marido tiene obligación de dejar algo a su mujer en el testamento; la mujer, por su parte, no tiene porqué dejarle un céntimo si no quiere. Una esposa divorciada puede forzar a su marido legalmente a que la pase una cantidad periódica para su mantenimiento, mientras que el pobre marido no puede forzarla a mantenerle a él si se diera

el caso, por demás corriente, de ser ella la que tiene los cuartos.

Conviene, sin embargo, advertir que las organizaciones feministas inglesas quieren renunciar a estos pocos restos de «galantería legal» a cambio de una igualdad total de derechos y deberes con los hombres.

—Me parece absurdo—dijo recientemente una de estas feministas—que el hombre tenga que mantener a su mujer y la mujer con dinero no esté obligada a mantener a su marido.

Esto es lo que se llama en inglés «fair play».

LOS DIVORCIADOS Y LA CORONA

Yo no conozco apenas las leyes por que se rigen los divorcios ingleses, pero sí sé que son complicadísimas. La complicación no implica necesariamente superioridad, y prueba de ello es que las mejores cabezas del país se pasan el día clamando al cielo porque sean modificadas, haciendo el divorcio cada vez más difícil.

El número de divorcios que tiene lugar en Inglaterra es impresionante y la marea sube sin cesar.

Hay divorcio por «crueldad», cuando uno de los cónyuges atormenta mental o físicamente al otro; hay divorcio por «deserción», cuando el uno abandona el

hogar por un determinado período de tiempo; lo hay también por adulterio; si hay otros motivos, yo, la verdad, no los conozco, pero éstos son los más frecuentes.

Pero el divorcio sólo puede tener lugar si hay consentimiento por ambos lados; si uno de los cónyuges no quiere divorciarse, no hay forma de que el otro lo consiga, salvo en casos extremadamente excepcionales.

Hace no más de veinte años, si un político se divorciaba, su carrera estaba deshecha; las cosas, sin embargo, han cambiado y vemos que Eden no llega a primer ministro por causa de su mala salud, pero no porque se haya casado por segunda vez.

En el ceremonial palaciego, sin embargo, se sigue manteniendo una rígida barrera contra los divorciados; no pueden entrar en el «cercado real» de Ascot, ni en otros sitios de este tipo. El duque de Norfolk, que es quien hereditariamente cuida de estas cosas, rehaza a todo aspirante a invitado, sea quien sea, cuya historia matrimonial no sea impecable.

El marqués de Bath, por ejemplo, intento aplazar su divorcio hasta después de la coronación para poder entrar en la abadía con los demás pares del reino; su mujer sin embargo, no quiso esperar, y el pobre marqués tuvo que volver a empaquetar los arminios y la púrpura para mejor ocasión.

El dinero que el marido culpable tiene que pagar a la mujer de quien se divorcia sale ahora de lo que éste paga en concepto de «impuesto sobre la renta», y hay millonarios que se casan y se divorcian a propósito a fin de engañar al fisco.

LA CAMARA DE LOS LORES O EL ÚLTIMO BALUARTE

La cámara de los lores es, hoy por hoy, el único reducto político que los hombres aun no han rendido al ataque de las mujeres. Hubo idea hace poco de permitir la entrada a las mujeres con título, y se pensaba que así la Cámara Alta ganaría en interés y eficacia; igualmente, el Gobierno que tal hiciera ganaría mucha popularidad. La cosa, sin embargo, quedó en veremos y no se ha vuelto a hablar de ello.

LO QUE VA DE AYER A HOY

La creciente intrusión femenina en campos hasta ahora monopolizados por los hombres ha relajado mucho el nivel medio de galantería en Inglaterra; hoy en día resulta extravagante dejar el asiento a una chica en el metro o el autobús, o dejarla la derecha cuando se va con ella por la calle, o echarse a un lado para dejarla pasar.

Igualmente, las mujeres inglesas, que cuando no tenían nada que hacer eran muy religiosas, al intervenir más y más en la vida pública se están volviendo tan paganas como los hombres; lo cierto es que los únicos credos vivos que aun quedan en Inglaterra son el catolicismo y el socialismo, porque el protestantismo no es más que un figurón.

ESPAÑOLES E ITALIANOS, PRIMOS HERMANOS

SERGIO — como surge siempre que en una reunión habla gente de diversa procedencia — en aquella de Milán, la discusión sobre tipos raciales. Se hablaba, en mi honor, del tipo llamado español y cada uno intentaba definirlo; yo oía aquí y allá voces distintas pero unánimes: «cabello esortijado», «cutis bronceado», «largas pestañas»... e intenté cortar:

—No insistan, señores. La cosa está clara. Lo que ustedes llaman tipo español—moreno de tez, bajo de estatura, de ojos grandes, negros y apasionados—es lo que en España llamamos «tipo italiano».

Se quedaron algo asombrados, porque a fuerza de llevar en Milán una vida «europea», casi «rubicia», habían olvidado, como les ocurre a muchos españoles del Norte, que el subsuelo racial sigue siendo Nápoles para ellos y Andalucía para nosotros. Ambos, de tal violencia cromática, que han caracterizado a dos países bien varios dentro de su unidad.

Ese devolverse la pelota del juicio somero ocurre a menudo entre españoles e italianos, dos pueblos que se ignoran mutuamente mucho más de lo que la historia y geografía deberían permitir. A mí me asombra siempre oír en boca latina, italiana, juicios sobre los toros, por ejemplo, que parecen anglosajones en cuanto a desconocimiento del tema. Y es curioso que de la misma forma que en el caso físico, se apliquen a los otros los conceptos propios de la personalidad moral. Tomemos la vanidad, el aparato. Lo que en España se dice a este respecto de los italianos lo comentan los italianos de nosotros con la misma sinceridad. Si en Madrid se oye...

—Es muy amanerado, excesivamente cortés, demasiado elegante, en fin, muy italiano...

...no es nada raro que en Roma se diga, sin creerlo un despropósito:

«E molto essagerato, troppo gentile, un po' spagnolesco in somma.»

Evidentemente el origen de ese «quid-pro-cuo» está en la lengua, que a través de los siglos ha escalonado las mismas o parecidas palabras en un orden de jerarquía muy vario. Cuando un ita-

Por Fernando DIAZ-PLAJA

liano oye que su recién presentado amigo de España se llama Carlos González del Campo y López estima tal nombre excesivo, porque él, en el mejor de los casos, se llama sólo Luigi Russo, olvidando el apellido de la madre. Si el español le dice en seguida que está encantado de conocerlo, se impresiona todavía más porque en su idioma el verbo «incantare» ha conservado el sentido mágico de los crígenes. Le asombrará también que lleve un traje negro de luto riguroso, porque él se pone sólo un brazal, aunque el muerto sea su padre, y cuando oiga que le ofrecen la casa replicará maravillado que no piensa quedársela.

Naturalmente, que si el español intuye esos sucesivos asombros, le faltará tiempo para manifestar los suyos; para él también resulta asombroso que un italiano tenga «piacere» por el mero hecho de estrechar su mano, y en cuanto al nombre y apellido recordará que a un llamándose Luigi Russo al amigo le llaman Principe en todas partes porque es sobrino segundo de uno que efectivamente lo es, en contraste con la eliminación del título que es costumbre en nuestros aristócratas de la rama segunda. Se extrañará también que aun no vistiendo de negro a la muerte de un familiar ponga, en cambio, un inmenso dosel sobre la puerta de su casa. Le parecerá asimismo excesivo que a una «bisteca» la llamen «bella» y haya que «ordinaria» en vez de encargarla simplemente. No ve tampoco la razón de anteponer continuamente el título profesional u honorífico al nombre de la gente, tal como Comendatore, Cavaliere, Avvocato, Dottore, Ragioniere, etc. Un escritor puede ser «valente» sólo con que cumpla con su deber profesional sin ninguna relación con su valor personal, que ya es «coraggio». Y una bombilla queda «fulminata» cuando aquí no pasa de fundida. ¿Puede un vestido escotadísimo, ser decente? En Italia, sí, si es rico. (Y en la España del siglo XVII, también.)

El italiano, aunque vive en casa de vecindad, la llama «palaz-

zo», y los escalones que le llevan a su piso son «gradini», que a nosotros suena a gradas del tro-

no o altar. Los trenes más lentos se llaman «accelerato» o rápido, porque los veloces son expresos. Un telegrama urgente en Italia es un telegrama lento. Hay que ponerlo urgentísimo o «lampon», es decir, relámpago, si quiere usted que llegue en pocas horas.

Todas esas diferencias de «impostación» de las mismas palabras asombran continuamente al viajero español. La exuberancia verbal de los italianos—lo que a nosotros se nos antoja su barroquismo—es tal, que ellos mismos pueden jugar con las mismas cartas de lo sublime a lo ridículo. El pueblo que ha inventado las canciones bélicas más bonitas y las frases patrióticas más mordientes lanzó luego la de «la guerra é bella ma scomoda». El lirismo de sus frases es tal, que los mismos hombres que las acuñaron a favor de un régimen pudieron decir después que su intención era irónica, y la explicación no resultaba absurda. Así Longanesi, con su «Mussolini tiene siempre razón». Así Curzio Malaparte con su famoso dístico:

«Spunta il sole, canta il gallo e Mussolini monta a cavallo».

No es raro que Manzoni sea el escritor favorito de los italianos, porque en muchas páginas es su espejo. Lo mismo describe ampulosa y brillantemente, gozándose en el repicar de sus armoniosas palabras, que pincha inesperadamente el inmenso globo con su acerada ironía. El italiano a veces se parece a un Quijote que *sepa*—antes de embestir, lanza enhiesta, y gallardamente—, que se trata sólo de molinos de viento. Alfredo de Musset los describió en unos versos, cuya esencia he intentado vanamente verter en castellano:

«Sea astuto, simple, burlón, ¿no es cierto que deja en el co-

[razón

un extraño encanto ese pueblo en pos de la alegría que gloria y belleza daría por una naranja?»

LEA TODAS LAS SEMANAS

EL ESPAÑOL

El Reino de la Muerte

Novela por Eduardo AUNOS



YA sabéis que nunca me han gustado los amores fáciles. Para ser más exacto, debo añadir que no es la dificultad lo que más me atrae, sino lo extraordinario, y si me apuráis, lo maravilloso. El maestro de mi pueblo me decía siempre: «No creas más que lo que vean tus ojos.» Pero mis ojos, ¡ay!, no veían lo mismo que los suyos.

Por eso miré a Adriana. Todos la conocéis. La conocen todos los galanes de la ciudad. Mis queridos amigos, ¡qué tristes me parecieron sus ojos! ¡Qué contraste encerraba la suavidad de sus trazos adustos! Alta, delgada, prodigiosamente delgada, como a punto de convertirse en espíritu. Ningún hombre se ha lanzado a lucirla del brazo por la calle principal. Corría el rumor de su indiferencia por los galanteos, y en este sentido nadie pudo adelantarme la menor noticia. Mi amor propio se sintió acuciado y me decidí a poner los puntos sobre las íes de esta esquivada muchacha que habitaba una casita alegre junto a las tapias del cementerio. La casa era blanca y azules los recuadros de sus ventanas. Estas se adornaban con rosas trepadoras que hundían sus raíces en la tierra santa, entre las tumbas, junto a los cipreses y otras plantas tristes. Mi voluntad fué más fuerte que sus desprecios y al fin conseguí acompañarla muchas noches seguidas hasta el último farol que alumbraba la ciudad. Luego corría como una loca para poner distancia entre nosotros. Por último, las sombras se la tragaban sin hacer ruido. Para mí era una prueba diaria a que me sometía su favor, la de regresar hasta mi casa por el mismo camino que seguían los muertos hasta entrar en la suya. Adriana frecuentaba sus moradas con la misma familiaridad que yo visitaba a mis amigos más íntimos. Mi propia imaginación me hacía supersticioso. Luché mucho para vencer estas niñerías, y así, antes de regresar cada noche, después que Adriana me abandonaba, yo me arriesgaba a dar tres o cuatro pasos más hacia lo desconocido. Eran unos momentos de verdadera tortura. Me contenía para no correr como ella corría y dejar cuanto antes aquellos lugares sombríos; pero, al mismo tiempo, una fuerza insupe-

rable me ataba a ellos, mientras mis propios recuerdos se me convertían en fantasmas para hacerme miedo. Cierta noche sentí como una crisis más aguda. Por todas partes, a través de los flecos de sombras tendidos en torno mío, parecía acecharme un personaje misterioso. Estaba ya en trance de dar media vuelta y acelerar lo más posible, en un continuo «crescendo», mi regreso, cuando de entre las ramas de los cipreses vi levantarse un globo rojo que iniciaba su marcha por los caminos del cielo. Comenzaba la luna llena.

Hasta entonces yo la había visto de noche. ¿Acaso tenía miedo de que la luz del día descubriera algún defecto de su rostro? No. Al mirarla bajo los focos eléctricos de los grandes almacenes que iluminaban la calle principal no había nada que dejara de resistir el más riguroso examen. ¿Qué clase de tareas la ocupaban durante todo el día? «Es muy posible—me dije—que su hogar no sea sólo la casa blanca de recuadros azules, sino el cementerio todo.» Y me la imaginé vestida con elegancia, en su «hogar», que compartía una multitud de difuntos, prodigando sus servicios entre los que la reclamaban. Unos, para que les adentrase su morada; otros, más pobres, para que no dejase morir los rosales que trepaban por las cruces de hierro o de madera, o para mantener en constante nitidez las losas de mármol blanco de sus tumbas. «¿No has visto la mota negra que me dejó una golondrina al pasar?» Ella conocería la voz que le daba esta queja y sonreiría comprensiva. ¿Qué diría aquel señorón de la Banca, de luengas y rizadas barbas y frente majestuosa cuando se diera cuenta del polvo que se había acumulado sobre su busto de bronce? Amigos míos, ¡cuánto compadecía a la pobre Adriana! Porque los huéspedes del más allá deben ser más difíciles de contentar que la clientela de un hotel de lujo.

Como os iba diciendo, ardía en deseos de ver su cara a la luz del día, y me fui hacia el cam-



posanto, sin pararme a pensar en las consecuencias. Estaba expuesto a no encontrarme con ella, y de haberla hallado, ¿qué razones daría de mi atrevimiento? Saludé al conserje y penetré en el recinto con aire decidido. El conserje respondió a mi saludo sin volver la cara. Vi el dorado de sus galones y un cigarrillo en la comisura de sus labios. Por la gran avenida central avanzaban cuatro hombres vestidos de negro desde el hule de su visera, breve, hasta las alpargatas de cáñamo. Pantalón de pana lisa y blusa amplia, larga y floja, de un negro áspero y sucio. Les ofrecí un cigarro, «una señorita», recubierto de papel negro y sabor de regaliz. Y les propuse hacer mi viaje de regreso en el coche fúnebre hasta el arrabal, para evitarme la caminata. Pensaba que ellos podrían darme alguna noticia de Adriana. Aceptaron, con la condición de detenernos en la taberna de «Los Murmuradores», situada a medio kilómetro de allí. Adriana se cruzó con nosotros sin reconocernos. La vi venir atravesando unos bojes, con un libro en las manos.

El enterrador que iba a mi lado, sujetándose, como yo, a un adorno del coche para no caer con el balanceo, me hizo una seña con el codo. Yo me hice el distraído.

—¿Quién es?—le pregunté.

—La hija del administrador del cementerio. Después añadió por su cuenta:

—Donde estén los muertos no busque usted nada bueno.

Miré a mi cochambroso compañero. Su cara era un anuncio de lo que sería más adelante. Se adivinaban con facilidad los huesos del cráneo. Los ojos parecían los de un agonizante, rodeados de un cerco azul oscuro. Nos detuvimos en la carretera, junto a «Los Murmuradores». Descendió el cochero, un gordiflón mal afeitado, de nariz roja, seguido de otro hombre desgarrado, macilento, de brazos largos y talla casi gigantesca. El gordo le dió un golpe en la espalda que le hizo vacilar.

—Tero, amigo, ¿echamos un traguito?

—¡Hombre, Socarral, a eso nunca se dice que

no. Tú, ¿qué opinas, Tato? —añadió, mirando al enterrador.

—Cuando pagan, sí; porque siempre me toca hacerlo a mí, y esto... no está bien.

—No seas animal, Tato. ¿No abres tú la mano a los de los lutos para que te suelten la guita? Pues lo justo es que la dejes encima del mostrador. Hoy, como la fiesta corre a cargo del amigo—me miró con desconfianza—, nos repartiremos los ingresos.

Me acerqué al mostrador. En un lugar preferente había un cromo con la barbuda cara de Pi y Margall, otro de Salmerón, y otro, que representaba a una mujer con gorro frío y ropas helénicas.

—Ron Negrita—le dije al amo.

—Yo prefiero ojén—interrumpió el Tero, con voz de bajo profundo que hizo vibrar los vasos del mostrador.

—El ron, ¿no es eso que se ponen en el pelo los señoritos—masculló el Socarra con acento burlón.

—Eso es el Crusellas—repliqué, dándome ánimos—, y yo he pedido Negrita. Pero, en fin, dales ojén, tabernero, o lo que quieran.

Al llegar a la tercera ronda empezaban a sentirse locuaces. Les pregunté, por decir algo, si era muy duro su trabajo. Tomó la palabra el Socarra:

—Se hace lo que se puede. Cumplimos los turnos de sol a sol, con descanso de doce a cuatro de la tarde. Pero, ya sabe usted, lo nuestro no es trabajo, es presencia...; que hay que tener presencia para hacer lo que hacemos. ¿Me entiende?

—Sí, desde luego; pero ya estaréis acostumbrados. La costumbre es el todo en el oficio—respondí, dándomelas de experimentado.

—A nosotros—dijo el Tero lentamente—nos sobra dignidad para tener miedo de nada, y sabemos muchas cosas que ya darían por saberlas antes nuestros clientes. Pero los pobres no se preocupan de aprender la lección y siempre llegan a nuestras manos tarde y con daño.

Todos insinuaron una risa trágica casi sin mover los labios, como si les saliese de la garganta. Y así entraron en la cuarta ronda, siempre de pie ante el mostrador. Pero de seguro que Pi y Margall, Salmerón y la Niña comenzaban a bailarles en los ojos. El Tato estaba en actitud extática, de vidente. No movía más que los dedos de la mano derecha para aprehender el vaso y llevárselo a la boca. Creí que era el momento oportuno para entrar en materia.

—Pero alguna vez tenéis la compensación de ver caras bonitas como la de la hija del administrador—insinué yo, tímidamente.

—¿Bonita ésa?...—interrogó el Socarra—. ¡Quite usted allá, hombre! A mí sólo me gustan las mujeres gordas, gordas, de cara ancha y labios de vaca. La mujer que rezume mujerío. Para delgadeces, las que nos toca soportar en el oficio me bastan.

La voz cavernosa del Tero antes de pasar a emitir sonidos articulados se deshizo en trenos profundos. Después fué clarificándose y le entendí algo como:

—La chica esa está loca de atar... Dicen que es una sentimental; pero para mí que hay misterio.

—Si, hombre, sí—remató el Tato, como si saliese de un letargo—; aquel galán, ¿no te acuerdas?... Aquel que vimos una noche que regresamos tarde y que la tenía abrazada detrás de un panteón...

—¡Ah, hombre!, ya lo sé... Donde enterramos a Marisa, aquella a la que el novio quiso seguir hasta la tumba... Si no es por el guarda, que es forzudo, y por tí, Socarra, que llegaste a tiempo, se mata.

—¡Bah! Por esto no vale la pena de que retrasemos más la comida. Otra ronda, y a casa, que si no la mujer nos va a armar trepe... Pero, ¡tú, Tato, a repartir las propinas, hombre! ¡Suelta sobre el mostrador la morralla!

Aproveché el momento para alejarme de aquellos bestias. Cuando llevaba andados unos metros me alcanzó el coche fúnebre; pero yo no quise volver la cabeza. Amigos míos, ¡a qué manos van a parar nuestros huesos!

Curioso impenitente, obsesionado, quise ir de nuevo aquella tarde misma a palear entre los cipreses, sin saber a ciencia cierta lo que buscaba. Una manaza me cayó sobre el hombro con grossera violencia. Volví rápidamente la vista y me encontré con la siniestra faz del Socarra.

—¡Hola, amigo! Usted siempre por estos andurriales. A ver si acaba como don Policarpo.

—¿Es también del oficio?

—Es el conserje del cementerio. Estudió para abogado y renunció a mitad de la carrera no sé por qué razones, y ahí lo tiene usted ahora guardando a los muertos. Esto atrae, ¿sabe usted?

—Mire, Socarra; yo no admito bromas, y menos de esa catadura. ¿Hay algún entierro a estas horas?

—Vengo de banquetearme en el merendero del Chungo. Hay familias, ¿me entiende?, que, en secreto todavía, celebran con una merendola la muerte de uno de los suyos; y yo me beneficio. Créame usted; la muerte abre el apetito. ¿Me entiende? Yo no sé que nadie coma tanto y con tanta hambre como los que tratamos con muertos.

—También se bebe, Socarra—le repliqué, recordando la invitación de la mañana.

—También, sí, señor; pero se bebe porque antes se ha comido, ¿entiende?, ¿entiende? Si no lo hicieramos así, nos emborracharíamos y perderíamos el oficio y la dignidad. ¿Me entiende?

—La dignidad, ¿es indispensable, Socarra?

—Sin dignidad no habría propinas ni nos tendrían respeto los clientes. Yo, claro está, ayudo a mis compañeros. Subo, bajo, me arrimo al muerto, ¿entiende?... Pero, en realidad, si el oficio fuese lo que debiera ser, mi misión se reduciría a estar en el pescante, serio, aburrido, con cara de circunstancias, sin escupir... Pero, ¿podría aguantar el equilibrio con unas copas en vacío? Estos carros no son automóviles de lujo. Por esas calles de Dios van moviéndose como lanzaderas. A veces me entran ganas de dejarme llevar por el vaivén; pero me contengo, ¿entiende?

«¿Entiende, entiende, entiende?», machacaban mis oídos.

Ibamos acercándonos a la ciudad y no sabía cómo verme libre de él.

—Bueno, Socarra; hasta otro día. Quédese con Dios.

—Mi compañía no le resulta agradable, ¿eh? Sin embargo, hace mal, porque yo puedo serle útil, ¿me entiende?... Como nadie, ¿estamos?

—Estamos, Socarra. —Le ofrecí un puro, para que lo fumara a mi salud, y le prometí acudir a él cuando necesitara su ayuda.

—Ni ayuda ni consejo. Manos, manos..., ¿entiende usted? Manos es lo que necesita. —Y me enseñaba sus manazas callosas, de uñas negras y dedos deformes. Aquellas manos que habían encerrado a tantos difuntos en una caja de muertos. En esta actitud le dejé perdido en la bruma.

* * *

La tarde era suave y amarilla, con franjas rojas en el horizonte. Hice el camino del cementerio con la misma ilusión que si me dirigiera a un vergel. Como si me esperara en él mi novia para ofrecerme su amor... Y basta, amigos. Llegué a la puerta principal y me encaré con un hombrecillo cincuentón e insignificante. Tenía un bigote chino, muy pegado a las comisuras de los labios; la cara, delgada; los ojos, vivaces, de un color azul intenso. La cabeza, rapada totalmente, acrecentaba su aspecto oriental. Vestía un uniforme color gris oscuro, con galones rojos y botones plateados. Calzaba alpargatas negras, con piso de goma.

—Es usted don Policarpo, ¿verdad?—insinué tímidamente. Y añadí: ¿Quisiera decirme dónde está la puerta pequeña del camino de los muertos?

Me miró con aire de suficiencia, paseando sus ojos saltones por toda mi persona, como diciendo: «Ya sé, truhán, que lo sabes tú tanto como yo, y me traes el cuento para entretenerme... Pero, en fin..., voy a darte gusto y a satisfacer tu deseo.»

Salí de la casita, cruzó conmigo hasta el portal y moviendo, según hablaba, la mano derecha, señálole la orientación requerida:

—Siga por la izquierda hasta el final de la tapia; tome entonces el caminito de la derecha; siga adelante; cuando la tapia baja termina, comienza otra de mayor elevación; verá usted una puerta de madera separando las dos partes del cementerio: la vieja y la nueva. Allí es... Pero, si no es excesivo el fisgoneo, ¿qué le lleva allí, jovencito?

—Me gusta su curiosidad, don Policarpo. Yo también soy curioso y he de preguntarle muchas cosas. Voy a visitar a mi novia, que está allí...

—¡Ah!, ya entiendo. Fina solicitud, amigo. No exenta de mérito en nuestros tiempos de volubilidad creciente. Tenga en cuenta que hoy va a tener lugar un enterramiento. Espere, espere; es...—y penetró en la garita para mirar una lista encerrada en un recuadro que colgaba de la pared—. Pues, ya ve usted; se trata de una muchacha joven; una tal Carmen Liébanes, según reza el papel. ¿La co-

noció usted?... Yo, sí—continuó, cazando al vuelo su propia pregunta—; yo conozco a casi todos mis huéspedes de aquí o de fuera de aquí, y créame usted, la mayor parte de la gente gana al morir. A mí, por lo menos, me parecen mejor muertos que vivos. ¡Hay tanta perversidad por ahí fuera! Aquí no hacen daño a nadie. La muerte, créalo, joven, es una sublimación.

—¿Cuánto siento, don Policarpo, no poder escucharle más tiempo! ¿Me permitirá usted venir a charlar alguna vez? ¿No le molestaré? ¿De veras?

—De ningún modo, joven. Estoy aquí para dar informes. Yo le informaré a usted con el mayor gusto... Y le conviene, créame, le conviene estar informado. ¿Cuántas cosas se harían de distinta manera a como se hacen si la gente se dignase venir por aquí a aprender! Guárdeme el secreto. No se fie del administrador ni de los sepultureros. Cuando veo entrar en esta casa a tanto huésped más o menos ilustre con lo mejor de su guardarropa pienso entre mí: «¡Señor; a dónde los lleva su vanidad y cómo se las componen para excitar hasta el final la ajena codicia! Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen...»

—Don Policarpo; se me echa encima la tarde... Ya se ve que es usted letrado. Mi novia me aguarda, don Policarpo, y no quiero que se impacienté demasiado.

Mi interlocutor movió filosóficamente la cabeza y con voz dulce y melancólica repetía:

—¡Pobrecito! ¡Pobrecito! ¡Los enamorados...!

* * *

Era cierto que Adriana me había dado cita en su propia casa; es decir, dentro del recinto sagrado. Mis brumas se disiparon de repente. No tenía ya motivos para dudar de ella. La encontré en una plazuela rodeada de nichos. Había pocas cruces y menos losas. En el centro, un pozo rodeado de jarrones con flores diversas. Adriana, agarrada a una soga, hacía girar la garrucha y sacaba cubo tras cubo de agua para regar las flores. Los bruscos movimientos que se veía obligada a ejecutar mostraban con crudeza la rigidez de sus líneas. Vertía el agua del cubo en una regadera, y con ella humedecía las guirnaldas, las coronas y los búcaros. Se alborotó una multitud de insectos y de mariposas rezagadas. Amigos míos, ¡no podéis imaginaros la armonía que prestaba al conjunto su fina silueta de adolescente! Siempre dije que ella embellecía lo que miraba; que sus frases servían para ennoblecir cualquier tema que rozase, y aquella mañana era toda su persona desbordándose sobre las flores, sobre la luz, sobre el agua del pozo y sobre la gracia de su vestido ligero, que se ceñía a sus piernas cuando levantaba al punta del delantal para secarse las manos, la que todo lo embellecía. Sonreía levemente.

—Me gusta que me veas en mi ambiente, José Ramón. Así podrás comprender lo difícil que es querer a una mujer como yo.

—Deja que te ayude...

Estaba haciéndola feliz. De repente cambió la expresión de sus ojos. Se hicieron duros al mirar a dos niños que corrían entre las tumbas.

—Os he dicho que no vengáis por aquí. Podéis caer os las zanzas, y, además, el papá os tiene prohibido entrar en el cementerio.

El más pequeño se acercó hasta ella.

—Déjame, «manita». Me gusta mucho ver las estampas que hay ahí dentro—y señalaba los nichos.

—¡Ea, se acabó! Voy a llevármelos en un abrir y cerrar de ojos. Espérame, José Ramón, que vuelvo en seguida.

Las campanas empezaron a doblar a muerto. Recordé el entierro que don Policarpo me había anunciado, y, en efecto, vi al Tero y al Tato, que con otros dos hombres de blusas negras traían el féretro sobre unas angarillas, seguidos de un reducido cortejo: la madre, que apenas se sostenía entre dos jóvenes, envueltas las tres en velos de luto, y un muchacho pelirrojo que miraba con ojos irritados e inexpressivos. Don Policarpo rompió el cerco y se acercó a contemplar a su nueva pupila. «La mayor parte de la gente gana al morir...», me había dicho un momento antes. Lloriqueaban la madre, las dos hermanas y el pelirrojo. Sentí el ruido de la tierra al chocar con la caja, y poco después la familia se alejó, detrás del conserje, del Tero y del Tato, que parecían los más compungidos del grupo. De allí es seguro que irían a la taberna a echarse al coletto dos copazos de aguardiente.

Adriana volvía con las mejillas encendidas.

—Estos niños son terribles. Por poco se encuentran con el entierro y me cuesta un serio disgusto.

Ahora ya estaremos solos, ¿eh? —Dió unas palmadas al aire, como para alejar de allí los pensamientos tristes—. ¿No te parece que esta hora es estupenda? ¡Está el otoño de maravilla!

A continuación empezó a ordenar los búcaros y dejó el lugar como una tienda de flores.

—Mañana, a primera hora, vendrán los mozos del servicio y pondrán cada cosa en su sitio, bajo la dirección de mi madre. Cuando los familiares visiten a sus difuntos quedarán asombrados de lo bien que cuidamos las sepulturas. Todo esto, créeme, da una gran sensación de serenidad, porque así estamos seguros de que después de la muerte el amor de otros seguirá dándonos vida, al menos en forma de recuerdo. Recordar es tanto como provocar una especie de resurrección.

La miré a los ojos y noté que empezaban a hacerse míos. Sin poderme contener la cogí de la mano, y como dos chiquillos corrimos entre las tumbas.

—¡Qué hermoso es el mundo, Adriana! Mira cómo sale de la tierra recién movida la muchacha que acaban de enterrar. Viene para darte las gracias por tus palabras. ¡Qué resplandor despiden sus ojos! ¿No la ves? Dime, Adriana, ¿no la ves?

Ella reía igual que una niña y se prestaba a mi juego.

—Yo los veo a todos, José Ramón. Algún día los verás tú también.

Arrebatado, la apreté contra mi pecho. Aproveché el momento para bajar mucho la voz y hablarle al oído:

—Los que vivimos entre ellos, ¿sabes?, aprendemos a pedirles perdón por todo. Y tú, ¿me perdonas tú por haberte traído hasta aquí? ¿Me guardarás rencor si te digo que no puedo amar a nadie en nombre de la vida?

Me besó en la mejilla, al tiempo que don Policarpo atronaba el espacio con su voz.

—Salgan todos. Voy a cerrar... Voy a cerrar...

Adriana me empujó hacia la puerta y se perdió entre los cipreses.

* * *

¡Cuántas cosas me enseñó don Policarpo! Volví para escucharle muchas tardes seguidas. Al principio le tomé por un chiflado. Es lo que ocurre con todos los que nos dicen las cosas que no sabemos. Nuestra naturaleza se resiste a dejarse penetrar por influencias extrañas. Yo era tan fatuo, como corresponde a un joven de mi edad, cuando aún no sabe nada de la vida ni de la muerte. Ni siquiera me daba cuenta del favor que don Policarpo me hacía al hablarme de sus ideas particulares, de su vocación, de sus fracasos.

—El cuerpo no es nada sin el alma, dirá usted. Pues no tiene usted razón, amigo mío. ¿Se ha olvidado de la resurrección de los cuerpos? ¿No es el cuerpo el estuche humano que contenía el alma de nuestro padre, de nuestra madre, de nuestra novia?... (me hizo estremecer con sus palabras). Pues ahí dentro está. En un nicho. En una fosa común: deshaciéndose en su pudridera. Se puede servir a Dios de muchas formas, y yo vine aquí dispuesto a servirle. Renuncié a todo por servirle, ¡y fracasé! ¡fracasé!, joven. Por intentar seguir un camino recto. Poner a los muertos a salvo de sacrilegios. Liberarlos de la codicia de los vivos. ¡Qué hermosa obra veía yo nacer! Soñaba con ser el fundador de una nueva orden religiosa. Tímidamente expuse mis proyectos al administrador. Luego, a los funcionarios más distinguidos. A los sepultureros. A los enterradores. Uno tras otro iban despidiéndome con sonrisa irónica. Insistí. Me puse hasta pesado. No. No. No. El mismo gesto de incompreensión, más grave cada vez. El administrador me llamó al orden. Hubo una reunión de directivos. ¿Se imagina que para discutir la bondad de mis proyectos? Pues se equivoca; se equivoca una vez más. ¡Para discutir sobre las atribuciones de mi cargo! Un conserje no debe pasar de la puerta. Los vivos han de tener a quien dirigirse. Los muertos no son nada.

Cayó en una especie de éxtasis. Había logrado interesarme.

—Quiero ser su amigo, don Policarpo. ¿Me oye? Yo quiero ser su amigo.

—Ya lo es usted, bachiller amable. Venga conmigo.

Me condujo hasta un banco que se ocultaba entre los bojes espesos. Hablé mucho más tiempo y me dijo cosas estupendas, que yo no pude retener. Algunas, sí las recuerdo, y lo único que siento es no tener la habilidad de contárselas con su mismo lenguaje pulido y deliciosamente trasnochado.

—Le he hecho confesiones—continuó—que no habían salido hasta ahora de mi boca. Los hombres



abandonan demasiado a los muertos, créame. Sólo los visitan una vez al año: el Día de los Difuntos, para que los citen los periódicos o para satisfacer la vanidad de sus riquezas comprando flores caras. No está mal esto, no. Pero, ¿por qué no lo hacen cuando nadie vaya a pregonar su esplendor?

¡Qué asco! Pero, no; los muertos se quedan solos el resto del año, y se aprovecha este abandono para especular con ellos. Mire; con dinero, los de la fosa común pueden pasar a lugares distinguidos, y los distinguidos pueden convertirse en muertos comunes.

—Entonces, yo mismo estoy expuesto a ser engañado. Es decir, que cuando venga para hacer compañía a alguno de los míos, es probable que se la haga a quien menos me importe.

—Así es; así es. Aquí todo es capcioso, irreal, ilusorio. Todo, menos la muerte. La muerte es lo único que escapa a esta especulación desenfundada. La muerte, ¿eh? No los muertos. Mire usted; le voy a contar una cosa que ocurrió hace unos años. Tuve a un muerto sin enterrar no sé cuánto tiempo, dentro de una habitación, para que sirviera de modelo a un pintor. El pintor venía de noche y se organizaba el trabajo a la luz de unos candelabros. Yo no podía dormir, pensando en las torturas a que sería sometido el cadáver.

Hice un gesto de disgusto, que don Policarpo percibió en seguida.

—No se alarme, joven. Ya la vida irá enseñándole a no sorprenderse por nada. También existen tipos amables que nos compensan de estos berrinches. ¿Usted ha oído hablar de cierto médico madrileño que se resistía a enterrar a su hija? Lo mismo que la pobre Doña Juana la Loca. ¡Loca por esto, señor! Pues bien. Este médico tenía una hija única en vísperas de contraer matrimonio. El no podía aceptar la muerte con resignación. Se negaba a guardar el traje de novia sin haberse visto puesto. La embalsamó, la metió en un coche y sentando junta a ella recorrieron las calles principales de la capital. «¡Qué pálida y qué hermosa va la hija del doctor!», exclamaba la gente a su paso. Y ya me callo, joven. No quiero entristecerle más con mis palabras.

Amigos míos, el mundo de don Policarpo es un mundo sedante, en contra de lo que podáis imaginar. Cuando él habla, se tiene la sensación de que prevenimos los peligros de nuestra vida eterna en lo que tiene de representación material.

* * *

Pasaron varios días desde que don Policarpo me hiciera sus confidencias. Mis relaciones con el mundo de los muertos habían creado en mí una especie de exaltación que me tenía confuso. Ahora tenía miedo al bache profundo que se abría ante mí en forma de Adriana. Mi corazón iba de sorpresa en sorpresa. Adriana me ayudaba a comprender a don Policarpo y don Policarpo me mostraba nuevos caminos para llegar hasta Adriana. Ella me había dicho que jamás amó a nadie en nombre de la vida. «¡Bah! —pensé—, ganas de dar formas raras a los pensamientos vulgares.» La vida en aquella muchacha de manos frías y sombrías resoluciones era una síntesis del pecado, de la doblez, de la mentira. Pero ¿por qué odiaba ella, tan joven, las ilusiones de la vida? ¿Se debía, acaso, a su contacto afectivo y permanente con la muerte? ¿Cómo explicar su amor por mí? ¿Cómo justificar su ansia de mimos, de ternuras? ¿De verdad odiaba la vida? ¿No es que la temía? Amar en nombre de la muerte era sin duda entregarse sin fe en la propia entrega, para volver luego más dulcemente al regazo de los muertos con un haz de desilusiones en el corazón.

En realidad, ninguna de estas preguntas hallaban convincente respuesta dentro de mí. Por otra parte, su actitud me desconcertaba. De mujer inasequible había pasado a convertirse en la novia soñada que nos abre de par en par las puertas de su amor y las de su propia casa. Tan increíble era esto último, como la empeñada obstinación primera que me cerraba todos los caminos para ser su enamorado. Sentía miedo al terrible engaño que yo adivinaba en el fondo de aquella trama. Dudas, dudas por todas partes. Y me abstuve de ir a buscarla un día. Me parecía pisar en falso a todas horas. Todo en torno mío era provisional. Las gentes se me antojaban seres hipócritas que me sonreían compasivos, mientras me ocultaban un secreto. Yo era el único que ignoraba lo que había a mi alrededor. Y no porque fuera un enamorado tonto, sino porque todos se habían puesto de acuerdo para no sacarme de mi ceguera. Miraba con los ojos abiertos y pretendía arrancar el secreto donde quiera que estuviese. Todo en vano. Sólo un hombre podía salvarme de esta incertidumbre, pero de Adriana no me había hablado todavía. Don Policarpo ¿me abri-

ría, por fin, su pecho sin doblez? Lo intentaría cuanto antes.

Como si todas las dificultades hubieran estado esperando el mismo propicio momento para resolverse, varias puertas se me abrieron a un tiempo. No por eso se aplacó mi desasosiego.

Al salir de mi casa tropecé con un entierro. A la derecha iba el Tato, y el Terc, a la izquierda, siguiendo, a paso lento las huellas de las ruedas del coche fúnebre. Vestían a la federica, con emperifollados tricornos, calzones cortos y zapatos de hebilla. Hice una seña al Tato y me comprendió al instante. Se desvió levemente de su ruta y le hablé bajo.

—Diga a don Policarpo que deseo verle cuanto antes.

El Secarra, desde lo alto de su pescante engalanado, con su peluca blanca, tenía toda la solemnidad de una divinidad oriental. ¡Con qué suavidad de maestro acariciaba el aire al hacer chasquear su látigo! Seis eran los caballos de la carroza que pisaban a un tiempo, y a un tiempo marcaban el paso como movidos mecánicamente.

Decidí quedarme en casa a esperar la visita de don Policarpo. El día se me hacía extraordinariamente largo. A última hora de la tarde cambié de opinión. Me entraron irreprimibles deseos de ver a Adriana. Estaba anocheciendo y emprendí el camino con prisas. Alguien me seguía. Sí, me seguían. Estaba seguro. Me detuve para probar, para dejar pasar delante de mí al hombre que venía detrás. Reconocí en él al pelirrojo, que fingió no mirarme. Pero no creí en su indiferencia. Se detuvo desorientado. Dudó entre seguir adelante o dejarme pasar a mí y, por fin, torció decidido por un camino que se abría a la derecha. Le recordé en el cementerio cuando enterraban a su novia. Sí, debía ser su novia aquella Carmen Liébanes, a quien don Policarpo había hecho alusión. «Todos ganan al morir». Hasta la novia del pelirrojo. Hasta Adriana ganaría... Me senté en la orilla del camino y me tapé la cara con las manos. Empecé a caer una lluvia fina y persistente con amenaza de convertirse en temporal. Me levanté y di media vuelta. Desanduve lo andado y me refugié en los soportales de la plaza Mayor. Allí estaba el Tato, apostado en una esquina, medio envuelto en las sombras del callejón vecino. Vino a mi encuentro al divisarme y me increpó:

—¿Está usted loco? Si no le veo ahora no hubiera podido encontrarle. ¿Usted sabe la tremolina que por culpa suya se ha armado en casa del administrador?

—¿Por qué no ha venido don Policarpo?

—Hombre de Dios, porque usted no estaba en casa.

—¿Dónde puedo verle?

—Sígame y no hable más.

Atravesamos un sin fin de callejuelas malolientes rodeadas de mendigos, de rebaños de cabras, de asnos y de mulos que volvían del campo con sus dueños, guardándose bajo el mismo techado. Unas ramera con claveles en las orejas se acercaron a nosotros, y al ver al Tato exclamaron con voz aguardentosa:

—¿A quién quieres llevarte, cuervo inmundo? ¿No tienes bastante con haberte llevado ayer de madrugada a la Pastora? ¿Le robaste los pendientes, di?

—¿Por cuánto los vendiste, Tato?—preguntó otra que estaba asomada en un balconcillo situado a un metro del suelo.

El Tato se detenía con cada una de ellas, haciendo caso omiso de mí, como si yo fuese hombre de confianza al que no había motivo de ocultar nada.

—Mira, Toña—le decía a la del bacoón—, tengo aquí otros mucho mejores y te los doy por cinco duros.

—¡Caro! ¡Muy caro, Tato!—comentaba la Toña.

—Piensa que son de una señorona de calidad y he de partir la ganancia con el administrador y el conserje.

—Pero ¡si conoceré yo a éste! ¡Vamos, no me digas! El conserje está siempre en las nubes, Tato. Te doy dos duros por ellos.

—Tú sí que estás en las nubes. El conserje, para que lo sepas, no deja enterrar a uno sin echarle la vista encima y sacarle la cuenta de lo que lleva. Es un águila.

Otra sacó la cabeza retirando la cortina de la entrada de su cuartucho y con una vela encen-

dida en la mano se iluminaba el rostro. El Tato la interpeló:

—¿Tienes sesión de espiritismo, Chaha? ¿De qué muerto quieres noticias?

—Mira—contestó la de la vela—, dentro de una hora va a venir el marido de la mujer que enterrasteis ayer en el turno de las cinco de la tarde. —¡Ah! Pues mira, ésa debe ser gente de dinero. Aprieta de firme, y si me das algo te contaré detalles.

—Cuenta, Tato. Diez duros para ti.

Y el Tato le fué relatando con pelcos y señales el traje que llevaba la muerta, su aspecto, las gentes que llegaron hasta el cementerio y las historias de familia que más pudieran interesarla.

—El marido tiene un hijo de la Prudencia, de esa que vive en el barrio de Roquetas, detrás de la estación..., ¿sabes? El golpe será de gran efecto. Y si me das cinco duros más pondré en tus manos una medalla que llevaba la muerta.

—Anda, toma los quince duros. Contigo, Tato, tengo yo todos los espíritus en la mesa.

—Y yo también —exclamó el Tato—. Si no fuese por el administrador, que es un matatías de la peor especie, ¡cuánto mejor no nos iría a todos!

Poco a poco se iba formando un corro en torno al Tato, quien miraba a aquellas mujeres con tanto desdén como procazidad. Una vieja se le acercó, zarandeándole con muy malos modos.

—Déjame, Pacorra —decía el Tato dándole golpes en las caderas y quitándose la de encima como podía.

—Anda, gran bellaco, dame una propina antes de que se me ocurra denunciarte.

El Tato le puso un billete de cinco duros en la mano y me arrastró con él, echándome fuera de aquel círculo inmundo. Las ventanucas que se habían abierto volvieron a cerrarse y nosotros continuamos el camino siguiendo una calle empinada, de suelo desigual. Después atravesamos un pasadizo cubierto, donde las miserables viviendas, metidas en el interior de la sierra, guarecían hombres y animales. Un herbolario tenía allí su almacén y comercio al pormenor de drogas mágicas. El Tato le saludó como a un viejo amigo y me hizo penetrar en el interior.

—Diga a don Policarpo que está aquí la persona que él espera—murmuró el Tato.

El desconocido desapareció. Yo quedé con el alma en un hilo, como podéis suponer. No sabía si marchar o quedarme. Pero por fin decidí seguir adelante en mi aventura, por arriesgada que fuese.

El Tato me dejó solo en aquel tenducho. Las paredes estaban rodeadas de cajones llenos de mercancía y de estanterías con frascos y saquitos de todos los tamaños. Un olor complejo de lavanda, de tomillo, de espliego, de menta, de verbena y un sin fin de variadas hierbas más, llenaba el local preservándolo de las fétidas emanaciones del exterior. Una empinada escalera conducía al piso superior. Seguramente allí viviría don Policarpo. Por ellas subió el que parecía ser dueño del establecimiento. Aguardé unos minutos hasta que éste regresara, y mientras tanto descendieron por la escalera dos mujerucas mal vestidas con traza de gitanas; una niña sucia y un hombre no del todo desarreglado. El que se hallaba al frente de la tienda me miró con simpatía, y estirándose la larga blusa azul oscuro que le llegaba hasta las rodillas, me dió toda clase de explicaciones por la tardanza.

—Tiene todavía que recibir dos visitas y me ha dicho que le invite a tomar cualquier cosa.

—Gracias, no acostumbro a tomar nada. Pero... ya que estoy en una herboristería, ¿le vendría mal servirme una infusión de verbena y menta?

—Encantado; sí señor.

Y luego alzando la voz:

—Melita, prepara una infusión de verbena y menta y ponle una chispita de anís verde.

Una muchacha de servir entró en la tienda y pidió una composición vegetal para el estreñimiento. El que parecía ser dueño le preguntó si sufría del hígado o del estómago, o de ambos a la vez. La chica le contestó que no sabía nada de esto, y a lo único que venía era a lo otro, y entonces el hombre de la bata azul dijo en alta voz:

—Le voy a dar a usted una fórmula magistral que le hará efecto tenga lo que tenga... Empezó a escoger con parsimonia de los montones de hierbas y...

—Isidoro, di a ese señor que tenga la bondad de subir.

La voz de don Policarpo me impidió enterarme de las maniobras del hombre de la fórmula mágica.

—Don Policarpo —le dije sin preámbulos—, vengo decidido a ser de los suyos. Lo he pensado mucho y creo que tiene usted toda la razón. Debe fundar la orden de los Hermanos de la Muerte. Aun estamos a tiempo.

¡Amigos, qué desgraciados se sienten a veces los jóvenes! Don Policarpo me compadecía por mis pocos años, por mi falta de experiencia, porque todavía la vida no me había curtido con sus azotes, porque yo lo esperaba todo de ella.

—Demasiado tarde para mí. Demasiado pronto para usted.

—Pero si yo no hago ahora lo que me

propingo, no podré hacerlo ya nunca.

—Venga acá y hablemos con calma.

Me hizo sentarme frente a él. La habitación estaba en penumbra y sentí unos deseos horribles de abrirle mi corazón. Le hablé de mi amor por Adriana. Porque, a pesar de todo cuanto de ella pudieran decirme, yo estaba cada día más enamorado. Pero ella, ella...

—Tengo más miedo a mi amor que a la propia muerte—le dije. Y caí en una crisis de desesperación horrible.

Don Policarpo luchaba con la responsabilidad de su ascendencia sobre mí. Tenía miedo de tomar una decisión o de obligarme a mí a tomarla.

—Sálveme usted, se lo ruego. Voy a volverme loco si esto dura mucho.

—Salvarle, ¿de qué debo salvarle? ¿Qué peligros teme, José Ramón? Veamos, si yo le dijera de Adriana cosas tremendas, ¿qué ocurriría?

—Seguiría queriéndola lo mismo.

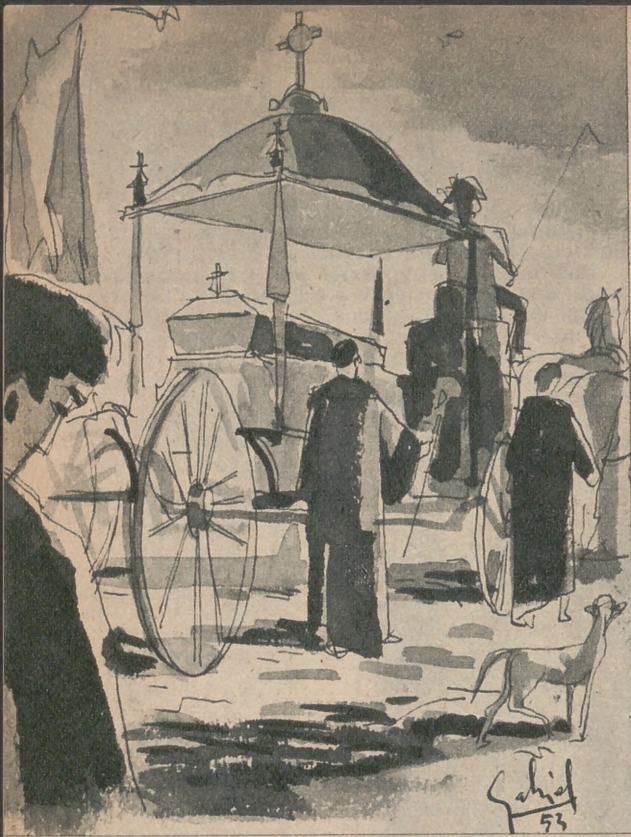
Se rió como podía haberlo hecho un padre. Se puso en pie. Se tocó la barbilla. Se pasó los dedos por el bigote chino. Movié la cabeza y me miró intensamente.

—¿Así, pues, no tiene miedo a saber la verdad, según parece?

Le conté entonces lo que la tarde anterior oya hablar a unas muchachas, sin referirse en concreto a Adriana. Pero yo lo había asociado inmediatamente con ella. Y desde aquel momento mi amor se desbordaba de forma incontenible. «Sus padres están decididos a casarla con cualquiera. Porque dice la gente que cuando se muere una novia, se dedica a enamorar al novio.»

—¿Seré, acaso, yo, don Policarpo, el hombre con el que ahora quieren casarla? ¿Es esta la tremol-





na que por culpa mía se ha organizado en casa del administrador? Me lo ha dicho el Tato—contesté antes de que me lo preguntara.

Don Policarpo se llevó el dedo a los labios para no dejarme continuar. Mas yo estaba decidido a llegar hasta el fin.

—No me interrumpa usted, porque ya lo sé todo. Hace unas horas yo he visto al pelirrojo. Iba a reunirse con ella. Y le cita por las noches para que yo no me entere.

—Bien, bien, bien. Ya está todo. No hable más. Se lo suplico.

Mis queridos amigos, no puedo explicar la contradicción que luchaba en mí. ¿Os imagináis que siguera amando a un ser tan repulsivo? Pues así era. Amaba a Adriana con todas las fuerzas de mi corazón. Yo la salvaría de cuantos peligros la rodeaban. Sería yo quien la sacara de su casa, de sus muertos. Yo, quien le devolviera la fe y la alegría de vivir, para mí, para mí sólo. Se lo dije así a don Policarpo y, una vez más, éste me condujo por el camino de lo ignorado.

—¿Tiene confianza en mí —me preguntó.

—Le creo el hombre más recto del mundo.

—Pues bien, voy a confesarme con usted. Yo también estoy manchado. ¿Qué pretende ahora? ¿Ser de los nuestros? ¿Formar parte de una banda innoble, deshonrosa, malvada? No, joven. No lo consentiré. Déjeme, al menos, obrar una vez conforme yo lo siento. Huya, váyase lejos de esta ciudad y no quiera recordar los días que aquí he vivido. Si puede, perdóneme. Perdóne también a Adriana, tan pura y tan desgraciada, a quien la vida ha obligado a representar, día tras día, la más difícil de las comedias.

—No, don Policarpo. No me voy. Sólo deseo que ella me escuche. Y lo conseguiré; aunque me cueste la vida.

—¿Qué va a hacer?

—Nada. Ir a verla esta misma noche. Sorprender su «comedia» de amor con el pelirrojo o con

el galán de turno. Desenmascararla delante de él y de mí, luego... ya veremos.

—Eso es muy expuesto. Debe meditarlo.

—Sin embargo, me voy. Es peor esta duda y ceceo verme libre de ella cuanto antes.

Salí como un borracho. Me ardía la frente y la cara. Iba enloquecido. En tal disposición no podía tener serenidad para resolver nada. Pero yo volaba como impulsado por el viento.

—¿Dónde estás, José Ramón? ¿Por qué no vienes a verme, José Ramón? José Ramón, José Ramón... —me parecía escuchar—. Ven, ven pronto.

Fuí derecho a la plazoleta de los nichos. Los tiestos y los búcaros de flores se hallaban en perfecto orden. Estaban colocados en su mayoría sobre el brocal del pozo, recién regados, recién escurridos del agua de la regadera.

¡Pobre Adriana, tan pura, como decía don Policarpo; tan ansiosa de un verdadero cariño, añadia yo! Quise contemplar por última vez la querida plazoleta y evocar la graciosa figura de mi amada regando las flores, las coronas, las guirnaldas. Corriendo a mi encuentro mientras secaba sus manos con la punta del delantal. Allí mismo vi al pelirrojo la tarde en que enterraban a su novia. Se limpiaba la nariz para disimular sus lágrimas. ¿Qué frases emplearía Adriana para mirar su comedia? Le diría también que era el único hombre a quien había amado de una forma especial y que le amaría, como a mí, más allá de la muerte? ¿Y qué era la muerte para ella? Amigos míos, a pesar del aire fresco de la noche, me veía obligado a limpiarme el sudor de la cara de vez en cuando.

—¡José Ramón!—llamó la voz de don Policarpo. —¡José Ramón!—insistió más cerca—. ¿Está usted ahí?

Llegó hasta mí y me abrazó con fuerza.

—Ya acabó todo, hijo. Ya no tienes que preocuparte por nada. Anda, ven conmigo.

Me llevó hasta la capilla. En una caja blanca, entre tules y flores yacía Adriana con su traje de novia. No sé qué ocurrió. No le he preguntado a nadie ni nadie ha venido a decírmelo. Adriana estaba hermosa, pálida e infantil, como una niña en su Primera Comunión. Tenía los ojos medio abiertos y el gesto tranquilo. No le habían cruzado las manos sobre el pecho. Se perdían como dos flores entre las flores blancas, a lo largo de su delgado cuerpo. Unas muchachas vestidas de luto se arrodillaban en torno al féretro. Todo el mundo estaba consternado. Fuí yo quien me llevé fuera a don Policarpo, porque una sospecha acababa de entrar en mi cerebro.

—Por favor, ¿puede decirme con seguridad si ese vestido blanco, ese velo y esas flores de azahar eran de ella?

—No piense ya en esto. Mire, ahora sale el sacerdote. Me han dicho que llegó a tiempo.

—Pero dígame, don Policarpo, ¿ese vestido era suyo?

—¡Qué más da!

—Por favor, por favor, no le preguntaré ya nada más. Ese velo de tul, esas flores blancas, ¿quieren significar que Adriana se ha casado antes de...?

—No, no, mil veces no. ¿Es que aún no sabe que acaba de representar su última escena nocturna?

Y aquí me tenéis, mis queridos amigos. No sé si me he transformado; pero, desde luego, no soy el de antes. Ved esta carta que acababa de escribir cuando llegasteis. Hoy la envío a mis padres para anunciarles mi decisión solemne de marcharme de aquí. No quiero contribuir con mi presencia a que pueda quedar manchado el recuerdo de Adriana. Mi deber es alejarme, para que quien no la quiso la olvide más rápidamente. Yo me llevaré conmigo su misterio y otros misterios que en torno suyo he visto.

(Ilustraciones de GABRIEL.)

Enrique de Bonaval, Pedro Caba, Demetrio Castro Villacañas, José Córdoba, Trujillano, Ramón de Garcíasol, Pío Gómez Nisa, Alvaro Jiménez Casado, José María López Abellán, Rafael Mir Jordano, Arcadio Pardo, Ricard Permanyer y José Luis Prado Nogueira, colaboran en el número 20 de

POESIA ESPAÑOLA

que acaba de ponerse a la venta.

DIEZ PÉSETAS

NORUEGA

DE BLANCAS OLIMPIADAS

OSLO, LA CIUDAD DE LA PESCA Y EL ESQUI

JORNADAS DE TRABAJO SIN INTERRUPCION

CON el «Coyote» fué con quien primero me encontré en Noruega. El tren acababa de pasar la frontera y se había detenido en un pueblo de difícil ortografía para un español: Korasjö. La revisión de pasaportes se resolvió rápidamente durante la marcha. Después de los funcionarios aduaneros vinieron los revisores de billetes con sus imponentes uniformes azules que semejan más a marinos de guerra que a ferroviarios. Y cuando ya todo estaba listo, el tren hizo su parada, que era la más larga de todo el trayecto: quince minutos. aprovechando esta oportunidad, nada abundante en un viaje por Escandinavia, ya que las detenciones suelen ser de dos a tres minutos, me dispuse a pisar aunque sólo fuera unos breves momentos por vez primera la tierra noruega. Apenas se había realizado este deseo, cuando oí que uno de mis amigos me gritaba:

—Mira, ahí está el «Coyote».

La exclamación me sonó extrañamente, y hasta llegué a dudar del juicio de mi amigo. No me pude dar cuenta exactamente de lo que quería decirme hasta que vi efectivamente al «Coyote» en la portada de un libro y tras el cristal de un quiosco de periódicos. Efectivamente, allí estaba en su versión noruega—no tuve tiempo para confrontar si era sueca o danesa—esta obra, que ha popularizado a un español hasta tal punto, que su fama ha oscurecido la de tanto sheriff o

bandolero norteamericano del Oeste. Aquel encuentro, aunque modestamente, me compensó de la profunda desilusión que me había producido hasta entonces el ver siempre vacío o casi vacío el hueco que le corresponde a la producción literaria española en las librerías escandinavas.

EL BOSQUE, ORO VERDE NACIONAL

Ya bastante antes de entrar en Noruega el tren, uno de esos espléndidos trenes escandinavos—de que ya les hablé en mi crónica anterior—, se había adentrado por un paisaje totalmente distinto del que hasta ahora había seguido a lo largo de la costa sueca. El marco era ya típicamente nórdico, y el bosque y los lagos habían hecho su aparición, constituyendo el primero de los dos el inseparable compañero de todo el trayecto. La inmensa riqueza forestal nórdica y particularmente de Noruega, compensa en cierto modo la mayor pobreza agrícola de esta última. Bosques de abetos y otras coníferas surgen por todas partes, y el tren va constantemente abriéndose camino por tierras dedicadas a la explotación de este auténtico oro verde. 75.000 kilómetros cuadrados de terreno, es decir, una cuarta parte de todo el territorio nacional, son dedicados a bosques. Un 70 por 100 de los mismos son aprovechados sistemáticamente para diversos fines y de ellos saca Noruega sus principales exportaciones, no sólo por la utiliza-



Pareja típica del norte de Noruega

ción de la madera como tal, sino también por las industrias derivadas, tales como las de papel y celulosa. La producción de estas constituyen actualmente la cuarta parte del total de lo que Noruega ofrece al exterior.

LA CIUDAD DONDE EL REY Y SU PUEBLO SON CASI VECINOS

El Oslo del turista se concentra en una calle principal que sale de la misma estación, la Karl-Johangata. En ella están situados los edificios más representativos de la capital: el Storting (Parlamento), la Universidad, el Teatro Nacional, y, finalmente, cerrando la calle, una colina, tapiada de jardín, sobre la que se alza el Palacio Real. Una casa grande y fea, que parece ser un edificio más de la ciudad y al que sólo da un cierto realce y empaque, el centinela de alto gorro de plumas que permanentemente se pasea de un extremo a otro del palacio, como si quisiera marcar con su imponente guardia un invisible cerco entre la realeza y el resto de la ciudad.

Cuando uno ve este palacio sin solemnidades aparentes y sin separación material alguna del resto de los edificios urbanos, se comprende a esta Monarquía burguesa y a su Rey Haakon el anciano monarca octogenario, que a pesar de su imponente altura y de la nobleza de su sangre, aparece en infinidad de casos completamente confundido con su pueblo.

La primera impresión de Oslo, incluso su propia estación fomenta esta calificación que le vamos a dar, es la de una ciudad provinciana. Se puede decir hasta que decepciona y casi llega uno a encontrarla vulgar. Pero poco a poco todos estos prejuicios van desapareciendo, desmenuándose en este cambio un papel no pequeño la hospitalidad y la simpatía de sus habitantes.

JORNADA DE TRABAJO SIN INTERRUPCION

La capital noruega es una ciudad enormemente alegre y por las noches parece que todos los días son de fiesta. Esta actitud nocturna contrasta no poco con el aspecto diurno de sus calles, y no se encuentra explicación de tan inesperada transformación hasta que se conocen algunas particularidades de la jornada diaria de sus habitantes. Los noruegos son un pueblo enormemente trabajador, que además tiene que laborar duramente para lograr su alto nivel de vida, casi igual al de Dinamarca y Suecia, más afortunadas por la naturaleza. Su faena diaria comienza de ocho a nueve de la mañana para no interrumpirse hasta las cuatro o cinco de la tarde. Un desayuno fuerte a la inglesa les permite soportar todas estas largas horas que sólo sufren un breve interregno para tomar algún bocadillo u otra especie de comida fría, a la que son tan aficionados y que abundan extraordinariamente en los bares.

A las cinco el noruego da por terminado su trabajo y tras de realizar una cena no muy abundante, siempre inferior al desayuno inicia su desquite y se dedica a divertirse sin parar, hasta muy entrada la noche, que aquí

es a eso de las diez o las once. A estas horas no es nada extraño observar por las calles de Oslo a una considerable proporción de personas más bebidas de la cuenta, pues en Noruega se bebe mucho a pesar de que al igual que en Suecia existen numerosas prohibiciones y ligas antialcohólicas, e incluso durante días determinados de la semana está terminantemente prohibido despachar alcohol de ningún género. Naturalmente estas cortapisas sólo sirven para aumentar la estimación de la bebida y dar mayor incentivo a los que se deciden a saltarse las dificultades a la torera.

MISIONEROS Y AMABLES POLICIAS PROTEGEN EL ORDEN

Para contrarrestar este aparente desenfreno, los noruegos tienen un medio permanente del que luego hablaré y otro especial para estos días en que yo me encuentro en la capital. Este último es el «ejército de la salvación», que precisamente en esta época se dedica a misionar nocturnamente por la ciudad. Grupos de hombres y mujeres de la conocida secta protestante, ellos con sus típicos uniformes y ellas con ese traje que tiene algo de sufragista y de monja, recorren las calles y tras de pronunciar breves sermones, entonan luego salmos bíblicos, acompañados con diversos instrumentos musicales. Cuando se ha formado un corro los misioneros invitan a aquellos que les parece conveniente de los que les rodean a que hagan el solo de los salmos, no teniendo nada de extraño que le toque a alguno que otro, cuya voz insegura le haga producir más gaitos de los que era de esperar, aun en el caso de que se le suponga tener muy mal oído. De todos modos la Misión no se detiene por esto continúa y supongo que sus resultados serán en el fondo beneficiosos.

Pero aparte de este medio ocasional de la misión, los noruegos tienen otro gracias a su admirable Policía, que merece una fama mucho mayor que la que tienen. Cuando uno llega a Inglaterra, está ya preparado para encontrarse con los famosos «policemen», y por ello no se sorprende nada cuando al poner pie por



Impresionante vista del gigantesco trampolín de Holmenkollen

primera vez en la isla se encuentra con uno de esos impenetrables e inmutables agentes de la autoridad británica tocado de su imponente casco negro. No ocurre lo mismo en Noruega, a la que se la conoce por sus fiords, sus bosques y otras muchas cosas más, pero nunca por sus policías que según mi modesta opinión son tan importantes y representativos del país como cualquiera de las otras cosas anteriormente citadas. De dos en dos, estos guardias, altos e impenetrables, de negros uniformes y gorra de visera pasean constantemente por las calles de la ciudad sin fijarse en nada particularmente y pendientes de todo al mismo tiempo. Son ellos, los que con aire distraído se paran respetuosamente a una prudente distancia de los corros de alegres bebedores, llegando hasta soportar sus improperios, en tanto no se excedan de una manera escandalosa, pues si se pasan de la línea tienen procedimientos rápidos para hacerles entrar en razón. Si no se altera el orden, la pareja continúa su paseo por la ciudad, dispuesta siem-



Un aspecto del importante puerto de Oslo. Al fondo, las nuevas construcciones que actualmente se levantan en el gran fiord

dominado por una gran columna de 17 metros de altura que surge sobre una pequeña elevación del terreno, a la que se sube por una escalinata repleta también de esculturas. La columna, que Vigeland dejó sin terminar, esta constituida por 121 figuras humanas, que forman un inmenso amasijo, en el cual los fuertes aplastan a los débiles en una lucha despiadada por llegar a la luz. La indiscutible belleza de todo este conjunto, no deja, sin embargo, de producir un inevitable malestar psíquico, ocasionado principalmente por el tremendo pesimismo que parece exhalar de todo el conjunto.

ALEGRIA Y LIGEREZA DE ROPA BAJO EL SOL

Sin embargo, frente a este mundo de piedra sombrío y casi alucinado el arco que lo encuadra forma un extraño contraste. El sol, cada vez más escaso en estos días, da una luminosidad casi mediterránea al cielo y resalta el colorido del parque de una manera totalmente opuesta a la que caracteriza a las estatuas. La animación ante la alegría de este sol, regalo único del de estas tierras, se ve no sólo en los muchos cafés y bares repletos de gente, sino también en los enjambres de niños que chapucean en las fuentes y en los estanques y en las muchachas noruegas que agobiadas por el calor un poco estemporáneo, no vacilan en despojarse de sus vestidos y con el mínimo de ropa interior se pasan horas y horas dejándose tostar sobre el césped verde de los prados, aprovechando las últimas buenas temperaturas; todo esto realizado en medio de la máxima indiferencia de los paseantes varones y con una naturalidad por parte de ellas que resulta inconcebible para los que vivimos unos cuantos paralelos más abajo.

LA PESCA, DEPORTE E INDUSTRIA NACIONAL

Dejando aparte la tristeza y la alegría de los noruegos, la realidad es que constituyen un pueblo esforzado, que lucha voluntariosamente por lograr mantener su existencia a una altura digna y elevada. Dos elementos naturales, el bosque y el mar, han templado ese carácter y es natural que sean como son, pues jamás se puede desenvolver un espíritu timorato y asustadizo en el temple de un leñador o un pescador, que esencialmente es lo que son todos los noruegos. Ya hablé anteriormente de lo que el bosque representa en la vida noruega, pero el mar no ocupa un lugar menos importante, ese mar tan maravillosamente representado en los espléndidos fiords que facilita el segundo factor de la riqueza nacional, es decir, la pesca, más abundante en las costas noruegas que en ningún otro país europeo, y gracias a la cual obtiene muchos millones de coronas, tanto más, cuanto que además de abastecer con los productos del mar el consumo nacional, gran remanente de la misma se destina a la exportación.

UN MODO DEPORTIVO DE ENTENDER LA VIDA

El bosque y el mar han fomentado no poco el espíritu deporti-

vo del pueblo noruego tan visible en todas sus manifestaciones, y del que las calles de Oslo dan gran abundancia de pruebas materiales con ese enorme número de tiendas de artículos de deportes dedicados como es natural, principalmente a los requisitos necesarios para la montaña y la pesca.

El espíritu deportivo está incrustado en casi todas las actividades del noruego. Creo que el caso del Kon-Tiki es único en el mundo si se tiene en cuenta que quien lo dirigió y lo llevó a cabo, Thor Heyerdahl, un investigador científico, realizó la fenomenal proeza de atravesar 8.000 kilómetros del Pacífico en una balsa, con el fin primordial de demostrar la verdad de sus teorías. Por otra parte la hazaña del Kon-Tiki, es un símbolo más de ese amor del pueblo noruego por el mar, y por eso nada tiene de extraño que la balsa original se conserve hoy en el Museo de la Marina, junto con los viejos navios vikingos y el «Fram», el barco polar que utilizó el gran explorador ártico Fridtjof Nansen, muestras todas ellas de esta predilección de los noruegos por el mar que les hizo en los lejanos tiempos del siglo IX ser los primeros en atravesar el Atlántico. Pero la Kon-Tiki no es sólo un recuerdo histórico, y a pesar de que el hecho ocurrió en 1947, continúa todavía estando en el primer plano de la actualidad noruega. Todas las tiendas tienen pequeñas maquetas de la balsa y existe una especie de mecano que consiste en construir la Kon-Tiki en sus más mínimos detalles, siendo este el juguete más deseado por los niños.

LIRISMO Y EXTREMISMO POLITICO

La resistencia noruega contra



Un mundo de piedra. En el parque Frogner se encuentran más de 150 grupos escultóricos creados por Vigeland

las fuerzas alemanas de ocupación, si bien es cierto que no fué muy violenta, ni muy numerosa, está, sin embargo, llena también de proezas individuales, que reflejan en grado sumo este amor del noruego por la aventura y el riesgo. Esta misma resistencia originó, junto con estas acciones, donde lo deportivo y lo temerario se fundían totalmente, un espléndido movimiento poético de exaltación nacional y también de extremismo político. Símbolos de estos escritores fueron Nordhal Grieg, muerto cuando bombardeaba con su avión Berlín y Arnulf Overland, que pasó tres años internado en un campo de concentración germánico. La lucha exacerbada contra Alemania produjo en Noruega al término de la guerra un extraño fenómeno que pareció romper las características de ecuanimidad y sensatez que parecen ser consustanciales con los pueblos escandinavos. La cosa ocurrió en 1945, durante las elecciones celebradas por primera vez después de la guerra, y en las que ante la sorpresa general el partido comunista obtuvo una fuerte minoría en el Parlamento. La exaltación y también el lirismo del anteriormente citado movimiento poético había inclinado a muchas gentes sinceras hacia el partido comunista noruego. Posteriormente la guerra fría y el imperialismo soviético trajeron el desengaño a los que incautamente habían creído en el idealismo del marxismo y en las elecciones posteriores de 1949, la derrota fué aplastante y total para los comunistas.

NORUEGA, CUNA Y PALESTRA DEL ESQUI

Si el amor al mar ha desarrollado la pesca, tanto en su aspecto comercial como deportivo, el bosque ha fomentado la afición a la montaña en sus múltiples aspectos. Para aquellos, y este es mi caso, en que el montañismo es algo más que un deporte, pues llena también muchas de nuestras necesidades espirituales, Oslo, con su museo de esquí es casi un santuario de nuestra «hobby».

Como se sabe Noruega es justamente la cuna de los deportes de invierno, cuya nomenclatura universal está casi compuesta exclusivamente por palabras noruegas, desde el propio vocablo esquí, hasta todos aquellos con que se designan diversos aspectos de la técnica del patinaje sobre nieve. El slalon, no es más que una palabra vieja noruega un poco transfigurada e igual ocurre cuando se habla del Telemark, cuyo significado auténtico es el de una región del sur de Noruega, donde precisamente surgió lo que

podríamos llamar técnica esquiatoria. En un lugar de este valle de Telemark (1) en Morgedal, nació en 1825, Sondre Norheim, que puede considerarse como el padre del esquí moderno. No obstante, su nombre es poco conocido en todo el mundo e incluso en su país hasta muy recientemente estaba casi olvidado. Sondre murió en los Estados Unidos donde tuvo que emigrar por falta de recursos económicos, y a pesar de que en 1868 despertó gran admiración entre sus contemporáneos por la gran habilidad demostrada en las carreras de Cristianía, cuando murió a los noventa y cinco años en Norteamérica nadie se acordaba ya de él. Este olvido ha sido compensado últimamente y se ha reivindicado su papel revolucionario en el esquí, elevándosele un monumento en Morgedal y convirtiéndose su pequeña granja en centro dedicado a los deportes de invierno, siendo esta el lugar elegido durante los Juegos Invernales de febrero de 1952 para encenderse la antorcha olímpica.

El esquí es el deporte nacional noruego y me atrevo a asegurar que una considerable parte de la popularidad del actual soberano y en general de toda la familia real se debe a la práctica esquiatoria de los mismos. Todo el país está lleno de fotografías en las que unas veces separados y otras juntos se pueden ver con el atuendo de esquiador al rey Haakon, al príncipe heredero Olav y a las princesas Ragnhilda, Astrid y al príncipe Harald.

UN TRAMPOLIN DE 72 METROS Y UN ESQUI DE HACE DOS MIL QUINIENTOS AÑOS

Al igual que la pesca, el esquí no es sólo un deporte, sino también una necesidad que obliga a utilizar este medio de transporte a muchos habitantes de Noruega y particularmente a los campesinos que viven aislados en valles montañosos. Por eso nada tiene de extraño que Oslo haya dedicado un museo a la historia del esquí. El lugar no ha podido ser más acertado, pues se encuentra situado precisamente en el gigantesco trampolín de Halmekollen popularizado por todos los noticieros cinematográficos durante el invierno de los Juegos Olímpicos.

Un tren, subterráneo en la primera parte de su trayecto, que sale del propio centro de la ciudad, os conduce a Holmenkollen, lugar a 450 metros de altitud, desde el que se alza el citado trampolín de 72 metros. El tren pro-

(1) Telemark es una técnica especial del giro con los pies juntos.

sigue todavía su camino durante una hora y las siguientes estaciones son todas ellas importantes centros de los deportes de invierno. Holmenkollen vive ahora un ambiente de extrema tranquilidad y su silencio y quietud sólo se rompe de muy tarde en tarde por algún audaz bañista que, tras de solazarse con el sol otoñal, se decide a romper las frías aguas del lago, que durante el invierno no es más que helada y recia superficie que acoge a los esquiadores, y que espeleuzantemente se arrojan desde lo alto del trampolín.

En Holmenkollen, como hemos dicho ya, está instalado un museo donde se puede ver la evolución del esquí a través de un periodo histórico, y cuya primera pieza se remonta a dos mil quinientos años de antigüedad. En este Museo se reúne, junto con este enorme muestrario de patinaje, el equipo que empleó el malogrado explorador Admussen en su expedición al Ártico. En realidad es una especie de santuario de la nieve, y en sus vitrinas y armarios está concentrado todo lo que el hombre ha inventado y descubierto para hacer frente a las inclemencias de la estación fría, cuya dureza en estas latitudes es inusitada.

Desde sus 72 metros de altura, el trampolín os proporciona, una vez que habéis utilizado el ascensor que os lleva hasta arriba, el placer de contemplar una espléndida perspectiva, cerrada por un lado con las montañas, que sirven de escenario para la práctica de los deportes de invierno, y abierta sin límite visible por ese inmenso fiord, que se empieza a entrever a través de los árboles cuando se llega por tren, y que le acompaña a uno durante varias horas, al abandonar por vía marítima la capital noruega. En este fiord está concentrada toda la vida de Oslo. La pujante vida comercial se refleja en sus aguas por esa enorme marina mercante noruega, restablecida hoy de todas sus pérdidas bélicas y con un tonelaje superior al que tenía antes de iniciarse la contienda, y en sus playas e islas, donde los noruegos aprovechan en estos días ese sol, al que ya he hecho varias veces referencia.

El fiord de Oslo constituirá el principal recuerdo de la capital de Noruega. El es el que os da el abrazo de despedida cuando el barco va dejando atrás, difuminadas, primero, las altas torres del Ayuntamiento de la ciudad, el segundo del mundo y recientemente construido, y posteriormente todo el caserío de la ciudad. Cuando ya ha desaparecido toda perspectiva urbana de Oslo, el fiord sigue acompañando durante varias horas, hasta que al fin os permite salir al mar abierto, no sin que esto os lo haya dificultado varias veces, aunque sólo sea de una manera espiritual, pues mucho trabajo cuesta el dejar aquel marco permanente de bosques que escalan las paredes rocosas de las montañas desde el mismo mar.

José Manuel GARCIA ROCA
(Enviado especial)

ASEGURESE USTED

EL ESPAÑOL

TODAS LAS SEMANAS
SOLICITANDO UNA SUSCRIPCION



EL BIBLIOBUS

ES UN ARSENAL
EDUCADOR
COMPLETO
Y MOTORIZADO

**LIBROS QUE
RUEDAN**



Interior del bibliobús. El surtido de libros es copioso

Tú, el que vas a leer ahora mismo un artículo sobre ese extraño ser —el bibliobús— pensarás por ahora, y hasta que no se te rectifique, que quien lo ha *scottado* es un cazador de morsas que se ha deslizado silenciosamente, con sus arpones, por entre los hielos eternos para cazarlo; y que ahora yo te voy a imponer la lectura de un trabajo en el que te cuento cómo tiene ese animal el cartilago tiroides, y que no lo tiene en su sitio, sino donde tú y yo tenemos el cinturón. Pero no hay nada de eso.

Tú —como yo, por eso lo sé tan bien; me han visto ya y por eso no lo oculto— vas todos los sábados a un puesto y cambias tus novelas; pagas por ello un dineral: una media de un 8 por 100 de su precio, aparte de que la primera vez has pagado su importe completo; la parte correspondiente de ese dineral sería verdaderamente prohibitiva si, en lugar de cambiar Coyotes, que es a lo que nos estamos dando cada vez más, cambias una buena novela.

Y, confíesalo, como yo confieso lo del puesto: quizá te encuentras en ese grupo de personas que se extiende como una mancha de grasa por todas las clases y los grupos de la socie-

dad, y que es, a veces, sapientísima y —esto sobre todo— *finisima*; pero que se pasa el día cometiendo atropellos contra las reglas profundas de la corrección —contra las profundas te digo— y agresiones contra la verdadera educación: el respeto al prójimo, en su forma honda, en la más próxima a la caridad. Esa educación no la dan los tratados de ciencia ni tampoco los de urbanidad pueden darla. Preguntas indiscretas y confidencias impertinentes y no solicitadas; murmuración; uso del patrimonio común —la fuente limpia, el jardín público, el mismo sendero impecable y maravilloso de la montaña— como si cualquier tal fuese su único poseedor y además, le fuera necesario en extremo a ese tal el ensuciarlo o el destruirlo una vez usado. En resumen: romper cada día un enjambre de leyes que tienen, en común, en su infinita y compleja muchedumbre, esta calificación trascendental: la convivencia. Contra ese séquito inacabable de pequeños entuertos quiere luchar nuestro humilde dragón, el bibliobús.

Nadie tiene la culpa de ello; ni el maestro, ni la madre, ni el confesor, porque esas faltas no son de las que se confiesan ni son siquiera una costumbre deli-

berada ni perceptible. Es sólo una legión de omisiones sociales que, entre todas las de cada uno y entre todos los individuos, constituyen una tremenda y decisiva insuficiencia de educación en la persona colectiva. Y ninguno de aquellos puede subsanarlas.

EL SEGUNDO PAN DE CADA DIA; LA «PROPAGANDA AGRESIVA» POR LA EDUCACION

Irrumpe el bibliobús en una plaza de aldea o de barrio. Le rodean los chiquillos, gritando: «¿Qué es eso?» —¡Oh, sino del bibliobús, sino de la extrañeza!—. ¡Qué sorpresa cuando se enteren de que *eso* les va a llevar cuentos para toda la semana! Ese día quizá los mayores no lo han tomado «en serio». Pero cuando saben de lo que se trata pican al siguiente viaje y entran dentro de ese coche que lleva pintado con grandes letras el cartel: Biblioteca Pública. ¡No llevará más que «cosas ligeras»! «Manual del ebanista», «El tornero mecánico», «Prensa y forja», «Ganado lanar», «Ganado vacuno»; un manual sobre la manera de poner nuevos los muebles viejos—«¡Hombre, se lo voy a llevar a mi mujer!»—. Y después llega lo mejor: Stevenson, Twain, Ki-

pling, Verne. Y todavía hay alguno que se lleva «Miser cordia» o «David Copperfield», y al turno siguiente va viene tocado con los ojos abiertos de asombro y reconocimiento, porque ha encontrado algo sobre esas cuatro ruedas, algo cuya existencia no conocía entre el cielo y la tierra; y resulta que ese algo —el libro— es su amigo incondicional, el que responde siempre —sólo con alargar el brazo hacia él— a la llamada del hastío o de la angustia, y significa así la emancipación y la soberana libertad de su alma. Si ese cambio de rostro y de talante que a veces casi parece un halo no existiesen, entonces, ¿cuál sería el aliciente de los bibliotecarios, esos universitarios cuyo acto normal es quitarse el nimbo y dejárselo colgado en el perchero antes de salir a la calle? Como son, en realidad, apóstoles —y en ciertas ocasiones, ¡hasta qué punto...!— los bibliotecarios de extensión, así reciben también su premio: llevan luz y calor humanos a los demás, y así reciben también el respeto y el calor humano de los ciegos nacidos a la luz por el don de su milagro; ni falta, en las zonas donde el servicio se ejerce, quien guarda un trozo de pastel, un poco de café caliente o simplemente una manzana para el tripulante de su biblioteca.

Hay algo, por tanto, en la formación de la persona colectiva, que ha marchado mal, o que ha marchado con insuficiencia; algo que ha sido mal manejado. Y ese algo no ha sido más que el ocio de cada uno de sus hombres. Es la manera como emplean su descanso lo que hace a las personas sociales o antisociales; si lees matemáticas, entonces no descansas; trabajas. No es que esté mal. Pero en ese momento no te estás educando; estás aprendiendo matemáticas, sencillamente. Lee ejemplos vivos de austeridad, de sensibilidad, de re-

nunciamento o de heroísmo, y entonces te estarás formando y lo notarás en que, después de haberlos leído, tu persona no es ya la misma.

Por tanto, ya sabes que este lagarto de que te hablamos —el bibliobús— a lo que viene es a divertirte.

LA CAZA DEL BIBLIÓBUS

Ya te he dicho más arriba, lector de EL ESPAÑOL, que en estos asuntos de animales raros, el rollo está en la descripción. Los menudillos del bibliobús se describen aparte. Allí te hablaré también de subproductos y de cómo se extrae su aceite. Por ahora te digo que el bibliobús fué cazado por procedimientos primitivos, al arma blanca, por los bibliotecarios españoles y su Dirección General, y para vérselas, también al arma blanca, empezando incluso por los niños de edad preescolar, con los enemigos interiores de la convivencia, con esas faltas masivas contra la educación en el sentido profundo que la palabra tiene. No para dar ciencia a nadie; para dar humanidad por todos sitios.

Es, pues, una gran tarea nacional y no sólo un tema de actualidad lo que aparece ahora en las páginas de EL ESPAÑOL.

Pero hay algo que, como operación previa, es también necesario. Todos los estómagos crónicamente vacíos acusan este síntoma: inapetencia, en sectores amplios, pavorosamente amplios, de la sociedad, el leer es algo de lujo, en zonas rurales, sobre todo: algo de hombres para muchas mujeres, y algo de señoritos para muchos hombres. Para lograr que esas personas lean habrá que obligarles y no ciertamente —que se convenzan los bibliotecarios de Juanita la Lista, que todavía los hay— con la fórmula: «¡Dormirás en la cárcel! No dormiré...»

Romper, a toda costa, el absentismo del pueblo ante la lectura

y conseguir que el libro sea para cada hombre un artículo de primera necesidad; si esto se consigue, los libros, ellos solos, harán casi toda la obra y estará ganada la gran batalla. La lucha por despertar el sentimiento de la cooperación y de la convivencia. Pero hasta que esto no sea, hasta que cada hombre no busque su libro —todo hombre tiene su libro, igual que tiene su demonio y su ángel—, habrá que ir a llevárselos. Las tardes invernales de las aldeas y los cortijos, las horas dedicadas a la deformación de espíritus y de cabezas, o las tardes inanes o encalladas de suburbio; por eso va el bibliobús, a darse de bofetadas con la taberna y el organillo. No va a enseñar aritmética —aunque también la lleva para quien se la pide—; va a luchar contra los ocios malversados. Tú, lector de EL ESPAÑOL, tienes que ver en esa redención una obra social, casi diríamos que una obra política, en cuyas filas puedes, si quieres, encuadrarte; porque no va a ser cosa de un organismo, sino cosa de la sociedad española. Cuando te imagines un cuadro de esos que ahora se llaman «gamberrismo», selvático si es rural, o chulesco si es urbano, imagínate también esto: un coche que se mete en esa manigua a todo sonar de bocina, cargado no sólo de buena lectura prácticamente gratuita sino también de música buena y adecuada para los oyentes, de un proyector de documentales, de bibliotecarios que cuentan cuentos a los niños y dan consejos a todo vacilante sobre toda vacilación o despiste.

Así, pues, el bibliobús —y ahora en seguida vamos a empezar con lo pesado— tiene, en los servicios que proyecta la Dirección General de Archivos y Bibliotecas, esta síntesis: propaganda agresiva de la lectura popular. Un hombre del pueblo que ha querido leer ha podido hacer!



A la izquierda: Ahí tenemos ese grupo de interesantes damitas y caballeros dirimiendo sus puntos de vista intelectuales al lado del coche de la cultura. ¿Quién se llevará el gato al agua? Derecha: 1907. Acababa de aparecer el primer «pionero» de la cultura popular. Sobre un carro tirado por caballos se iniciaba una heroica etapa que, poco a poco, iría progresando en favor de las clases populares

siempre, después de vencer las dificultades mayores o menores que ha encontrado, según pudiera estar servida la zona. El bibliobús va a algo más: a lograr que lea el hombre a quien no se le ha ocurrido.

ARMADO DE TODAS ARMAS

Un bibliobús es una biblioteca sobre ruedas, sólo de préstamos y que tiene éstas aplicaciones técnicas: primera —la importante para nosotros—, romper los estados de absentismo hacia los libros; segunda, *economizar* recursos del servicio, graduando su detención, sus gastos y su inversión general, pasando de largo por donde no es útil, intensificándose allí donde lo es y, sobre todo, fijando los lugares en que vale la pena de gastar la suma necesaria para construir o alquilar un edificio y establecer una biblioteca —unas dependencias y una plantilla de empleados— inamovible e irrevocable. Es, pues, propaganda; y es, además, la vanguardia y la antena del servicio fijo. Los anglosajones le llaman a este servicio *feeler*, que no puede traducirse más que por la palabra «percibidor». Y ésa es la que mejor lo describe. Pero también esta otra: la de «sembrador».

Si te dicen que «es carísimo», pregunta si existen servicios fijos eficientes en la zona en que va a actuar, y si esos servicios cubren su función. Si lo hacen, entonces el bibliobús es caro por inútil. Si esos servicios no cubren su función, entonces puedes asegurar que los que te describen como caro al bibliobús te lo dicen a tontas y a locas. Por él, y solo por él, tienen que empezar los remedios técnicos si es que quieren empezar sin despilfarro.

Va armado de todas armas; no sólo libros: música y cine —como ya te hemos dicho—, periódico mural y *slogans*. Es un arsenal educador, completo y motorizado. Esa biblioteca actúa de un modo cíclico; se fija un número de trayectos para el mismo número de días —no debe ser más de quince—, y una vez transcurridos, empieza de nuevo por el primero, recoge los libros prestados y presta otros nuevos. Cuando, como en el caso presente, se trata de un remolque, se debe utilizar el tractor para una subramificación: en cada parada de la gran unidad —corrientemente, la remolcada—, aquél hace un subtrayecto de paradas rápidas y completa el reparto en un trabajo que es para el principal algo como los capilares para los vasos circulatorios y —casi siempre un *jeep* o una furgoneta— se mete por todos los vericuetos necesarios, con una imperterencia de propaganda agresiva que sólo se puede comparar a la de un buhonero o a la de las damas del Ejército de Salvación. Y debe, al actuar, producir agencias estáticas para devolución de libros, expedición de carnets y despacho administrativo que no requiere un profesional y que pueden ser extraordinariamente baratos, incluso comisionadas a mayor o menor rendimiento.

Los comienzos del bibliobús son anglosajones y muy antiguos; como que los pioneros eran «bibliocoches» como el que



Un bibliobús rural ha hecho alto en pleno campo. Los lectores van tomando su alimento espiritual



Chicos de todas las razas rodean a este bibliobús, en Chicago. Uno de los públicos favoritos —en todos los países— es, sin duda alguna, el elemento juvenil

damos en la información gráfica. Ahora bien, el que vais a ver dentro de poco por las calles, ése que tiene de exótico todo esto: desde el primero al último tornillo, está construido allá por las lejanas tierras de la plaza de Legazpi —al este de los Mataderos y de la Arganzuela—; por una empresa española asesorada exclusivamente por bibliotecarios españoles, los cuales han introducido rasgos especiales cuya mención nos alargaría demasiado. Dejaremos, pues, los menudillos para la revista profesional de los bibliotecarios.

¿DE QUE SE ALIMENTA?

Eso es lo que yo no sé. Dicen que lo va a poner en marcha el Servicio Nacional de Lectura para que después su propio desenvolvimiento —es el bibliobús un servicio fisiocrático por excelencia, que maneja, como instrumento, las propias realidades de su servicio— lo vaya adscribiendo por zonas a la que corresponde.

También hemos dicho que el bibliobús tiene la virtud de ha-

cerse en seguida cosa de la comunidad en la que actúa. Si al entrar en el bibliobús véis un cartel que dice: «Ayúdanos a conservar y a mantener tu biblioteca», eso quizá os parezca una pequeña cursilería con ribetes de lugar común. Y lo peor es que hasta puede que haya un cepillo para que echéis una perrica, que no va a ser para las ánimas del purgatorio.

Así, las primeras unidades móviles se van a poner en movimiento para favorecer la condición humana de todo español —entre otras, incluso, su aptitud profesional—, para ventaja de empresas y de centros; van a abonar la tierra, van a abrir el surco para que todo designio noble pueda ser próspero y no fracase en la esterilidad de la materia con que tiene que construirse. Se lanza a las calles un poco como un huerfanito. Confía en que esa sociedad le adopte y le proteja y así será.

AURORA CUARTERO

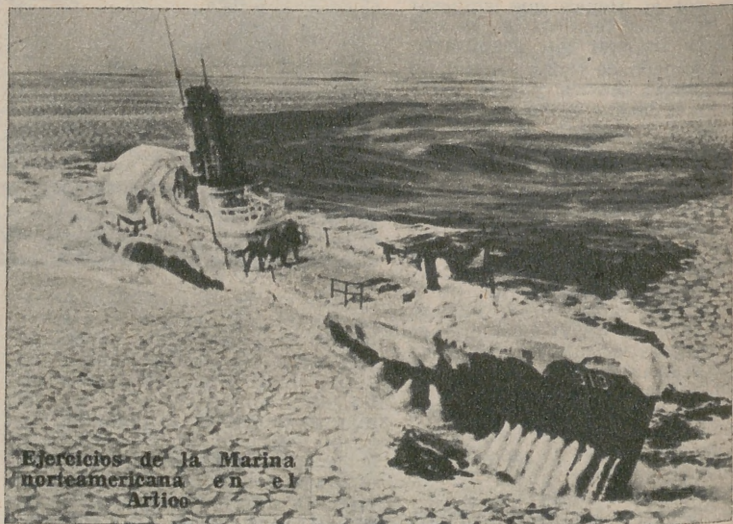
Pág. 53.—EL ESPAÑOL



A LO LARGO DE ALASKA Y CANADA, UNA CADENA DE RADAR PROTEGE A LOS EE. UU.

EL hábito de contemplar el mapa del mundo en un planisferio ha creado en mucha gente la «ilusión óptica» de que Rusia y los Estados Unidos están separados por océanos y continentes. Esta ilusión óptica se corrige inmediatamente en cuanto el observador inclina su nariz sobre una esfera terrestre. Descubre entonces con sobresalto que las dos grandes naciones hostiles casi se tocan en el Círculo Polar Ártico, rompiendo la continuidad de Siberia y Alaska la delgada cinta de agua del estrecho de Bering; en realidad, sólo una charca de kilómetro y medio se interpone entre América y Rusia: es la distancia que hay entre la isla Gran Diómede, que pertenece a ésta, y la isla Pequeña Diómede, que pertenece a aquélla, ambas en el citado estrecho de Bering. Cuando la nariz del observador corresponde a un ciudadano norteamericano, el sobresalto es doble.

Se comprende. Siguiendo la ruta polar, un avión de gran radio de acción de las fuerzas aéreas soviéticas puede despegar de un aeródromo ártico, soltar una bomba o varias bombas atómicas sobre los núcleos industriales más importantes de los Estados Unidos y regresar a su base. Claro está que lo mismo pueden hacer los americanos, pero, como muy bien dijo un experto en estas materias, el resultado de una futura guerra nuclear no depende de la cantidad de bombas «A» y de bombas «H» de que se disponga, sino del que golpee primero. Un



Ejercicios de la Marina norteamericana en el Ártico

pueblo como el americano, tan aficionado al boxeo, sabe que quien da primero da dos veces.

LA «OPERATION CANDOR»

Mientras se supo que Rusia «sólo» poseía la bomba «A», el pueblo norteamericano y sus gobernantes vivieron alegres y confiados. Sabían que Moscú no se atrevería a ensayar un «Pearl Harbour» atómico por temor a una represalia con la bomba «H», infinitamente más poderosa. Pero cuando hace unos días se supo que también Rusia estaba en posesión de la bomba de hidrógeno, el panorama cambió radical-

mente. Los gobernantes norteamericanos sufrieron una viva alarma y por primera vez se les planteó el problema de conciencia de explicar a sus conciudadanos la clase de peligros que sobre ellos se cernían. Fué así como nació la idea de llevar a cabo la «Operation Candor» (Operación Sinceridad), que es la que a veces tienen que realizar los médicos insinuándole al paciente que no estará de más recibir la extremaunción.

La «Operation Candor» no prosperó porque en el seno del Gobierno norteamericano y de la Comisión de Energía Atómica

EL FRENTE DE LA «GUERRA FRÍA» SE ENCUENTRA EN LOS HIELOS POLARES

hubo personas prudentes que temieron asustar y aun aterrar al paciente, en este caso el pueblo americano. Pero se hizo tanta publicidad «a priori» sobre el asunto, que hoy todo el mundo en los Estados Unidos sabe que sobre su cabeza pende una espada de Damocles llamada Bomba de Hidrógeno. El primer resultado de todo esto ha sido que el secretario de Defensa, Wilson, ha calculado que necesitará quinientos mil millones de dólares más para apuntalar el presupuesto defensivo de la nación; que la Junta de Jefes de Estado Mayor está elaborando un nuevo plan estratégico para hacer frente a la nueva situación, y que el sufrido «taxpayer» norteamericano tendrá que seguir soportando la carga tributaria, de la que prometieron aliviarle durante la última campaña electoral.

EL FRENTE FRIO

No se sabe por dónde puede llegar el peligro. Pero los norteamericanos, militares y civiles, lo olfatean en el lejano Norte, en el Círculo Polar Ártico, que hoy puede ser sobrevolado en cualquier época del año por aviones contruídos con ese propósito. El más inquietante frente de la «guerra fría» se encuentra hoy en los hielos polares, a los que los geólogos calculan una respetable vejez de quince mil años. Allí hace años que rusos y norteamericanos se están preparando para una guerra eventual a más de 50 grados bajo cero. Los expertos han dicho que el océano Glacial Ártico será el Mediterráneo de una futura contienda armada entre la Unión Soviética y los Estados Unidos. Ojo, pues, a este «Mediterráneo» blanco y helado, que se ha convertido en el bajo vientre del mundo.

LA METEOROLOGIA, FUTURA REINA DE LAS BATALLAS

Digamos que este «Mediterráneo» polar fué descubierto estratégicamente por los rusos des-



de antes de la segunda guerra mundial. Hace ya quince años que los aviadores soviéticos hicieron dos vuelos sin escala: desde Moscú hasta Oregon el primero y hasta California el segundo, sobrevolando el Ártico. Esta hazaña fué posible gracias a un equipo de meteorólogos, que informaron a los aviadores sobre las condiciones de vuelo desde un banco de hielo a la deriva por el océano Glacial Ártico.

Desde entonces los rusos no han dejado de montar estaciones meteorológicas ni bases aéreas en esa región, y todo el mundo sabe que hoy la Unión Soviética posee un Ejército polar perfectamente entrenado y equipado.

A su vez, los norteamericanos, sobre todo a partir de la segunda guerra mundial, no han descuidado este «frente frío», y hoy disponen de innumerables estaciones meteorológicas y de varias importantes bases aéreas y terrestres dentro del Círculo Polar Ártico. Ya en 1950 tropas especializadas llevaron a cabo unas grandes «maniobras blancas», aunque al parecer con resultados poco satisfactorios. Esas maniobras llevaron el nombre de «Operation Sweetbriard», y el Pentágono llegó a la conclusión de que las tropas seleccionadas entre la infantería canadiense y las unidades de montaña norteamericanas habían resistido mal la prueba, resintiéndose también el material empleado.

Desde 1950 se ha andado mucho; pero desde el punto de vista estratégico los expertos reducen al mínimo las posibilidades de una invasión por tierra—o sea, por hielo—y amplían al máximo las posibilidades de un ataque aéreo por encima del Polo. Por el lado americano se atiende, pues, preferentemente a la aviación, y es por esto por lo que en una guerra ártica la meteorología sería la reina de las



Un cazador norteamericano en el Ártico

batallas, ya que sin ella volar sobre tan inexploradas regiones es como dar palos dentro de un túnel.

EN BUSCA DE NUEVAS ARMAS DE NAVEGACION

Desde la base norteamericana de Thule, en Groenlandia, hasta las bases aéreas canadienses, a lo largo de todo el Dominio, diariamente despegan grupos de aparatos de reconocimiento en busca de informes meteorológicos. Partiendo de la base de Eielson, a unos 48 kilómetros de Fairbanks, en Alaska, salen los grandes «B-29» de las fuerzas aéreas americanas, haciendo recorridos diarios de 6.400 kilómetros. Estas exploraciones alcanzan al mismo polo magnético. La brújula se convierte entonces en un cachivache completamente loco y las luces boreales inutilizan todos los instrumentos indicadores de a bordo. Hay que recurrir al «lenguaje de las estrellas» y del Sol cuando el cielo está despejado; cuando no lo está, los aviones tienen que jugar un poco a la gallina ciega.

Al quedar en suspenso las leyes de la navegación, los expertos han tenido que lanzarse a la busca y experimentación de nuevos procedimientos y aparatos de orientación, porque ni si-

quiera cabe tomar puntos de referencia en la topografía polar, pues los hielos cambian constantemente de posición y forma. Fué así como se llegó a la llamada «brújula celestial», que transforma la luz polarizada en un elemento de orientación.

Los «B-29», al llegar a sus objetivos meteorológicos, inician el regreso a sus bases de partida, pero antes de hacerlo dejan caer en paracaídas una especie de observatorios automáticos en miniatura, que durante cinco horas, que es lo que duran sus pilas, siguen emitiendo sus partes, que son recogidos por lejanas estaciones árticas.

Hace cosa de un año, la Marina de los Estados Unidos organizó una «expedición» meteorológica a 64 kilómetros de altura, con objeto de explorar las capas de aire que envuelven al polo Norte. Los cohetes de exploración fueron lanzados desde el rompehielos «East Wind», cerca del polo magnético, y al parecer suministraron material informativo de gran valor sobre los rayos cósmicos.

Naturalmente, no son los aviones y los cohetes las únicas fuentes de información. Perdidos en los hielos eternos, numerosos equipos de meteorólogos transmiten por radio, con diver-

sas frecuencias, los datos que van recogiendo. Lo curioso es que estos datos no se emiten en clave, de forma que van a enriquecer también el conocimiento que los rusos tienen de estas regiones desoladas. El Artico está considerado como «tierra de nadie».

LAS ISLAS FLOTANTES DE HIELO

Fruto de estas meticulosas exploraciones ha sido el descubrimiento de islas de hielo, con agua dulce, potable, que navegan a la deriva por el Artico como grandes rompehielos, armando un formidable estruendo. La primera de estas islas fué vista por la tripulación de un «B-29». Después se descubrieron otras. La más importante de todas es la Fletcher (T-3). Tiene unos 500 kilómetros cuadrados y una profundidad de 50 a 65 metros; su aspecto es el de un gran bloque de jade, de color verde pálido. La T-3 recorre un kilómetro por día y se calcula que su periplo es de unos 6.000 kilómetros, hasta volver, más o menos, al punto de partida. Los americanos la localizaron en 1947 y un «C-47» provisto de esquís logró aterrizar en ella. Despegar ya no fué tan fácil, y sólo pudo conseguirse por medio de potentes

JUSTICIA INTERNACIONAL

La última guerra mundial dejó al mundo un turbio saldo jurídico. Los procesos de Núremberg y los Tribunales populares tuvieron la trágica virtud de descubrir una crisis profunda del Derecho Internacional. Hubo un clamor de voces airadas y un desasosiego de conciencias. Por eso la eterna voz de Roma, por boca de Su Santidad Pío XII, al dirigirse a los participantes en el Congreso de Derecho Penal Internacional ha tenido una significación honda y definidora, y sus palabras, una terminante justicia. Cristo no desdeñó el látigo para expulsar a los mercaderes del templo, y hoy, su Vicario tampoco desdeñó la frase tajante para dejar limpio de todo posible malentendido el concepto difícil, pero necesario, de la Justicia.

El Papa habló con claridad meridiana. Primero ha enunciado un principio; después ha analizado serenamente los supuestos de su aplicación práctica. No pueden permanecer impunes los crímenes de la guerra moderna. Esta ha sido la declaración previa, ante la que algunos habrán intentado rasgarse las vestiduras. Sin embargo, esta afirmación tiene su raíz perenne en el concepto armónico, total, del orden jurídico, que siempre mantuvo la doctrina católica, en el sentido universalista del Derecho. La justicia, vinculada y subordinada a un orden moral inmutable, eterno y superior, no puede encerrarse en compartimientos estancos. No existe la justicia de un hombre, de una colectividad o de un Estado. La justicia, en su única acepción firme, permanente y exacta, es una para todos los hombres y para todos los pueblos. Es esta afirmación una de las más valiosas aportaciones de la escuela clásica española de Derecho Internacional. «El género humano—escribía Suárez—, aunque dividido en pueblos y en Reinos diversos, constituye una unidad no tan sólo específica, sino también, por así decir, política y moral...» Al servicio de esta unidad España campeó la idea de la justicia objetiva y de la comunidad internacional, y con ello cumplía su vocación y su destino—defensa de los valores—, su misión ecuménica y de vanguardia.

Pero la dificultad inmediata con que chocamos al pretender llevar a la realidad esta evidencia de la comunidad jurídica universal es la no existencia, aparente al menos, de una clara y delimitada conciencia común de los pueblos. Nuestro mundo de hoy, cuarteado en sus bases morales por la Reforma y definitivamente resquebrajado por el liberalismo, como su última consecuencia, se nos presenta como un mosaico de muy difícil ensamblaje jurídico. No tenemos hoy aquella unilateral supremacía del Derecho Romano, ni mucho menos el anhelo teológico de la «Civitas Dei» medieval. Y esto no podía pasar inadvertido a la visión actualísima y exigente con que Pío XII ha encajado el problema. Por eso, para superar los compartimentos estancos de los ordenamientos jurídicos nacionales y subordinar toda responsabilidad criminal humana, el Papa ha señalado una necesidad insoslayable: la imparcialidad del Tribunal juzgante. Toda decisión en este sentido exigirá una mayoría de jueces neutrales.

Queda repudiada con ello la actuación en estos casos, tristemente patentes en la más próxima historia, del vencedor. «Cuando el vencedor juzga al vencido por crímenes de guerra. Cuando ese vencedor se hizo culpable frente al vencido de hechos análogos...» Así habla, sin señalar a nadie, pero llamando a la conciencia de todos. Queda, pues, bien claro que no es válida la actuación de parte interesada, como no lo sería tampoco en el campo de los litigios privados e internos su administración por uno de los contendientes, que la haría descender de su rango para convertirla en mero acto de fuerza.

Y para que la confusión no sea posible en ningún caso postula, como es de necesidad evidente, la elaboración de un Derecho penal internacional. No se trata de abrazar oportunistamente, de normas de emergencia para salir a relucir o intereses poco limpios. Hay que llegar a la luz del Derecho natural, a materializar penas y delitos de un modo concreto, equitativo, obligatorio y público. No es lo pertinente apo-

cohetes. Desde entonces la T-3, como sus compañeras de la serie T, han sido intensamente colonizadas. Todas ellas están consideradas como verdaderos laboratorios flotantes, pues en verdad constituyen una preciosa fuente de información meteorológica y oceanográfica. Son ideales para estudiar las corrientes árticas y además pueden servir como aeródromos de tránsito para los aviones que sobrevuelan el Polo, tanto en misión de guerra como en misión comercial.

Se tiene por seguro que los rusos disponen igualmente de estas islas de hielo a la deriva. Por ahora no se ha registrado ningún abordaje, pero pudiera ocurrir cualquier día.

EL TELON DE RADAR

A lo largo de toda Alaska y Canadá, una cadena de estaciones de radar protege a los Estados Unidos contra un ataque aéreo procedente del lejano Norte. Ningún aparato soviético podría filtrarse a través de esta cadena sin ser detectado, localizado y atacado por los cazas interceptores. Pero entre la señal de alarma dada por los equipos de radar y el momento en que los aviones adversarios comienzan a soltar su carga «A» o «H»



Un esquimal junto a su vivienda construida con grandes bloques de hielo

transcurrirían muy pocas horas. Los interceptores podrían abatir sólo a uno de cada tres aparatos adversarios y no habría tiempo para movilizar todos los elementos de la defensa civil. Por

eso se propone ahora que el telón de radar se desplace más al Norte, de forma que la caza a reacción pudiese derribar por lo menos al 50 por 100 de las fuerzas aéreas atacantes antes de que llegasen a sus objetivos.

Se desconoce, naturalmente, el emplazamiento exacto de estas estaciones de radar, como se ignoran también los efectivos aéreos americanos en la región subártica. Pero todo el mundo está de acuerdo en una cosa: en que son insuficientes.

En cambio, se tienen ideas bastante exactas sobre el potencial militar que la Unión Soviética ha acumulado en las regiones del Artico desde que en 1928 envió allí sus primeros equipos de meteorólogos. Hoy cuenta Rusia con 150 estaciones y una importante red de aeródromos, principalmente en Nijny, Kasardnok, Indighirka, Ambartchik y Kolymsk.

Las tropas polares soviéticas tienen su cuartel general en Anadyr, a 250 kilómetros del Círculo Polar Ártico. Las manda el coronel general Ohtemenko, que estuvo a las órdenes del general Bulganin cuando éste estaba al frente, en Yakust, de la Dirección General de la Ruta Marítima del Norte, y se cree que cuenta con unos efectivos de diez divisiones especializadas en la guerra polar, una de las cuales es de paracaidistas, más 9.000 aviones (6.000 de combate y 3.000 de transporte), varias unidades de tanques ligeros y una flota de rompehielos. Es bastante para un escenario bélico tan lleno de dificultades.

También Rusia ha montado su «telón de radar» a lo largo de sus tres vías fluviales de penetración: el Obi, el Yenisei y el Lena. La flota del Norte tiene sus bases en Murmansk, Bahía Providencia, Petropalovsk, Kamtchatka y Magadan.

En marzo de 1950 Etienne Aurtherieu escribía en «Le Figaro»: «Así, frente al Gran Norte americano, casi desierto, la U. R. S. S. ha construido en el Artico un poderoso sistema industrial, minero y militar abundantemente poblado.» Hoy, en 1953, han cambiado mucho las cosas. Pero Rusia lleva varios años de adelanto sobre los Estados Unidos en esto de hacer del hielo polar un arma estratégica de decisiva importancia. Con todo, no falta quien se haya preguntado en Washington: «¿Quién nos garantiza que un ataque atómico ruso nos va a venir del Norte? Pudiera ocurrir que ante nuestras vastas previsiones, los rusos nos lanzasen la primera bomba «H» desde un submarino... o desde un inadvertido avión comercial.»

M. BLANCO TOBIO
(Premio Nacional de Periodismo.)

recer a última hora, a la hora de las pasiones, con preceptos poco claros y sospechosos. Y todo esto sin olvidar nunca el respeto a la persona, el derecho absoluto a la defensa y la tendencia a un modo caritativo de entender la justicia. «In dubio standum est pro reo» (En la duda debe decidirse a favor del reo).

Pero esta elaboración de Derecho no la atribuye el Papa a determinada organización internacional. No sería procedente buscar en sus palabras referencias a este o a aquel organismo ya existente. Los hay viciados en su origen para ser autores de un Código Penal Internacional. «Quien vive en la injusticia no puede contribuir a la elaboración del Derecho.» Todo sistema de pactos conducentes a un fin tan elevado como el propuesto exige una comunidad de criterios esenciales en los que pactan.

El Papa no señala, pero nosotros sí podemos hacerlo. Es más, es un deber deducir consecuencias y posiciones perfectamente delimitadas.

Por eso podemos afirmar que queda descartada toda posible elaboración de un Código Penal Común con la participación de quienes gobiernan con un sistema jurídico cerradamente territorial y asentado sobre bases ideológicas, sociales y económicas absolutamente contrarias a la ley natural, y a los que rigen en el resto del mundo, por muy diversos que sean éstos entre sí. Parece obvio que esto implica, en cierto modo, la inhabilitación moral para promulgar este Derecho de aquellas instituciones internacionales en que la U. R. S. S., por ejemplo, tiene voz y voto decisivos. A esta conclusión conducen las palabras del Papa, claras y ajenas a toda adulación y oportunismo alguno. Palabras para los hombres de buena voluntad y fundamento sólido para una tarea tan necesaria y urgente.

EL ESPAÑOL

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

JUDAS

Por Lanza del VASTO

POETA y filósofo además de novelista. Lanza del Vasto es sobre todo un investigador del alma humana. Poseído siempre por una vocación—que hace dos décadas podía resultar extravagante, pero que ahora se va convirtiendo cada día más en una verdadera tendencia de nuestro tiempo—, no se ha dedicado sólo a leer y escribir, a las experiencias de gabinete, sino que ha preferido buscar su saber entre las gentes de los caminos del mundo, en una peregrinación que aun no ha concluido. Descendiente de una de las más nobles familias europeas, desde muy joven se lanzó a recorrer Italia, Francia, Alemania, el continente entero. Viaja por lo común a pie, y jué sin dinero y desarmado, a través de un país en guerra, como llegó por primera vez a Jerusalén. Después, atraído por la personalidad de Gandhi, marchó a la India y convivió con él, para darnos, como fruto de esa experiencia, el maravilloso documento espiritual que es «*Pelerinage aux sources*». Hombre de muy diversas aptitudes, ha escrito también música y ha hecho bellos trabajos de tallado en marfil y de orfebrería.

Muy varias opiniones se han movido en torno a una de sus obras, «*El Judas*», interpretación esencialmente literaria de la figura del Apóstol que traicionó a Cristo. De ella ofrecemos algunos de los pasajes más significativos y que mejor reflejan la intención y las características de este libro tan apasionadamente discutido en todo el mundo.

JUDAS siguió los pasos del esclavo. Siguió sus espaldas a un subterráneo.

Aun le estremecía aquella mirada. ¿Qué quería de él ese extranjero?

Y se acordó: se acordó de la bolsa, la de sus compañeros que todavía colgaba en su flanco. Aun se sentía atado a ellos por ese cordón, impedido por el peso de aquel bien que les pertenecía: «Hay que devolverla, hay que devolverla», murmuraba a cada paso.

Llegaron a un patio donde ardía un brasero a cuyo alrededor se calentaban los guardias y dormitaban los esclavos. Judas dijo: —Tengo que hacer; volveré más tarde—. Malco respondió: —Tienes tiempo; no iremos antes de ocultarse la luna.

Partió afanoso. No encontraba el camino; Jesús había querido celebrar la Pascua en casa de un desconocido, cualquiera, para probar quizá que cualquier casa, cualquier cosa le pertenecía; era aquella otra bonita impertinencia, una manera cómoda de ganarse la vida, una manera deshonesta de demostrar su santidad. Judas poseía un sentido más orgulloso de la independencia y de la corrección. Al fin encontró la puerta; llamó largo rato antes de que un viejo servidor saliera: ¿se habían marchado? El viejo dijo: —Hace mucho tiempo que se apagó la última vela. Dormíamos. ¿Y tú qué quieres?—. Judas explicó: —Esta bolsa no es mía, sino de ellos; tú la devolverás—. El viejo se defendió: —Anda tú mismo; sabrás mejor que yo dónde están. Yo no conozco a esas gentes.

Pero Judas le arrojó la bolsa y huyó como un ladrón.

Pensaba: «El viejo dijo eso como excusa para guardarse el dinero. Pero no importa. Yo cumpliré con mi deber. El resto no depende de mí y no debe perturbarme. Ahora no tengo nada que ver con ellos. Yo también puedo decir: no conozco a

esas gentes.»

Suspiró aliviado. En el patio todo el mundo dormía salvo Malco, que estaba sentado en el suelo, meciendo sus propias rodillas, con el cuello estirado, los ojos fijos en la luna sobre el techo. Malco dijo sin volver la cabeza: —¿Has vuelto? Hubiera sido mejor que no volvieras—. Judas preguntó: —¿Qué quieres decir?—. Malco respondió: —Si no hubieras vuelto, no iríamos al lagar y la culpa no sería nuestra—. Judas exclamó: —Ah esclavo, ya veo, tienes miedo de obedecer y miedo de no obedecer. ¡Vamos ánimo!—. El esclavo dijo: —No es ánimo lo que me falta; lo que me falta es odio. Si he de dañar a alguien por lo menos quiero odiarlo; si detengo a un malhechor, quiero saber qué mal ha hecho—. Y Judas: —¿Qué te importa, esclavo? Eres feliz, pues no tienes que juzgar, ni elegir, ni reflexionar, ni decidir. Tu tarea es fácil. Tu deber es ejecutar la orden. Si la orden es mala, el mal recae en quien te la ha dado. Lo que no depende de ti no debe perturbarte—. Malco lo interrumpió: —¿Lo viste resucitar a un muerto?—. Judas cambió de tono, protestó como los que tratan de disculparse: —No, yo no estuve. Te aseguro que no estuve. No puedo decir que lo vi resucitar al muerto porque no estuve— Malco, el cuello estirado hacia el cielo, con voz monótona comenzó: —Devolvió el oído a los sordos; ¿qué mal ha hecho? La luz a los ciegos; ¿qué mal ha hecho? A los lisiados las piernas; ¿qué mal ha hecho? Expulsó demonios; ¿qué mal ha hecho? Dijo que había que perdonar las ofensas, ¿qué mal ha hecho? Amar a los enemigos; ¿qué mal ha hecho? Bienaventurados los sedientos, porque beberán en la fuente; ¿qué mal ha hecho? Bienaventurados los que saben que están enfermos porque recibirán la salud; ¿qué mal ha hecho? Bienaventurados los pacíficos, porque de ellos será el reino; ¿qué mal ha hecho? Bienaventurados los pobres de espíritu, porque ellos verán a Dios; ¿qué mal ha hecho?—. Judas gritó irritado: —¿Vas a seguir aullando a la luna como un perro?—. Malco se volvió hacia él: —Dicen que has sido su amigo; ¿por qué estás contra él ahora?—. Judas se indignó: —No tengo por qué rendirte cuentas, esclavo—. Y Malco: —Yo soy esclavo y lo que me ordenan hacer lo hago; pero tú, ¿qué vas a hacer?

Judas echó a andar bajo el pórtico a largos pasos: la compañía de aquel hombre le era insupportable.

Cada paso le planteaba la pregunta: «¿Qué vas a hacer?» Cambió de dirección; cada paso repetía: «¿Qué mal te ha hecho?» Sus recuerdos interrogados no dieron respuesta.

Se detuvo: «Si yo no fuera, ¿qué sucedería?» No respondió ninguna imagen; todos los caminos del porvenir parecían cerrados.

Una voz varonil le azotó de estremecimientos los hombros y dijo en él: «Ánimo, no cedas; ánimo». Pero tuvo que reconocer: «No es ánimo lo que me falta; es odio, y se sintió despojado, perdido, despeñado en el vacío.

Una voz que venía de la nuca insistió: «En adelante estás comprometido. Has concluido un pacto con amigos. Has aceptado un precio. No tienes que elegir, ni reflexionar, ni juzgar. Tu deber es cumplir la orden recibida.» Pero Judas se indignaba: Aquellos no eran sus amigos. Eran hombres hábiles que lo utilizaban. El precio era el de un sirviente. Le habían dicho a modo de despedida:

LANZA DEL VASTO

JUDAS

SUR

BUENOS AIRES

«Vete con él». Podía devolver, tirar ese dinero, irse libre, huir.

Una voz le murmuró al oído: «¿Tienes miedo? ¿Miedo de afrontarlo? Ha sido maestro tuyo tanto tiempo que tienes miedo de desafiarte. Aunque estás seguro de vencerlo, le temes. Has perdido el dominio de ti mismo, y lo que tú solo has concebido, no eres capaz de hacerlo. ¿Tu libertad te estorba?»

Judas respondió: «Puesto que ya no tengo deseo de venganza, ni odio, ni miedo, ni pasión de ninguna especie, puesto que no tengo motivo para ir...» La voz masculina prosiguió más fuerte: «Por eso irás, oh Judas. Porque no te impulsa ni la pasión ni la razón; porque eres libre de ir. Quien tiene una pasión, es esclavo de su pasión. Obrarás por nada, como un dios. Eres un hombre único y realizarás el acto puro, oh gloria íntima.»

Judas, sofocado, respondió: «Si soy libre de hacer, soy también libre de no hacer. ¿Quién me dirá que no soy libre de ordenarme no hacer? No iré; no por miedo a obedecer o no obedecer, ni por pasión, ni por razón, ni por deber, ni por gloria, sino por no forzar mi libertad de no hacer.»

Y sin embargo fué: porque la luna se había ocultado, porque los guardias decían: «Vamos», porque Malco había dicho con un suspiro: —Es la hora.

* * *

Los sirvientes en banda iniciaron la marcha y rodearon a Judas horriblemente alegres y jactanciosos, repugnantes de familiaridad y llaneza. ¿No podían callar un momento, dejarlo torturarse en paz por lo menos?

Se fué con Malco y otros dos silenciosos y dejó atrás al resto de la brigada. Pero como los dos se habían puesto a charlar juntos, marchó solo adelante.

La rapidez de sus pasos lo eximia de pensar. De vez en cuando su pensamiento intentaba despertar diciendo: «¿Qué vas a hacer?» Judas respondía para hacerlo callar: «Es algo ya pensado, resuelto en otros tiempos.»

Los guardias murmuraban: —Si huye de ese modo, ¿quién puede seguirlo?—. Sí, huir; sí, no dirlo más. Quería fingirse a sí mismo que lo perseguían. Sí, tomar por un sendero lateral, ocultarse en un matorral, dejar pasar esa noche amarga. Se encontró solo frente a las estrellas. Bajó los ojos, se volvió hacia atrás en busca de ayuda. Los sirvientes lo alcanzaron con reproches y chanzas. Sintió placer.

En el momento de apoyar el pie en el sendero que trepaba por el monte de los Olivos, echó una mirada a su escolta. Dos linternas locas se debatían por encima del alboroto. «Parecen moscas», observo. Cualquiera manipulo romano le hubiera inspirado más seguridad. Entonces tropezó y cayó.

Malco lo tomó del codo y lo puso en pie. Judas sintió no sin placer la gran mano que tomaba posesión de su brazo. Malco decía: —¿Qué es más difícil: resucitar a un muerto o hacer morir a un vivo? Si ése sabe resucitar a los muertos, ¿no te parece que podría desplomar el cielo sobre nuestras cabezas o clavárnos en el suelo como estas?—. Y seguía sosteniéndolo con su gran mano.

Judas no respondió. Recordaba palabras oscuras: «Un breve tiempo y no me veréis más, un breve tiempo y me veréis de nuevo». ¿Quería decir que huiría esta vez y que después de poco tiempo volvería de nuevo? No, no; vanas amenazas: había anunciado tantas veces su fin próximo. El mismo lo sabía. Debía morir. Estaba escrito.

Judas chorreaba sangre y sudor, que ej rocío le helaba encima. Decía a su corazón: «La carne es débil, pero el espíritu vencerá». El ahogo lo eximia de pensar.

Judas cayó por segunda vez. A pesar de las piedras y el dolor, le fué dulce reposar en el suelo un momento. El dolor en la rodilla era tan fuerte que creyó haberse roto la pierna. Su cobardía casi lo deseaba. Malco lo levantó y lo sostuvo con firmeza.

Se metieron en un sendero bajo los olivares donde tantas veces antes, con sus amigos, había discurredo sobre el Reino y la promesa. Se acordaba de la voz: «Os dejo mi paz, os doy mi paz; no como la da el mundo. Y nadie os arrebatará vuestra alegría». El bosque de olivos estaba lleno de luciérnagas. Se hubiera dicho que el cielo estrellado descendía a jugar al ras de las hierbas. Las ramas eran blancas en el aire lleno de olivares, lo cual inclinaba el alma a las lágrimas.

El miedo hizo que se recobrará. En la claridad de las luciérnagas había visto moverse algo, había oído ruido de voces.

Se incorporó; dijo: —Callad; están allá—. Y todos callaron como los que temen una emboscada.

Entonces Judas comprendió que no podía seguir adelante, que sus piernas se negaban a llevarlo hasta allá, que le era imposible caminar a la cabeza de esos camallas con el brazo tendido, gritando: «Es ése, prendedlo».

La angustia era grande y sin salida. La necesidad lo atenaceaba. Entonces lo socorrió la invención.

Dijo a los sirvientes: —Quedaos aquí escondidos y vigilad. Yo voy a dar una vuelta. Me veréis venir por el sendero de enfrente. Aquel a quien yo bese será el que buscáis.

Avanzó al borde de la zona iluminada diciéndose: «No es nada! soy yo, el amigo. Llego como todas las noches: soy el amigo. Llego tarde porque me demoré conversando, porque intenté una conversión en el camino: soy el amigo. Mejor todavía: encontré gentes peligrosas en el sendero y vengo a advertir a mi amigo del peligro: soy el amigo. Por eso llego sofocado, porque soy el amigo».

Había llegado a la desembocadura del sendero. Encontró adelante una masa oscura. Como aquel que quiere atravesar un vado y advierte que la primera piedra donde iba a posar el pie es el dorso de un monstruo oculto en el fango, así Judas cayó sobre sus compañeros dormidos.

Escuchaba con horror su respiración regular, cuando una figura se le puso delante en la luz. Era Jesús, que lo miraba compasivo; y le dijo con voz compasiva: —¿Qué vienes a hacer, amigo?—. Y también por compasión apartó la mirada y tendió la mejilla izquierda al beso.

Entonces Judas se vió diciéndole con un hilo de voz: —Yo te saludo, Maestro—. Y vió que lo besaba.

* * *

Cuando Judas decidió volver al tribunal lo encontró desierto.

Interrogó a una mujer que salía de las cocinas con un cesto sobre la cabeza. Le contó lo que había oído decir: Que aquel hombre se había atrevido a decir delante del Sacrificador que él era el hijo de Dios Viviente, y que ahora lo llevaban al Pretorio para hacerlo condenar. Añadió: —¿Y si fuera cierto?—. Judas replicó: —Si fuera cierto no se hubiera dejado juzgar por Anás ni condenar por el Gobernador. Los juzgaría él.

Judas se apresuró hacia la Torre Antonia, y muy encendido pensaba: «Ahora vamos a ver, ahora la cosa se pone fuerte».

Todo el mundo sabía que el Gobernador estaba animado de la mayor malevolencia con respecto al Consejo y no perdía ninguna ocasión de serle desagradable. Era inútil que Caifás dijera que sabría obligarlo; a un hombre que tiene la ley en la mano y la milicia a sus espaldas, ¿cómo hacer para obligarlo? A decir verdad, «Cristo», «Hijo del Dios Viviente», eran palabras desprovistas de todo sentido para un cerebro romano. ¿Y si por el solo gusto de ser desagradable el romano soltaba al acusado? Valdría la pena ver la cara de Caifás.

Y, sin embargo, Judas no quería eso; o no había que aventurarse en una empresa, o había que desear su triunfo. Así es como Judas abandonó el apostolado sólo después de triunfar en él; así es como todos nosotros entramos en la vida sin quererlo, pero no queremos salir sin haber triunfado. Que la necesidad de la muerte de Jesús, que Judas había comprendido desde hacía tanto tiempo antes de participar en acto, fuera ahora puesta en duda, que corriera peligro, era suficiente para darle vértigo. Que de nuevo Jesús recorriera el país predicando y haciendo milagros, conversando con sus amigos, y que él, Judas, no contara entre ellos, le causaba una pena insoportable. Ni siquiera en su hogar, en Carioth, podría estar en paz, por el temor de ver entrar un día a Jesús como en su casa diciendo: «Yo te saludo, amigo».

En el patio del Pretorio reconoció a los servidores de Anás y a los de Caifás, y entre las gentes de la calle, a más de uno a quien viera pocos días antes agitando su palma y gritando: «Gloria a nuestro Rey». El Sanhedrín se hallaba reunido en pleno bajo el pórtico, pues no quería entrar en una casa pagana, por temor de manciarse.

No bien Judas entró, Caifás lo mandó llamar. Le confió un servidor, diciéndole: —Este te dirá lo que tienes que hacer—. El servidor lo condujo

Distribuidor para
España
A. B. Original-
Odhner

Göteborg (Suecia)
Torpedo Wer-
ke A. G.

Frankfurt (Ale-
mania)

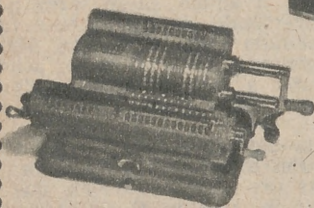
Calculadoras «PI-
TAGOR» fabrica-
das con los mejo-
res aceros extran-
jeros



Máquina de escribir
«TORPEDO»



Sumadoras
«ODHNER»,
con su
teclado
científico
de pulsación
supersuave



Calculadoras «PITAGOR»

Manuel del Palacio
Importador de máquinas de
oficina de Alemania y Suecia

Oficinas y Exposición:
PLAZA DE CANALEJAS, 6 - Tel. 218435
Almacenes y Exposición:
ARLABAN, 10 - Tel. 312141

Gran Peletería Francesa, S. A.

CARMEN, 4

MADRID



Saluda a su
distinguida clientela

a un rincón del patio, le asignó un grupo de personas, diciendo: —Este es tu grupo; les mandarás gritar lo que yo te diga—. Judas respondió: —Así se hará—. Y dirigió a sus subordinados esta breve alocución: —Os vigilo; si uno de vosotros no grita lo que yo quiero o no grita bastante tendrá que vérselas conmigo—. Le respondieron con un gruñido dócil, con un tumulto sumiso.

Poncio Pilatos apareció, un poco gordo pero limpio y digno en su coraza, y los contemplaba desde lo alto del umbral con una sonrisita en su boca florida. Declaró, mostrando el vacío de las salas interiores: —No encuentro falta en este hombre—. La voz de Caifás se volvió aguda: —Merece la muerte; si no, no te lo hubiéramos traído. Merece la muerte porque siendo hombre se ha hecho Dios—. Y el pueblo comenzó su murmullo sin que fuera necesario darle órdenes. El Gobernador, siempre sonriendo, repitió: —No encuentro falta en este hombre; os lo devuelvo. Haced con él lo que queráis. He dicho—. Caifás gritó: —Ha provocado un tumulto en el pueblo. Ha pretendido ser el Rey de los Judíos. Pero nosotros no conocemos otro rey que César—. Y Judas recibió y dió orden de gritar: —Gloria a César—. Todos aquellos encorvados hombres de judíos se sacudieron con esfuerzo y hubo un clamor apenas satisfactorio. Y Judas admiraba la ironía de Caifás, el mismo que con tanto celo se había dedicado a suprimir de la Ciudad Santa la abominable y sacrílega imagen de Tiberio. Pero el Gobernador había cesado de sonreír y no gustaba de la ironía; volvió hacia uno y otro lado sus ojos inquietos; dió un paso adelante, dos atrás, y luego, con precipitación inesperada, desapareció en el interior, mientras la voz de Caifás lo perseguía en tono de victoria: —Si no lo condenas, no eres amigo de César—. Y la multitud continuaba: —Gloria a César—. Pero al cabo de cierto tiempo el romano volvió a la luz tan sereno y sonriente como antes: —Puedo aseguraros—dijo—que nuestro divino Emperador no teme ni envidia a vuestro Rey. En cuanto a mí, no encuentro falta alguna en él. Por eso os lo devuelvo y concedo. Agracedédmelo. Es un Rey digno en todo de vosotros. Dicho está.

Caifás palideció. Anás se puso todo rojo. Los otros se miraban estrangulados por la cólera. El pueblo callaba. Judas pensó: «De acuerdo. El asunto se ha perdido».

Recibió y dió orden de gritar: —Crucificalo—. En un relámpago el grito devoró todas las bocas. El Gobernador echó una mirada tímida hacia el interior, otra insegura hacia la multitud, dió un paso a la izquierda, alzó la mano para hablar: —Escucha, pueblo—dijo—; he de soltar un prisionero por la fiesta; ¿quieres que sea Barrabás, el homicida, o más bien éste, que no tiene falta?—. Judas recibió y dió la orden: —Barrabás—. La multitud ladró: «Barrabás». El Gobernador hizo un movimiento para retirarse y de improviso se dirigió al pueblo, como si el hecho de volver la cabeza le hubiera dado la solución: —Lo mandaré azotar. Pero sólo por complaceros, pues no hallo falta en él. Basta. Dicho está—. Dió a los soldados una breve orden y se retiró a la sala.

La multitud prosiguió: —Crucificalo—. Primero fué una palabra gritada por un hombre; lo siguió un segundo, un tercero, luego dos juntos. Con el tiempo aquello se convirtió en la respiración de una bestia sin límites, que de contener el aliento se hubiera sofocado. Había perdido todo sentido, era sólo una cadencia y calor de vida. Cada uno se apegaba al grito con sus entrañas; en él hallaba alimento, aire y olvido; en él se perdía multiplicándose. También Judas, con la boca abierta, los ojos vacíos, se abandonaba al himno de aquella fraternidad inhumana. Y la embriaguez se prolongaba indefinidamente, desplazada como estaba fuera del tiempo.

Reinó el silencio. Pilatos apareció y dijo: —He aquí el hombre—. Los soldados empujaron un guñapo rojo. Pilatos añadió con una sonrisa de asco: —He aquí vuestro Rey.

Lo habían disfrazado de rey, con una corona de espinas en la cabeza y un cetro de caña en la mano. La sangre rodeaba las órbitas y se deslizaba por las mejillas; la boca se abría apenas en la respiración; los ojos, en todo aquella multitud, miraban a Judas, sólo a él; lo miraban con piedad. Las piernas le cedieron, pero no podía caer. La multitud, mugiendo y silbando, lo levantó como en un puño. Lo levantó, lo blandió al viento como un pabellón.

En la mejilla de Jesús, allí donde lo había besado, se deslizaba un escupitajo.

LOS TOROS EN 1953

MUCHO RUIDO Y POCAS CORRIDAS

EL "NUMERO UNO", UN REJONEADOR

LA TEMPORADA

SI con dos palabras hubiéramos de responder a la pregunta de cómo fué la temporada taurina de 1953, podríamos decir indistintamente: «Bastante anodina» o «Muy interesante», en la seguridad de que de ambas maneras contestaríamos con exactitud. Todo depende de que opinemos mirando al redondel o curioseando por los pasillos. Contemplando/a en conjunto, nos parece que estamos viendo una de esas fotografías sin contraste ninguno entre luz y sombra, precisamente porque todo es sombra, todo está apagado, frío, inerte.

Por costumbre decimos que la temporada está acabando; pero esto no es rigurosamente auténtico. Acabó hace ya muchísimo tiempo en realidad. Según los más optimistas, e día de la matada corrida de Beneficencia, llena de atroz simbolismo. Otros opinan que no llegó en realidad a empezar, aunque sin duda este juicio es demasiado pesimista.

Lo que sí es cierto es que ha ido languideciendo cada vez más, en un discreto «pianissimo», como algunas composiciones de concierto, en las cuales los espectadores se miran de reojo, porque no saben en realidad si ya se puede empezar a aplaudir.

Antiguamente — felices tiempos de «Gallito» y Belmonte, nunca bien alabados — era todo lo contrario. Las grandes figuras empezaban quizá a torear con algún desentramamiento, pero iban a más de día en día, en una difícilísima superación, y el final del año taurino era algo tan rotundo, sonoro y magnífico como la cabalgata de «Las Walkyrias». Aquello del «broche de oro» de la temporada llegó a tener carácter de lugar común en la época grandiosa de José y Juan, los cuales alcanzaban precisamente en el maravilloso octubre madrileño sus mejores triunfos. El ruedo se cubría de tostados sombreros de paja y los del partido contrario trataban de desquitarse haciendo siempre el mismo chistecito: «¡Bien se ve que estamos a fin de temporada!»

Ahora no sucede así. Nada de concertante estruendoso. En este año, singularmente, los personajes se han ido retirando de puntillas, por el foro y por los laterales, antes de que lo marcaran las acotaciones de la obra, con el dedo en los labios como diciendo: «¡Callad, que no se despierte!» Y cuando cae el telón, lleno de datos estadísticos, el acomodador tiene que advertir a los

Resumen escueto de un año gris plomo, por Luis FERNANDEZ SALCEDO



espectadores: «Vamos, vamos, señores. Que se va a cerrar... ¿O es que les ha sabido a poco?»

Sin embargo, la crítica más acerba de esta aburrida temporada puede hacerse sin más que recordar que cuando el termómetro marcaba 36 grados, el público se apasionaba por unos divertidos comentarios de tinte absolutamente invernal.

EL TORO

Ha salido, en general, con las defensas intactas, gracias a la energía de las autoridades amparando los deseos sinceros de la mayoría de los criadores. Del lobo, un pelo.

Nosotros teníamos un vaquero que decía: «El mejor adorno del toro es una buena cabeza.» Hay que aclarar que él llamaba «buena» a una cuerna abundante. Y, en efecto, si la capa todo lo tapa, la abundancia de leña puede tapar defectos de edad, de tamaño, de trapío... Ante toros cornalones de las vacadas que se citan en los contratos de los ases, y que hasta hoy los daban exageradamente cornicortos, el público no ha disimulado sus risas burlonas.

Sin embargo, los toros se siguen cayendo, es decir, que salen a la



Antonio Bienvenida ha escuchado muchos aplausos antes de sus actuaciones y bastantes menos al final de las mismas

Así operaban los «barberos» que tanto daño han causado a la fiesta taurina

plaza sin fuerza alguna y con escasos deseos de acometer, además. Realmente se ha conseguido algo, pero aun es poco si de veras interesa recuperar el mucho terreno perdido en la presentación de los toros, que siguen (y seguirán) jugándose de corta edad. O sea que si este año se han lidiado las camadas de uteros, al año que viene tendremos que soportar a los erales..., que para entonces —tranquílcese el lector— serán, a su vez, uteros. Este problema de la edad del toro ya se va reconociendo por los aficionados que es el básico, alrededor del cual giran todos los demás. No se debería lidiar ningún toro que no tuviese cuatro años bien cumplidos, pero no según la boca —que tanto miente—, sino según el historial. Al efecto —como ya se intentó hace años— tendría que haber en un organismo oficial una especie de Registro de la Propiedad taurina en el cual figurasen inscritas todas las camadas a partir del herradero para confrontar

después las declaraciones juradas que dé el ganadero a la autoridad en vísperas de cada corrida y certificar en rigor la edad de las reses «a priori». Otra decisión que algunos propugnan es suspender por un año las corridas de toros, limitándose a permitir la celebración de novilladas. La medida es ciertamente drástica y podría paliarse extendiéndola a tres años. Es decir, que durante tres temporadas consecutivas sólo se autorizase a cada plaza para dar dos tercios de las corridas de un año normal, que se tomara como punto de partida.

Los antiguos «barberos» han entretenido sus ocios discurriendo nuevas fechorías, a base de purgas, estupefacientes, recorte de pezuñas, golpes de tablón, desnivel en las jaulas, etc. Es probable que en todo esto haya mucho de fantasía pero es seguro que habrá gran parte de verdad. Sin embargo, tan desairados subterfugios están condenados al fracaso, porque son armas de dos filos, ya que si bien se quita peligrosidad al toro, así no se da al espada la oportunidad de triunfar, sino que —al contrario— se le pone al borde del fracaso y se exaspera al respetable público.

Durante la última temporada se han «negreado» muy pocos toros, lo cual no es extraño, pues dada la forma en que se practica hoy la suerte (?) de varas, tal contingencia es muy problemática. También se han dado pocas vueltas al ruedo a los toros de bandera (o, al menos, de «gallardete») y muchas de ellas han sido discutidas. En suma, que el toro de 1953 no ha sido ni malo ni bueno, sino todo lo contrario.

Ha subido el papel Andalucía. Los ganaderos «románticos» han descendido algunos escalones desde su alto sitio, y como los «existencialistas» han estado más formales, en definitiva se han acertado las distancias entre unos y otros criadores. La mejor corrida de las lidiadas en Madrid fué la de Urquijo, ganadero que presenta muy bien sus toros y al cual le ha salido muy buena la camada. Y para que se vea que el toro sigue interesando, diremos que las cuatro o cinco corridas vendidas por Miura se han dado a plaza llena —«rare avis» en este año—, a pesar de que los tercetos de matadores fueron bastante mediocres. Por cierto que los miuras salieron muy bravos y muy manejables. Muchos de los ganaderos que figuran en el subgrupo no han lidiado —que se sepa— ni un solo animal. Esta noticia rima muy bien con la que nos acaban de dar de que una ganadería, corta y no muy buena, se va a dividir... ¡en nueve! Adelante.

LOS TOREROS

En general, han hecho todo lo posible por complacer al público, y si no lo han conseguido habrá que concluir diciendo que no dan más de sí: «Nemo dat quod non habet.» Dice un viejo refrán que no se deben estirar los pies más allá de donde llega la manta, y las mantas que usan las actuales figuras del toro son tan cortas que no les llegan ni a la rodilla. A los toreros que hoy están a la cabeza del escalafón no les va el

papel de héroes populares. No sienten la responsabilidad del cargo, y, en todo caso, se limitan a la parte fácil del desempeño, como hace todo aquel que está en plaza de superior categoría. No tienen ni pizca de afición y son toreros como podrían ser futbolistas o galanes de cine. Por otra parte, sus aspiraciones son moderadas, y en cuanto llevan ganados los tres, los cuatro millones de pesetas, ya no piensan más que en irse a casita a descansar. Pues..., ¡qué bien! Todo esto dicho sin ánimo de molestar y reconociendo que habrá excepciones a la regla general.

Desde luego, debe resultar difícil ser figura sin partidarios. En otros tiempos la pareja de moda era la pareja feliz, porque cada uno de sus componentes sabía que la mitad de la plaza estaba con él. Pero hoy los más afamados diestros van de francotiradores, como si hubieran licenciado sus huestes. Supongo que todos ellos estarán ya convencidos de que al toro con las defensas intactas se le puede torear lo mismo que al «afeitado», y en último caso pueden tener la seguridad de que cuando el toro es TORO y el torero es TORERO, no solamente no importa que aquél pase más lejos, sino que todas las suertes ganan así en brillantez, sin mengua de la emoción.

Indudablemente el éxito de conjunto de la temporada ha sido la actuación lucidísima del rejoneador Angel Peralta, que nos ha recordado a Cañero, y con eso está dicho todo.

La vuelta del maestro Domingo Ortega —siempre polifacético y siempre original— ha sido eso precisamente: salir a dar una vuelta, lo cual siempre es, en el propósito, intrascendente. Y con su gran sentido del humor ha puesto en berlina a los toreritos jóvenes, a los que dobla la edad con creces, demostrándonos que es capaz todavía de hacer lo que ellos hacen, con más perfección y mayor desahogo. No ha logrado entusiasmar del todo a los públicos, porque al volver a los ruedos se olvidó de traer algo, para el fundamental, que es el toro de 1930. Ortega es un torero demasiado grande para despachar estos toros demasiado chicos.

Antonio Bienvenida, torero muy recordado, ha escuchado grandes ovaciones, pero al revés. Queramos significar que ha sido clamorosamente aplaudido en el paseo (hemos visto caer sombreros en el trance, en estos tiempos de sinsombrerismo) y al principio de sus actuaciones, y bastante menos al final de las mismas.

Hay que reconocer que los toros no le han ayudado como debieran, y ha sido lástima que por espíritu de clase no haya querido sacar partido de su ventajosa situación.

En resumen, si Ortega vuelve con el TORO y Bienvenida sin la desgana, aun podrían hacerse los «amos del ostarro» taurino en 1954, lo que no reza con otros diestros, para los cuales parecen escritas las apocalípticas frases de Calderón: «A la tarde serán lástima vana, durmiendo en brazos de la noche fría.»

EL PÚBLICO

Sigue en plena desorientación. Ignorante de la verdad del toreo,

se entretiene con las martingalas. Cada vez es más indocto, y esto le permite llamar «bravura comercial» a cierta especie de masedumbre y disgustarse terriblemente cuando, tras de una faena espectacular, el espada falla en el descabello. Prefiere la manoletería al ayudado por bajo y exige que a todos los toros se les haga la misma faena, porque los diestros le han demostrado que sólo se saben una lección (que para todos ellos es la misma). Prefiere el bulo a la noticia veraz y el chismorreo a la disertación histórica. Al final de esta plúmbea temporada el aficionado se formula una serie de preguntas que no tienen contestación. Por ejemplo:

¿A dónde han ido a parar los toros que ya estaban «afeitados» cuando salió la disposición prohibitiva? Le dicen que todos a Francia, pero no se lo cree.

¿Es cierto que el «afeitado» se hace con tanta perfección que en muchos casos es imposible su descubrimiento?

¿Es verdad que en agosto y septiembre se ha reanudado el trabajo en algunas «barberías»?

¿Por qué se publican los pesos de los toros que no dan el peso y no se hace pública la sanción que es consecuencia de esa ligereza ponderal?

¿Es cierto que los multas se imponen ahora en el más riguroso secreto? ¿Por qué motivo se castiga «a cencerros tapados»?

¿Será por fin este invierno cuando se revise el Reglamento?

¿Cuántos novilleros que aun no se han vestido de luces serán matadores de toros en 1954?

¿No se puede cohibir el uso de las espadas de juguete?

¿Sequitrán los picadores asesinando a los toros a mansalva?

¿Está ya escogido el tema para las veladas invernales?

¿Qué nuevo fraude saldrá en el año próximo?

El público no solamente pregunta, sino que también responde. A veces... no respondiendo. Así, en la primera mitad de la temporada, especialmente, las plazas estaban lamentablemente vacías, como si fueran embalses. Después se animó la cosa algo más. Parece que los espadas de «tronío» redujeron sus primitivos honorarios considerablemente... ¿Habrá llegado ya la hora del renacimiento? Queremos cerrar este resumen con una nota optimista, en el sentido de suponer que en este invierno se reunirán no todos los empresarios, sino los ocho o nueve principales, a fin de poner toques máximos razonables a la contratación. Hay que rebajar mucho lo que ganan los toreros; algo a lo que cobran los ganaderos y bastante de las aspiraciones de las empresas, ya que se da el caso de que con medias entradas no pierden, lo cual prueba lo caros que son los billetes. Cuando todos se hayan dado un punto en el cinturón será el momento propicio para pedir la rebaja de los impuestos. Antes, no. A tenor de lo que cobran hoy X. e Y., que apenas interesan, ¿cuánto se tendría que pagar a «Manolete» redivivo? He aquí un bonito problema para los hijos pequeños de los empresarios.



"CONDENADOS"

Superproducción española de profundo dramatismo, producida por CERVANTES FILMS, será presentada por C.I.F.E.S.A.



MUR OTI DIRIGE
POR PRIMERA VEZ
A AURORA BAUTISTA



mente convencido de la calidad de un tema, se decide a llevarlo a la pantalla, volcando entonces en su labor toda su ciencia cinematográfica y su temperamento artístico, cualidades ambas que posee en grado sumo. Así, Múr Oti fijó su atención en el drama **CONDENADOS**, de José Suárez Carreño, que en el año 1951 obtuvo el Premio «Lope de Vega».

Prácticamente, la película tiene sólo cuatro personajes: Aurelia (Aurora Bautista), José (Carlos Lemos), Juan (José Suárez) y las tierras de Castilla, que con su bronco paisaje constituyen el fondo más apropiado a las pasiones de los intérpretes, que ven pasar sus vidas atormentadas en medio de las llanuras manchegas, marcenicio en el que sólo destacan, cual barcos desarbolados, las extrañas siluetas de los molinos de viento.

En **CONDENADOS** desarrolla Aurora Bautista una genial labor, viviendo con toda intensidad y realidad el conflicto de Aurelia, que culmina en las sangrientas escenas finales.

Con esta película se incorpora al cine Carlos Lemos, el triunfador de tantas campañas teatrales, gran artista, que encarna de modo preciso un personaje tan difícil como es el de José.

Labor principalísima es la de José Suárez, galán de la pantalla, que con pocas películas ha sabido colocarse a la cabeza de nuestros actores cinematográficos.

Completan el reparto de esta película nombres tan certeramente escogidos como Félix Fernández, Anibal Vela, Pedro Ignacio Paul, Antonio Díaz del Castillo, Félix Fadrique y Columbiano Orgaz.

La labor fotográfica de Manuel Berenguer es realmente extraordinaria, hasta el punto de lograr en muchas ocasiones que el paisaje manchego, tan maravillosamente captado, sea el protagonista de la película.

No había de tener **CONDENADOS** otros alicientes, y el hecho de ser dirigida esta película por Múr Oti, con la reaparición de Aurora Bautista, sería motivo más que suficiente para despertar la máxima expectación en torno a esta gran obra cinematográfica, que constituye uno de los empeños artísticos más logrados, por cuidado, del cine español.

Es Manuel Múr Oti el director español que más se exige a sí mismo, en un afán superador que se ha reflejado siempre a lo largo de todas sus películas. Sólo después de un detenido estudio y cuando está plena-

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

A black and white photograph of a brick building facade, likely a bullring. The building features several arched windows and decorative brickwork. A person is seen climbing a vertical ledge or wall on the left side of the image. The overall scene is dramatic and captures a moment of physical activity against a large, textured architectural background.

LOS TOROS EN 1953

MUCHO RUIDO Y POCAS CORRIDAS

EL "NUMERO UNO", UN REJONEADOR

En la página 61 ofrecemos a nuestros lectores un artículo de nuestro colaborador Fernández Salcedo, en el que resume la temporada taurina que ahora acaba y enjuicia a los elementos que intervienen en la fiesta que tanto apasiona a sus aficionados.

De la popularidad del espectáculo taurino es buena prueba esta excelente fotografía de Cortina, que cazó «in fraganti» a un «capitalista» que, escalando la fachada de la plaza de toros de Madrid, intenta entrar por una ventana en una tarde de corrida.